

ANTIGÜEDADES CALCHAQUIES

DATOS ARQUEOLÓGICOS SOBRE LA PROVINCIA DE JUJUY (REPÚBLICA ARGENTINA)

POR JUAN B. AMBROSETTI

De algún tiempo á esta parte, se ha empezado á extraer de las antiguas tumbas de la zona norte y noroeste de la provincia de Jujuy interesantes restos arqueológicos. Esta región nos prepara grandísimas sorpresas á causa de que su clima, completamente seco, permite que lleguen intactos hasta nosotros muchísimos objetos de madera, cuero, tejidos, etc., que en los demás valles de la región Calchaquí de las provincias de Salta, Catamarca, La Rioja y San Juan son raros porque la humedad y los insectos los han hecho desaparecer. Lo mismo ha sucedido con los cadáveres que aquí se hallan casi siempre momificados ó desecados naturalmente; y es por esto que la zona de Jujuy presenta para el arqueólogo, las mismas ventajas que la región seca del Perú.

¿A qué pueblo ó nacionalidad pueden referirse los objetos arqueológicos de Jujuy? Contestaremos sin vacilar que sus antiguos habitantes han sido los mismos Calchaquíes de las demás provincias argentinas, aunque la historia colonial nos los presente con otros nombres : Omaguas (1) Omaguacas, Omahuacas ó Humahuacas (2); Tilcaras, Prunmamaracas, Cochinocas, Casabindos (3), etc.

(1) *Historia de la provincia del Paraguay de la Compañía de Jesús*, por el P. Nicolás del Techo (1673, edic. Madrid, 1897, tomo I, lib. 2º, cap. 6º, pág. 221).

(2) *Historia de la conquista del Paraguay, Rio de la Plata y Tucumán*, por el P. Pedro Lozano (edic., Lamas, 1873, tomo I, en distintos capítulos).

(3) *Historia de la Conquista del Rio de la Plata y Tucumán hasta fines del siglo XVI*, por el P. José Guevara (edic. Lamas, 1891, en distintos capítulos).

Estos Calchaquíes, que vivían en pueblos, y que aun encontraron los españoles en tiempo de la conquista, pertenecen á esa gran familia etnográfica andino-argentina ó *Kakan*, que abarcó en nuestro país la enorme zona de territorio montañoso que se extiende de norte á sud desde la altiplanicie boliviana hasta una gran parte de la provincia de San Juan y quizá hasta muy cerca de la de Mendoza y de oeste á este, desde la Puna de Atacama y faldas de la Cordillera, hasta las vertientes orientales del Aconquija y sus ramificaciones (1) con representantes desprendidos en Santiago del Estero y Córdoba (2).

Etnográficamente (3) la civilización Kakana ó Diaguita-Calchaquí, tiene grandes analogías con la civilización de los « Pueblos » del noroeste de México y sudoeste de Estados Unidos (4) y no debe considerarse como Peruana, si se quieren evitar confusiones que entorpezcan los estudios, sino, como lo ha propuesto ya el señor H. Ten Kate (5) como una civilización del desierto, ó como anteriormente la llamó el señor Frank H. Cushing, « Desert Culture ».

Las razones en que me fundo para incluir á los antiguos indios que nos ocupan entre los Calchaquíes son numerosas.

La primera y de más peso es la analogía y semejanza de los objetos que se hallan y de su simbolismo, lo que haré resaltar al examinarlos.

La segunda : las mismas condiciones de medio y por fin, el testimonio de los mismos cronistas españoles, donde vemos, á cada paso, la causa común que hacen los indios de Jujuy en todos los alzamientos Calchaquíes, y en el cual nos hablan hasta del uso del mismo idioma (6).

(1) AMBROSETTI, *La civilization Calchaquí*, Congreso de americanistas de París, 1900.

(2) AMBROSETTI, *Noticias sobre la alfarería prehistórica de Santiago del Estero* (*An. Soc. Cient. Arg.*, tomo LI, pág. 164 y siguientes).

(3) *Datos particulares y fotografías de objetos inéditos*, hallados en Córdoba que me han sido remitidos por el doctor Jacobo Wolff.

(4) AMBROSETTI, *Rastros etnográficos comunes en Calchaquí y México* (*An. Soc. Cient. Arg.*, tomo LI, pág. 5 y siguientes, 1901).

(5) *Rapport sommaire sur une excursion archéologique dans les provinces de Catamarca, de Tucuman et de Salta* (*Rev. Mus. de La Plata*, tomo V, pág. 346 y siguientes, 1893).

(6) En la *Relación de las provincias de Tucumán* que dió Pedro Sotelo Nar-

El P. Lozano, al hablar de la provincia Calchaquí, nos dice : « Que las serranías que encerraban dicho valle (léase valles) se continuaban hacia el norte con las de los Lipes y que éstas se dan la mano con las de Omahuaca por el oriente en 22 grados, que es hasta donde se extiende la jurisdicción de la provincia de Tucumán » (1).

Dentro de esta región menciona los pueblos numerosos de Cochínoca y Casabindo, y á 13 leguas de este último, el célebre pueblo de Omahuaca, cuyos naturales resistieron muchos años al español (2).

vaez, vecino de aquellas provincias, al muy ilustre señor Licenciado Cepeda, presidente desta real audiencia de la Plata en 1583, encontramos el siguiente dato importantísimo :

« ... Acábase este valle cerca de la Puna de los Indios de Casabindo, questán cerca de los Chichas, cuya lengua hablan *demás de la natural suya ques la Diaguita* ». (*Relaciones geográficas de Indias*, por M. Jiménez de la Espada, tomo II, pág. 148).

En cuanto al habla diaguita, sabemos por el P. Alonso de Barzana, que era la *Caca*, según se ve por la importantísima carta que escribió al Padre Juan Sebastián, su provincial, fechada en la Asunción del Paraguay, á 8 de septiembre de 1594, inserta en las mismas *Relaciones* (pág. LIV), y de la cual extractamos este interesante párrafo :

« La Caca usan todos los diaguitas y todo el Valle de Calchaquí y el Valle de Catamarca y gran parte de la conquista de la Nueva Rioja y los pueblos casi todos que sirven á Santiago. Así los poblados en el Rio del Estero, como muchos otros, que están en la Sierra ».

(1) LOZANO, op. cit., tomo I, pág. 179.

Para abundar en datos sobre estos indios de la Puna y Humahuaca, transcribo dos párrafos de la *Carta del Factor de Potosí*, Juan Lozano Machuca, al Virrey del Perú, en donde se describe la provincia de Lipez :

« Y ansimismo, dice, hay otros indios que confinan con los indios de guerra de Omaguacas y Casavindo y tienen trato y comercio con estos lipes » (pág. 24).

Y más adelante :

« Y con estos indios *Atacamas* y cien españoles se podría conquistar toda la tierra de Omaguaca questá 40 leguas de Atacama y se tratan y tienen rescate entre ellos de oro y plata y saben toda la tierra, y los Omaguacas es poca gente y tienen mucho ganado de la tierra y mucho oro y plata (1581), pág. 26. *Relaciones geográficas* ».

(2) El doctor Max Uhle, en 1893, recogió en Cochínoca, Casabindo y Santa Catalina, además de un gran número de objetos arqueológicos, una serie de 100 cráneos, los que, estudiados por el eminente profesor Virchow (*Verhandlungen Berliner Antropol. Gesellschaft*, 1894) presentan un tipo braquicéfalo aunque no deformado. La braquicefalia es uno de los caracteres calchaquíes, según resulta de los estudios del doctor H. Ten Kate (*Anthr. des anciens habitants de la Région Calchaquie* (*Ann. Museo de La Plata*, 1896).

HISTORIA DE LOS INDIOS DE JUJUY

Los cronistas españoles todos tienen un recuerdo especial para los indios de esta provincia, que sobresalieron desde el principio de la conquista del Tucumán por su osadía y bravura.

Como la entrada era por el valle ó quebrada de Humahuaca, que corre casi de norte á sud, la vanguardia Calchaquí estaba desparramada en toda su longitud y dividida en una serie de pequeñas poblaciones, cuyo núcleo principal se hallaba en el pueblo que lleva hoy el mismo nombre y en sus alrededores. De ahí que desde el principio se llamara á todos los indios bravos de la comarca, Humahuacas.

En caso de guerra, todos los pueblos se comunicaban entre sí, protegiéndose mutuamente.

Otros dos grandes centros de población, también calchaquíes é íntimamente vinculados con los Humahuacas, eran las poblaciones de Casabindo (1) y Cochinoca, muy al oeste de la quebrada de Humahuaca entre las sierras de Tejada y Aguilar y la de Cochinoca, y al oeste de la llanura de Abra Pampa.

El Padre Ovalle (2), hablando de la primera expedición militar que pisó el suelo de Jujuy, la de Almagro, en 1536, en su marcha á la conquista de Chile dice: « que Humahuaca es un lugar ó provincia de gente muy belicosa y comedora de carne humana á quien los Ingas tuvieron siempre temor ».

El Padre Lozano (3), al relatarlo mismo dice: « que los primeros cinco españoles que se adelantaron de la vanguardia de Almagro, lo que entraran al valle de Jujuy (Humahuaca) pagaron luego la pena de su mal acuerdo porque los Jujuies, que ni le profesaban vasallaje (al inca) ni querían ver trajinado su país de extranjeros

(1) Como á dos ó tres leguas del actual pueblo de Casabindo y en las faldas y quebradas del cerro, en tres lugares distintos, se ve aun gran cantidad de ruinas de poblaciones, acequias y antiguos campos de cultivo delineados con piedras, formando cuadrados, etc. Al sudeste, en un punto llamado Sarugi, también hay muchas pircas y restos de fortificaciones.

En estos mismos parajes, en su viaje de 1893, el señor G. Gerling halló muchos sepulcros, pero todos ya profanados, y en ellos marlos de maíz y huesos quebrados de animales.

(2) *Histórica relación del Reino de Chile y de las misiones y ministerios que ejercitaba en él la Compañía de Jesús*, por el P. Alonso de Ovalle (Roma, 1646, edic. Medina, tomo I, cap. 16, pág. 251).

(3) Op. cit., tomo I, páginas 17-19.

se aconsejaron con su fiereza y á los tres dieron cruel muerte, salvándose los otros dos con la fuga ».

Sabedor de esto Almagro, y creyendo que tenía que habérselas con indios sin mayor importancia, envió al capitán Salcedo con sesenta caballos y peones para escarmentarlos. Pero los Jujuios se habían prevenido, y después de convocar á todas las tribus vecinas y hecho solemnes sacrificios, esperaron á los españoles fortificados con pericia militar, construyendo pozos con puas de madera en el fondo y disimulados con césped para que la caballería no pudiera maniobrar, manteniendo incesante vigilancia por medio de un cordón de espías, los que llegaron á introducirse con habilidad en el mismo campo español.

Salcedo, á pesar de todo lo que hizo no pudo forzar el paso, y tuvo que pedir refuerzos á Almagro, quien le envió al capitán Francisco de Chaves con un buen número de soldados é indios Yanacunas, lo que también fué inútil.

Los Jujueños atropellaron el campo de Chaves de improviso, matando á muchos Yanacunas, y arrebatándoles todo el bagaje, que se llevaron por los caminos frágiles de sus serranías á la vista de los españoles, quienes, ciegos de despecho, retrocedieron y volvieron á juntarse con su general, por orden de éste, el cual se convenció de que continuar esa guerra era exponerse á malograr su expedición á Chile.

Los Jujuios, orgullosos con este hecho, tuvieron el coraje de continuar picando la retaguardia de Almagro, hasta que sus hermanos, los del valle de Lerma, los combatieron en Chicoana; y los del valle Calchaquí lo siguieron hostilizando hasta que, entrando en la Puna abandonó la valiente región Kakana.

Razón tuvo el inca Paullo cuando en Tupiza aconsejó á Almagro seguir el camino del Inca, que pasa por la Puna y que, sin obstáculos, lo hubiese conducido á Copiapó; y le objetó la entrada por Calchaquí, cuya puerta estaba tan bien guardada por esos feroces Omahuacas á quienes los incas conocían mejor que nadie y con razón les tenían temor.

Después de esto, conviene reproducir la pintura que el Padre Lozano hace del carácter indómito de los Humahuacas (1). « Eran los Humahuacas gente por extremo feroz é indómita que, aunque al em-

(1) *Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba*, por el P. Pedro Lozano, en Córdoba 1733 (cap. 21. pág. 120).

pezarse la conquista de la provincia del Tucumán, habían estado sujetos á los españoles y abrazado la santa fe ; pero mal hallados con la sujecion y con la estrechura de la Ley de Cristo, anhelaron siempre por su antigua libertad y sacudiendo el yugo se rebelaron apostatando de la fe, treinta años antes, y mataron los sacerdotes que los doctrinaban y á muchos españoles que cayeron en sus manos, infestando con robos y muertes los caminos públicos, y confederándose con los Chiriguanas para asolar la ciudad de Jujuy y estancias comarcanas de los españoles.

« Estaban armados de todo género de crueldades para cerrar la entrada á sus tierras á los españoles, que varias veces lo habían intentado en vano : vivían con sus antiguos ritos y costumbres, mezclados apóstatas é infieles sin diferenciarse en nada sino en ser aquéllos peores que éstos, y todos se hallaban mancomunados para no permitir entrase extranjero alguno á su país ; disputándole la entrada con todo su poder y fiereza, y les servía de no despreciable defensa la aspereza de las sierras de su habitación que eran aquellas que, por una parte cercan el Chaco ».

En 1550, cuando la entrada del gobernador del Tucumán, Juan Núñez del Prado, los Humahuacas quisieron oponerse al maestro de campo Miguel de Ardiles, jefe de la vanguardia, pero gracias á las armas de fuego y á la incansable actividad de este jefe, los indios fueron sangrientamente derrotados ; pero al año siguiente tomaron su revancha acosando sin cesar á este mismo capitán, en un segundo viaje y matándole, sin que escapase uno solo, á cuarenta soldados que venían de Chuquisaca y Potosí contratados por él, para continuar la conquista del Tucumán en que estaba empeñado Prado.

Los indios de Jujuy, á pesar de sus contrastes, encastillados entre las breñas y precipicios de sus serranías y quebradas, fueron el terror y el azote de todos los que tenían que transitar del Tucumán al Perú ; así es que fué preocupación constante de todos los conquistadores el dominarlos, para asegurarse esa importante vía de comunicación.

Varias tentativas fracasaron ; en 1561, el fundador de ciudades, y gran estratégico de Calchaquí, el general Juan Pérez de Zurita, tentó fundar por la primera vez á Jujuy con ese propósito y, para ello, eligió el sitio de la ciudad actual más ó menos en el valle que entonces se llamaba de Jibijibe (1).

Zurita no alcanzó sino á trazar la ciudad, á la que puso el nom-

(1) Según el Padre Lozano (op. cit., tomo I, pág. 175), el nombre de Jibi-jibe,

de Nieva; su sucesor, el gobernador Francisco de Castañeda, poniendo en práctica los procedimientos brutales, comunes á casi todos los conquistadores de los siglos xv y xvi, lo tomó preso en momentos en que iba á realizar su idea.

Castañeda, tratando á su antecesor como al último de sus enemigos, comprendió, sin embargo, la importancia de su proyecto y, sobre la traza de Zurita, fundó, con el mismo nombre, la ciudad el 20 de agosto del mismo año, dejando allí al Capitán Pedro de Zárate con una guarnición para su custodia.

A pesar de las cédulas reales de encomienda y repartición de los indios de Cochinoca, Casabindo y Humahuaca, que Zurita había conseguido del virrey del Perú, la estabilidad de los españoles en Jujuy fué efímera.

Los indios hicieron poco después causa común con el cacique don Juan de Calchaquí y lo apoyaron en el terrible alzamiento general que arrasó con todo lo español establecido dentro de las montañas de la gobernación del Tucumán y obligaron al capitán Zárate á despoblar la flamante ciudad de Nieva.

En 1570, los Humahuacas y Puquiles del valle de Prumamarca, que cae á la quebrada de Humahuaca, espantaron á la población del Tucumán con el asalto y asesinato de los famosos conquistadores Juan Gregorio Bazán y Diego Gómez de Pedraza.

Siempre con el afán de cerrar el paso, habían preparado palizadas en los caminos.

Seis años después, don Jerónimo Luis de Cabrera, con las mismas razones de Zurita, intenta volver á fundar la ciudad de Jujuy, y el mismo capitán Zárate se encargó de su custodia; pero el nuevo gobernador, Gonzalo de Abreu y Figueroa, celoso de la obra de Cabrera y no contento con asesinarlo vilmente, llamó á Zárate con sus soldados á Santiago del Estero, lo que aprovecharon los indios para arrasarla de nuevo y masacrar á la población blanca que cayó en sus manos.

Abreu, comprendiendo, aunque tarde, el error que había cometido, resolvió ese mismo año reedificar la ciudad, á diez leguas de su primitiva ubicación en el valle de Siancas; pero los Cochinocas,

sería el origen del actual Jujuy; pero en una merced de tierras dada por don Francisco Argañarás á la Compañía de Jesús, en diciembre de 1593, publicada por don Ricardo Trelles en la *Rev. de la Bibliot. públ. de B. Aires*, tomo II, pág. 42, vemos que el río que señala como límite se llama Sivi-sivi, lo que daría una confusión de la J por la S ó vice-versa.

Humahuacas y otros indios Calchaquíes lo hostilizaron tanto, que la deserción cundió en el campo español con tal fuerza, que sólo quedaron diez y ocho soldados los cuales apenas se salvaron gracias al socorro de Hernando Mejía de Mirabal, que oportuno llegó en el momento más crítico. La nueva ciudad también fracasó esta vez.

Los indios de Jujuy continuaron rebelados y dando mucho que hacer á los españoles hasta que, con la fundación estratégica de la ciudad del Salta en 1582 por Hernando de Lerma, recién puede decirse que por lo menos se empezó á tenerlos á raya (1).

Por fin, en 1593, la ciudad de Jujuy pudo fundarse definitivamente por el teniente gobernador don Francisco de Argañaras, quien la puso el nombre de San Salvador y entonces los españoles entraron á conquistar y á reducir á los indios en detalle, repartiéndose en encomienda, entre otros los de Casabindo y Cochinoca; pero los Humahuacas resistieron hasta más tarde, pues el Padre Lozano nos dice otra vez que siguieron causando grandes estragos

(1) En el acta de la fundación de la ciudad de Salta, se puede leer... « Por cuanto es notorio en esta gobernación y provincias del Tucumán, su señoría el señor Gobernador ha venido á este dicho valle (de Salta, hoy de Lerma), y asiento con campo formado y gente de guerra á la conquista de los naturales de este valle de Salta, Jujuy, Calchaquí, Pulares, Cochinoca, Humahuaca, é todos los demás circunvecinos é comarcanos que son de guerra é revelados contra el servicio de Su Majestad... Y al día siguiente, en la ordenanza en que determina los límites de la jurisdicción de Salta, también repite lo mismo: « otro sí, su señoría, el dicho señor Gobernador dijo que señalaba, y señaló, y en nombre de Su Majestad, hacía merced á esta dicha ciudad, por término y jurisdicción de ella, desde el asiento de Calahoyo hacia esta ciudad, que es de cinco leguas de Talina, y cuarenta y cinco de esta ciudad y otras tantas leguas en circuito por aquella parte, en que se ha de incluir é incluyen para repartir y encomendar, en nombre de Su Majestad, en vecinos de esta ciudad todos los naturales que están en guerra y rebelados dentro de los dichos términos, y especialmente los indios de este valle de Salta y del valle de Calchaquí, Tafi, Chicoana, Pulares, Cochinoca, Casabindo, Humahuaca y Jujuy ». (MARIANO ZORREGUIETA, *Apuntes históricos de la provincia de Salta en la época del coloniaje*, Salta, 1877).

En la importante: *Relación de las provincias de Tucumán*, que dió Pedro Sotelo Narvaez, vecino de aquellas provincias, al muy ilustre señor Licenciado Cepeda, Presidente de la Real audiencia de La Plata, fecha de 1583, se lee al hablar de la importancia de Salta:

« Sería de importancia de sustentalla, por estar en el camino, y della se podrían traer de paz, muchos indios de importancia que están de guerra en su comarca, como son los del valle de Calchaquí, Omaguaca y Jujuy, tierra muy rica de minas de oro y plata. » *Relaciones geográficas de Indias*, publicadas por don Marcos Jimenez de la Espada (tomo I, pág. 150).

y muertes en todo género de personas y pusieron en gran cuidado á la nueva ciudad de San Salvador, hasta que, por fin, con la entrada de los jesuitas, sobre todo del eminente misionero Gaspar de Monroy, que supo conquistarse la simpatía de sus caciques principales Piltipico y Telui, hicieron la paz con los españoles en 1595. siendo gobernador don Pedro de Mercado y Peñaloza.

En 1627, cuando el alzamiento calchaquí del cacique Chelemín, vemos levantarse también á los indios de Jujuy (1).

(1) En 1655, 26 de octubre, don Pablo Bernárdez de Ovando, hace merced á los indios de Casabindo y Cochinoca de los terrenos dentro de los siguientes límites: « desde el cerro y quebrada de la Leña por cabecera y travesía, hasta la cordillera del pueblo de Casabindo y cerro que llaman Poste, y, del dicho, corriendo por la dicha cordillera y antiguas fundaciones de Cochinoca y un pueblo viejo que llaman Chichanto hasta llegar á una abra que es desde donde se divisan las pampas de Moreta y nacen algunas ciénagas que corren hacia Casabindo: que la dicha abra se llama Mora-mora (Boyungra), donde ha de correr la deresera al pueblo viejo y Chira y de él á unos paredones antiguos de adobe que están cerca de la Abra y de allí al pueblo viejo de Ivara y por su cordillera y vertientes hasta volver á llegar á la dicha quebrada de la Leña ».

Esto consta entre los papeles de la sucesión del Marqués del Tojo y la Llave en el archivo de Salta.

En los mismos papeles se hallan los siguientes nombres de indios que ejercían cargos en Cochinoca y Casabindo en distintas épocas:

En 1682, Baltasar Quipildor, cacique principal del pueblo de Casabindo y gobernador del pueblo de Cochinoca. Este apellido existe todavía en los valles de Calchaquies de Salta, en Molinos y Cachí.

1717; Diego Chichulamas, alcalde de Cochinoca. En los empadronamientos de indios de fines del siglo xvii y principios del xviii del archivo de Catamarca, publicados por Lafone Quevedo, en su *Tesoro de catamarqueñismos*, se ve repetido el apellido Chullama tres veces: uno como de Pisapanaco, otro como cacique de Saujil, ambos de la cuenca de Londres, y otro sin indicación. El prefijo Chi puede indicar reduplicación.

Andrés Cachisumba, gobernador de Casabindo. Este Cachisumba bien pudo ser Cachichumba ó Cachichumpa; en el primer caso tendría que ver con los indios de Machigasta y Belén, de la famosa familia de los Chumbitas, y, en el segundo, con la no menos célebre de los Chumbichas, el hermano del poderoso cacique don Juan de Calchaquí, de quien tanto nos habla la historia.

Miguel Sarapura, gobernador de Cochinoca. El señor Lafone Quevedo, indícalo como de Santa María y Yapura también; he encontrado este mismo apellido en Cachí (Salta), y ambos parecen de puro origen Kakan.

1786; Matías Chuychuylamas, cacique principal de Cochinoca. Chuy, en los valles, quiere decir frío. Este modismo *Chuy* = tengo frío, y su opuesto *Tuy* = tengo calor, son kakanes. Quizá este apellido sea modificación ó verdadera forma del de Chichulamas expresado más arriba y que esta duplicidad se la debamos á los copistas.

Y en 1658 cuando el último alzamiento de Bohorquez, los indios de Casabindo y Cochinoca se entendieron con él, sin llegar á levantarse, porque ya en el siglo xvii los españoles habían cimentado su poder, y si bien los Calchaquies hicieron prodigios de valor, las comunicaciones con el Perú estaban aseguradas, y los indios de Jujuy muy diezmados y demasiado cerca de los centros de recursos de los españoles, para poder actuar con toda la eficacia de sus buenos tiempos, cuando ni Salta, ni San Salvador existían, ni el camino á Tupiza se había allanado, para que las tropas del virrey pudiesen volar en socorro de los gobernadores del Tucumán.

Con Piltipico desaparecen los Humahuacas: era ya tiempo; como vanguardia de la nación Calchaquí, sufrieron el choque de todos los que se abrieron paso hacia el Tucumán, y en sesenta años de lucha intermitente cualquier tribu de indios, por más guerrera y brava que sea, pierde su nervio y se desangra cuando la lucha en propio territorio agota los recursos y, como en este caso, sus flechas se embotaban en las armaduras ó las balas de los arcabuces y pedreros derribaban desde lejos á los combatientes que, inútilmente blandían sus hachas de piedra rugiendo de coraje.

Los elementos de que dispongo para escribir este trabajo son:

Una importante colección de objetos extraídos de los sepulcros ó huacas de la Rinconada (prov. de Jujuy), que me ha sido obsequiada por el teniente coronel del ejército nacional don Manuel I. Córdoba, jefe de la escolta de la Comisión de límites con Bolivia.

Datos y fotografías recogidos por el señor Pedro R. Crouzeilles, administrador de dicha comisión.

Datos, fotografías, algunos objetos y manuscritos del señor Guillermo Gerling, ex viajero del museo de La Plata, que tuvo la fortuna de recoger una valiosa colección, cuyo catálogo descriptivo é ilustrado ha sido publicado por el señor Roberto Lehmann Nitsche (1) director de la sección antropológica de dicho establecimiento, prestando así á los Americanistas una valiosa contribución para el estudio de nuestra Arqueología.

Datos y croquis de la colección recogida por el doctor Max Uhle, depositada actualmente en el museo Etnográfico de Berlín, que me

(1) *Catálogo de las antigüedades de la provincia de Jujuy conservadas en el museo de La Plata. Revista del Museo de La Plata*, tomo 10.

han sido facilitados por el mismo doctor Lehmann Nitsche y otros publicados por el doctor Seler (1).

ARQUEOLOGÍA

Momias

La figura 4, fotografía de un hallazgo en Humahuaca, nos muestra cuatro momias de esa región, rodeadas por todos los objetos que las acompañaban en sus tumbas.

Examinando estas momias, se observa, en primer lugar, que la posición que se les imponía al enterrarlas no era una sola, ritual, entre los indios de Jujuy; igual cosa sucede en los valles Calchaquíes, y sino, no tenemos más que repasar la serie variadísima de sepulcros y la posición de sus cadáveres de un solo lugar, Loma Rica, que el lápiz paciente de mi buen amigo don Adolfo Methfessel ha reproducido en su interantísimo diario de exploraciones, desgraciadamente aun inédito por el Museo de la Plata, y del cual el doctor Ten-Kate extrajo las figuras que presenta en la primera parte de su bello trabajo ya citado.

Estas cuatro momias muestran cuatro posturas distintas; si bien todas ellas tienen las piernas encogidas, en cambio, el resto del cuerpo y los brazos están en actitudes diversas. Hay mucha variedad entre la posición de la primera momia, seguramente de mujer, encogida de un modo forzado, con la actitud serena de reposo altanero de la segunda que yergue su cabeza y cruza sus brazos sobre el vientre.

El tercer cadáver, también sentado, contrasta en su posición meditada con la del cuarto que se retuerce en un supremo espasmo de dolor, quizás el último y, en el que, abandonado por los suyos, según costumbre de los indios (2) la rigidez cadavérica le conser-

(1) *Verhandlungen der Berliner Gesellschaft für Anthropologie und Ethnologie* 1894, páginas 409 y 410.

(2) Sobre esta costumbre de abandonar á los que van á morir y aún de despearlos ó anticiparles la muerte quebrándoles el espinazo, véase mi trabajo *Costumbres y supersticiones en los valles Calchaquíes*, provincia de Salta en los *An. de la Soc. Cient. Argentina*, tomo XLI, pág. 41 y siguientes, *Prácticas funerarias*.

vó el aspecto, que más tarde la momificación natural se encargó de hacer perdurar.

El Museo Nacional posee la momia de un hombre procedente de Santa Catalina, que perteneció á la colección Zavaleta. Su posición

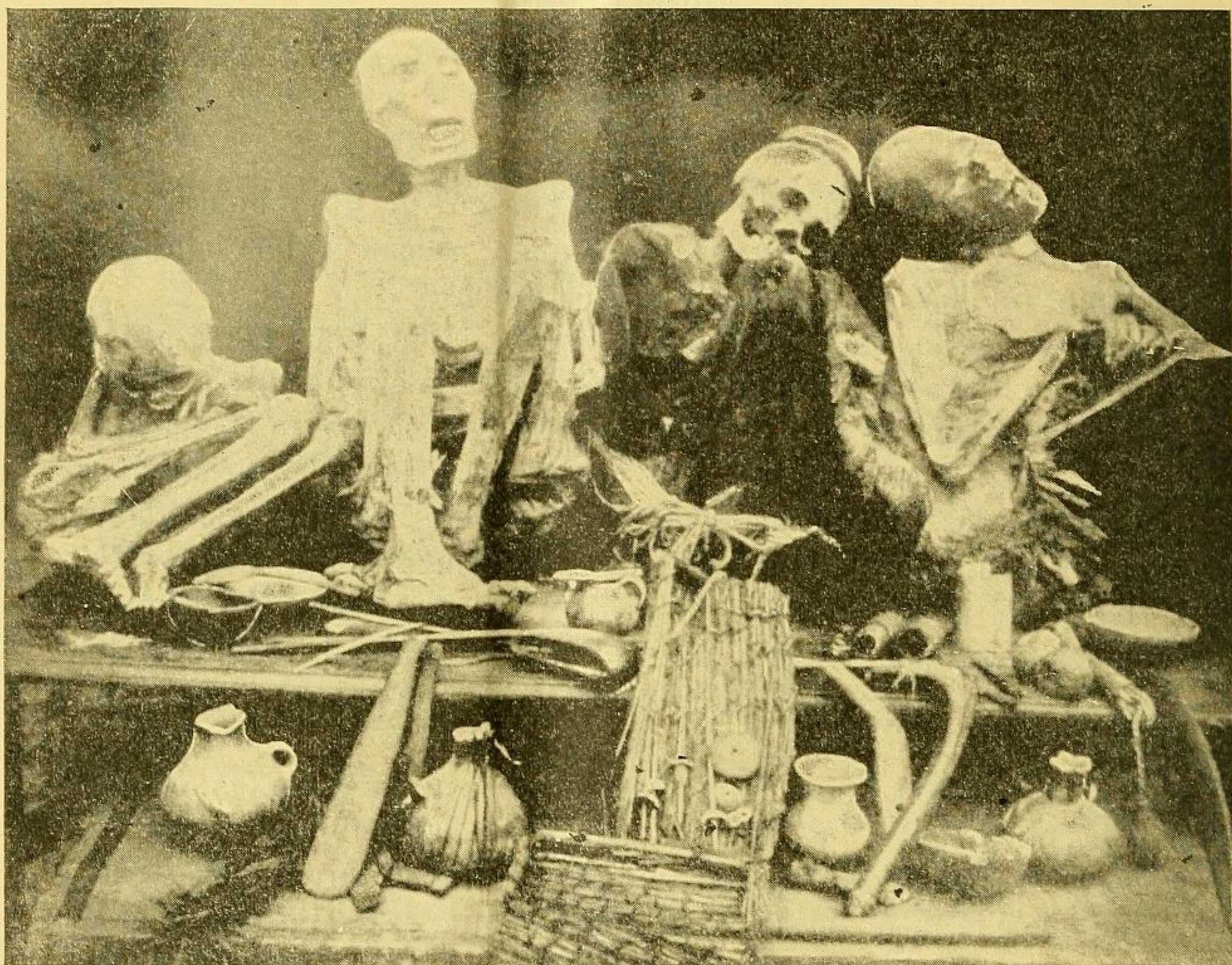


Fig. 1. — Momias de los sepulcros de Humahuaca

difiere algo de las que hemos descripto; tiene también las piernas encogidas, las rodillas á la altura de los hombros, y los brazos cruzados sobre el pecho, pero la cabeza en vez de estar erguida se halla inclinada hacia adelante apoyando la cara sobre las rodillas; esta momia demuestra que el cadáver ha sido atado en esa posición inmediatamente después de la muerte. Junto á ella se hallaron varios objetos, como ser : un arco corto, algunas flechas, pucos de barro cocido, varios mates, una fuerte sogá de totora y algunos útiles de madera iguales á los que más adelante se describirán.

Otra momia, de un jefe, á juzgar por la insignia de mando que, entre otras cosas, se encontró en su sepulcro, en las barrancas del

río San Juan de Mayo por el señor Gerling, actualmente en el Museo de La Plata, se hallaba simplemente acostada con las piernas encogidas.

Entre los objetos que estudiamos me llegó la momia de una criatura de más ó menos un año de edad (fig. 2).

La desecación ha sido natural y se ha producido dentro de la urna en que fué encerrada y la posición de encogimiento que presenta es simplemente el producto del peso de su cuerpo, en la posición forzada que adquirió al ser introducida en el recipiente.

El cráneo está intacto y el cuero cabelludo, ya seco y disten-

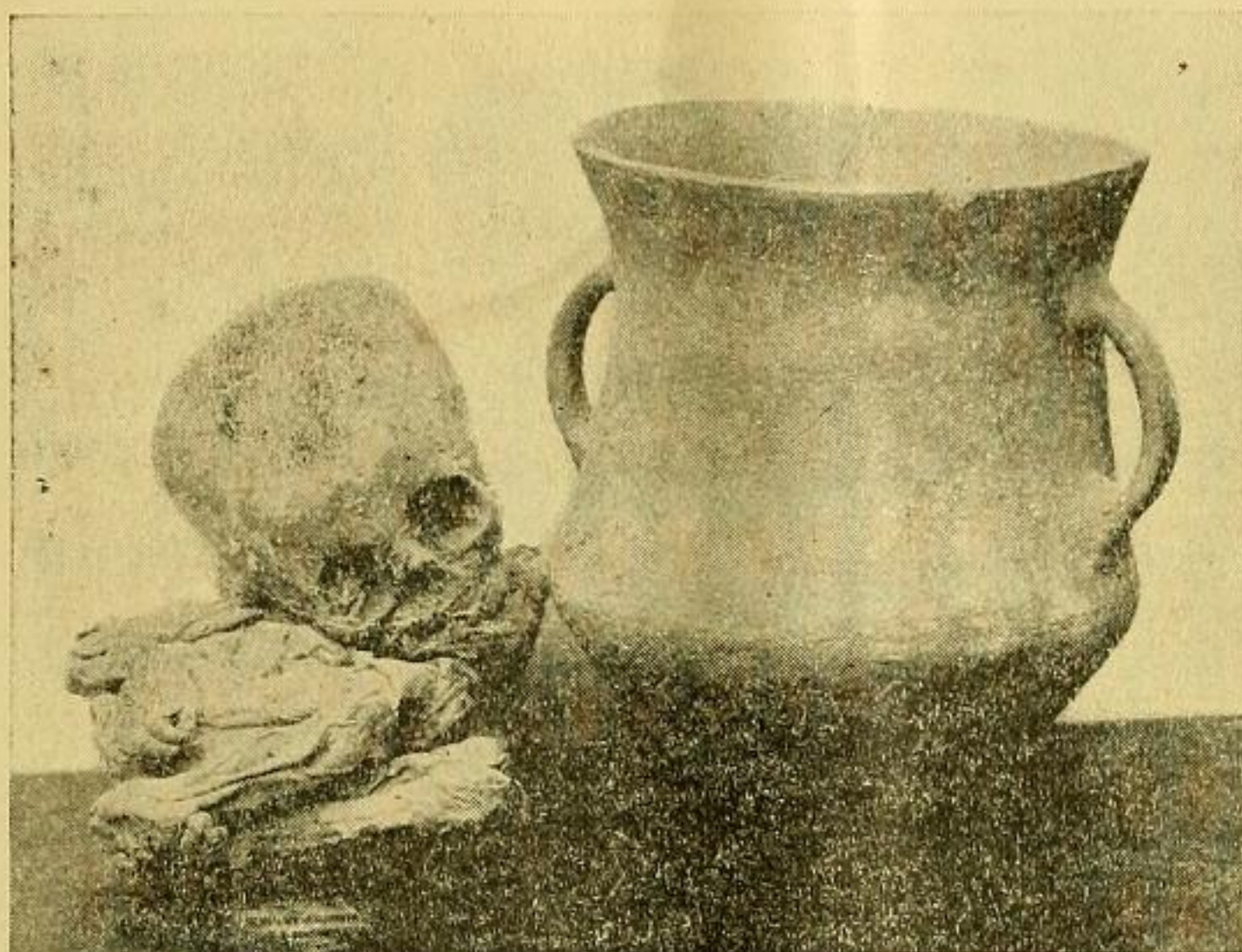


Fig. 2. — Momia de niño y su urna funeraria, de la Rinconada

dido muestra, por transparencia, el losange de la fontanela anterior.

Sobre estos enterratorios en urnas, de niños, ya me he ocupado anteriormente y remito al lector á dichos trabajos (1).

La urna que acompaña á esta momia es de una forma rara en Calchaquí : tosca, de barro rojo sin dibujo ni adorno, tiene 23 centímetros de alto por 18 centímetros de diámetro ; la forma es casi cilíndrica con una gran boca de bordes poco salientes y descansa sobre una base cónica invertida. Dos asas grandes achatadas de 0,013 de ancho y poco destacadas del cuerpo de la urna, arrancan después del borde y están colocadas en sentido vertical.

(1) *La antigua ciudad de Quilmes* (Bol. del Inst. Geogr. Arg., tomo XVIII. página 33 y siguientes).

Idolos de piedra

Dos ídolos de esta naturaleza estudio en este trabajo : el primero es tosco, tallado en piedra negra pulida con bastante seguridad. La parte posterior es plana y la anterior algo convexa ; representa un ídolo antropomorfo de medio cuerpo y del sexo femenino (fig. 3).

La cabeza, casi triangular, tiene la factura común de los ídolos calchaquies de barro cocido. La nariz de poco relieve, arranca de

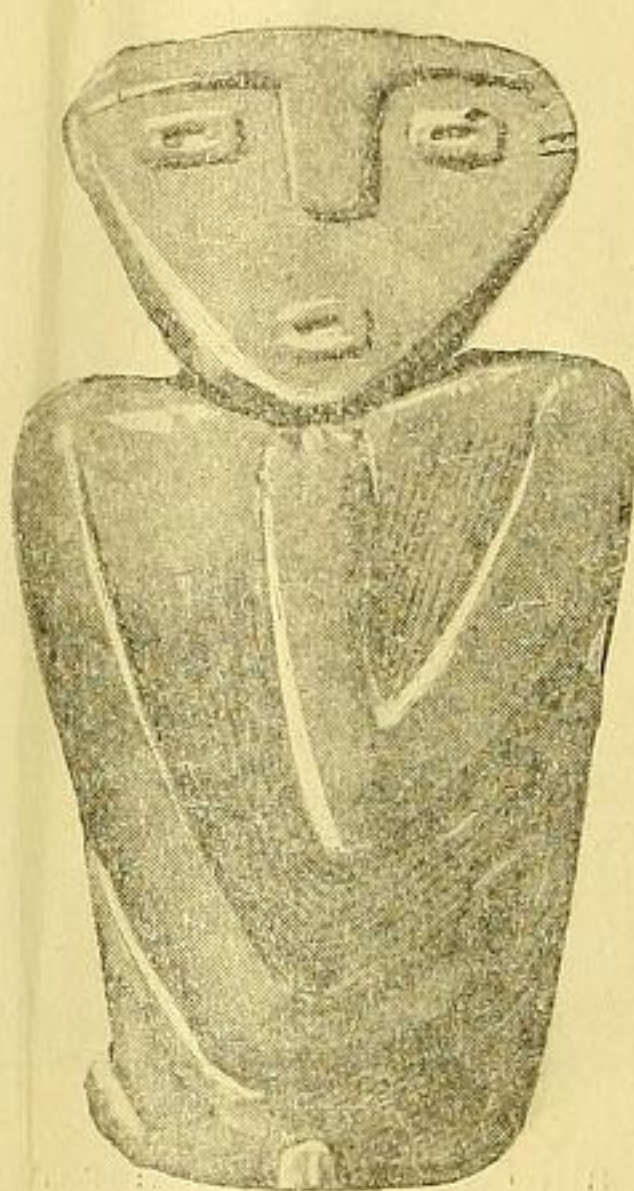


Fig. 3. — Idolo de piedra, Casabindo, del tamaño natural

la línea que marca la frente : es larga y cuadrangular arriba y un poco redondeada en la punta. Los ojos y la boca están formados por óvalos algo salientes, con una raya transversal en su interior. Un profundo surco circular separa la cabeza del cuerpo que es casi cuadrado. De los hombros arrancan los brazos, también de relieve, toscos con alguna indicación de dedos en la parte correspondiente á las manos. El cuerpo, del lado derecho inferior muestra una pequeña escotadura profunda y en el medio de su base un óvalo de relieve con un surco vertical, indica el órgano genital femenino. La posición de los brazos es curiosa, el izquierdo sobre el pecho lleva la mano hacia la boca, y el derecho se halla extendido sobre el vientre, con la mano dirigida hacia el costado izquierdo.

Esta actitud se puede ver también en otros ídolos calchaquies

como: en el de madera de Santa María de la colección Lafone Quevedo que reproduce en mis Notas de Arqueología calchaquí bajo el número 12; en la urna antropomorfa de Colomé (núm. 26) que lleva su mano izquierda á la boca y la derecha hacia la región genital; en el falo antropomorfo de piedra de Saujil, del señor La-

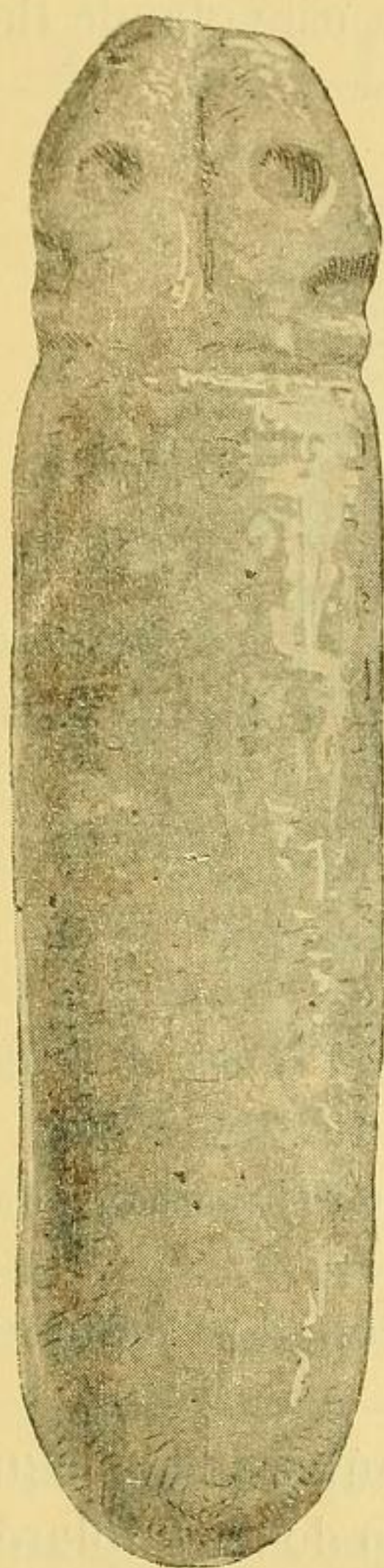


Fig. 4 — Falo de piedra, Salinas Grandes, mitad del tamaño natural, visto de frente.



Fig. 5. — Visto de perfil

fone Quevedo (núm. 107) en que la actitud de los brazos se halla invertida; en el vaso antropomorfo femenino de Vipos de la colección Wolff y por fin en el ídolo de barro de Pisapanaco (nº 221).

El segundo ídolo es un falo de piedra y lo debo á la gentileza del señor Camilo Geritault que lo halló en las Salinas Grandes, entre Salta y Jujuy (fig. 4 y 5).

Es de forma cilíndrica de quince centímetros de largo y de tres y medio de diámetro. El glande es comprimido de casi cuatro centí-

metros de largo, y está separado del cuerpo del falo por un surco circular poco profundo. Otro surco, también simple, lo divide á su vez verticalmente en dos porciones laterales, cruzando la parte correspondiente al meato.

Cada una de estas dos secciones presenta en su parte externa dos concavidades circulares, una á cada lado, y debajo de ellas una transversal alargada mayor, de modo que este glande tiene el as-

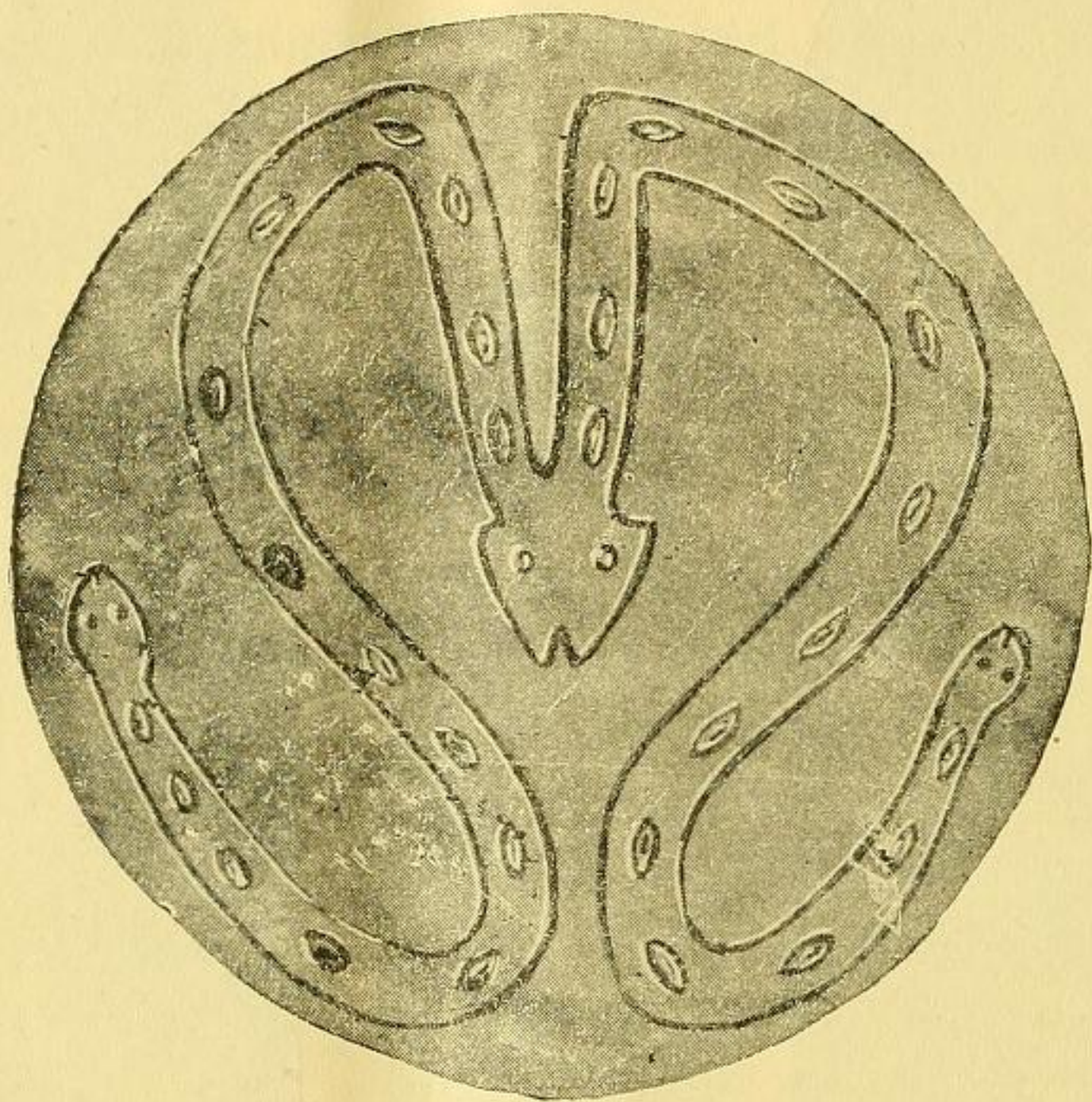


Fig. 6. — Disco de bronce, Casabindo, un quinto del tamaño natural

pecto de una estatua de Jano rústica, con dos caras humanas opuestas.

La forma antropomorfa del falo es común en Calchaquí. En un trabajo anterior (1) he descripto y figurado dos ejemplares interesantes : uno del Saujil, de que ya hice mención y otro de Capayan de la colección Quiroga ; y en ambos la cara humana se presenta perfectamente grabada.

El empleo de estos falos de piedra, creo haberlo ya indicado en ese mismo trabajo.

(1) *Notas de arqueología Calchaquí*, numero 15 ; *Idolos fálicos de piedra*, *Bol. del Inst. Geogr. Arg.*, tomo XIX. página 71 y siguientes.

(Continuará)

ANTIGÜEDADES CALCHAQUIES

DATOS ARQUEOLÓGICOS SOBRE LA PROVINCIA DE JUJUY (REPÚBLICA ARGENTINA)

POR JUAN B. AMBROSETTI

(Continuación)

Objetos de bronce

En la figura 1 se ve un brazalete ancho de este metal que ha de haber pertenecido á alguna de las cuatro momias. Tanto éste como los demás objetos de bronce que paso á describir, se han hallado también en los valles calchaquies; poseo uno igual de Santa María (Catamarca).

Disco (fig. 6); fué encontrado en Casabindo, en su cara anterior

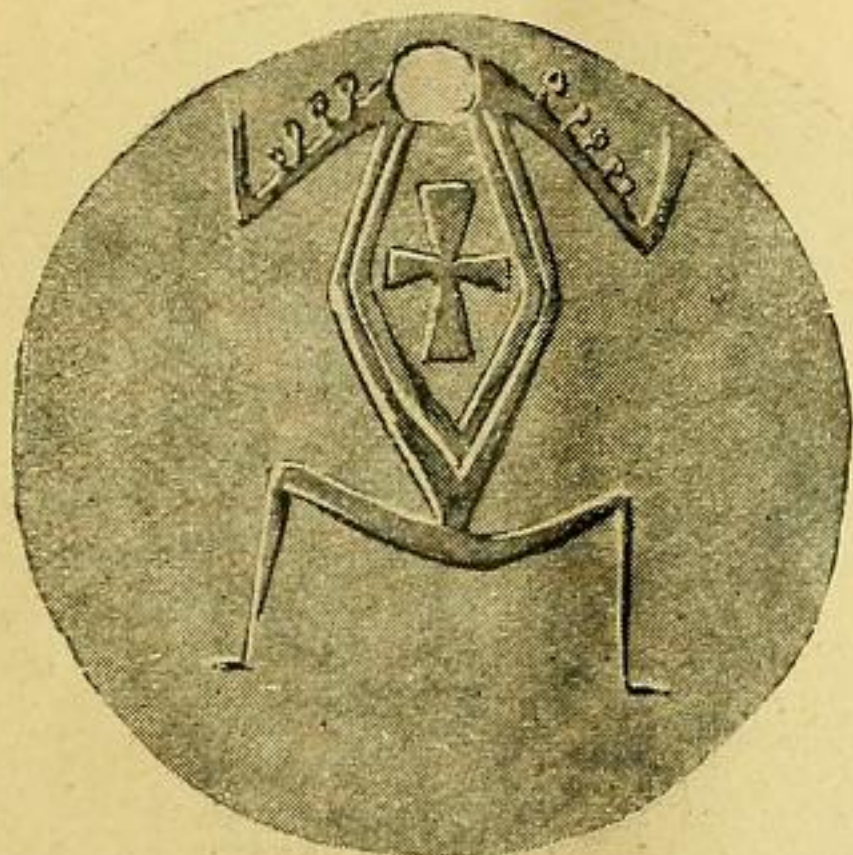


Fig. 7. — Placa pectoral, mitad del tamaño natural

muestra en el centro una cabeza de serpiente de la cual salen dos cuerpos en forma de S que terminan en otra cabeza de serpiente pero de forma diversa. El interior de estos cuerpos, que tienen un ancho de dos centímetros y medio, se halla ocupado por pequeños óvalos con un trazo central, colocados á distancia proporcional en número de catorce en cada S. De estos discos me he ocupado anteriormente, por lo que excuso entrar en mayores detalles en este trabajo (1).

(1) *Notas de arqueología Calchaquí*, número XVII. *Placas pectorales y discos de bronce*. *Bol. del Inst. Geogr. Arg.*, tomo XIX, pág. 193 y siguientes.

Placas pectorales. — La más sencilla es un pequeño disco de bronce sin grabado alguno de siete centímetros de diámetro, hallado en Santa Catalina por el señor Gerling, está retobado en una bolsa

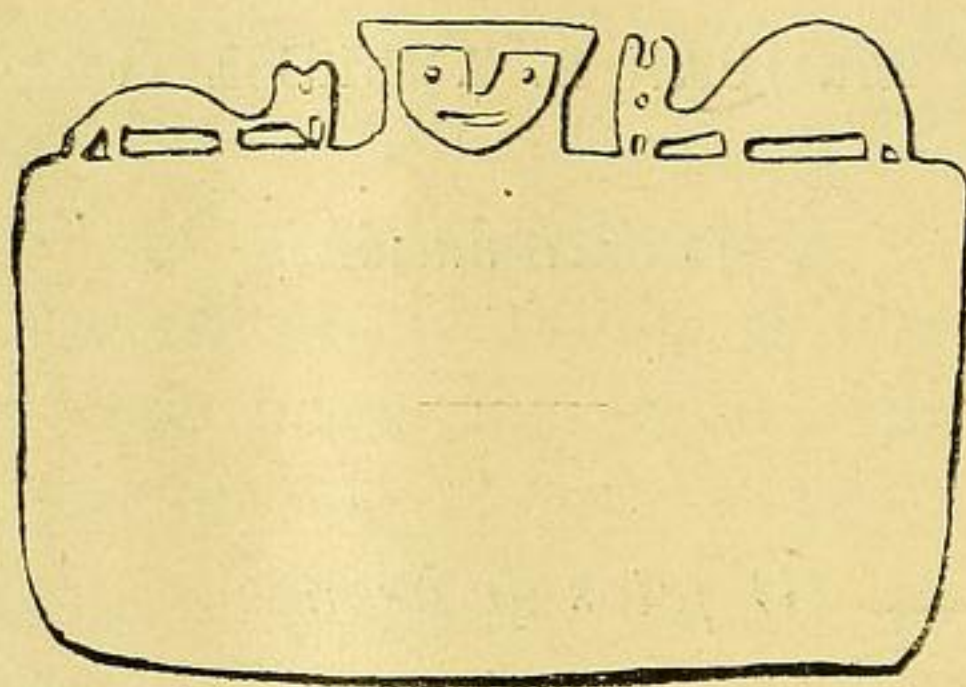


Fig. 8. — Mitad del tamaño natural. Museo Etnográfico, Berlín. Colección Uhle

de cuero de forma igual; este ejemplar se conserva en el museo de La Plata y lo describe el doctor Lehmann Nitsche.

Procedente de Casabindo es la figura 7 del mismo tamaño que



Fig. 9. — Tolombon 1/4 tamaño natural. Colección Museo Nacional

la anterior, pero muestra un curioso grabado representando, al parecer un sapo (Bufo) cuya cabeza ha desaparecido por el agujero de suspensión, brutalmente perforado para atarle un cordón de lana grueso y negro que existe todavía.

Este sapo tiene su cuerpo formado por dos losanges, uno dentro del otro con una gran cruz maltesa en su interior. Entre los brazos

tiene, además, cuatro circulitos pedunculados á cada lado. Teniendo en cuenta que la cruz quiere decir agua y el sapo mucho tiene que hacer con ella, ó, como creo, con el granizo; esta placa

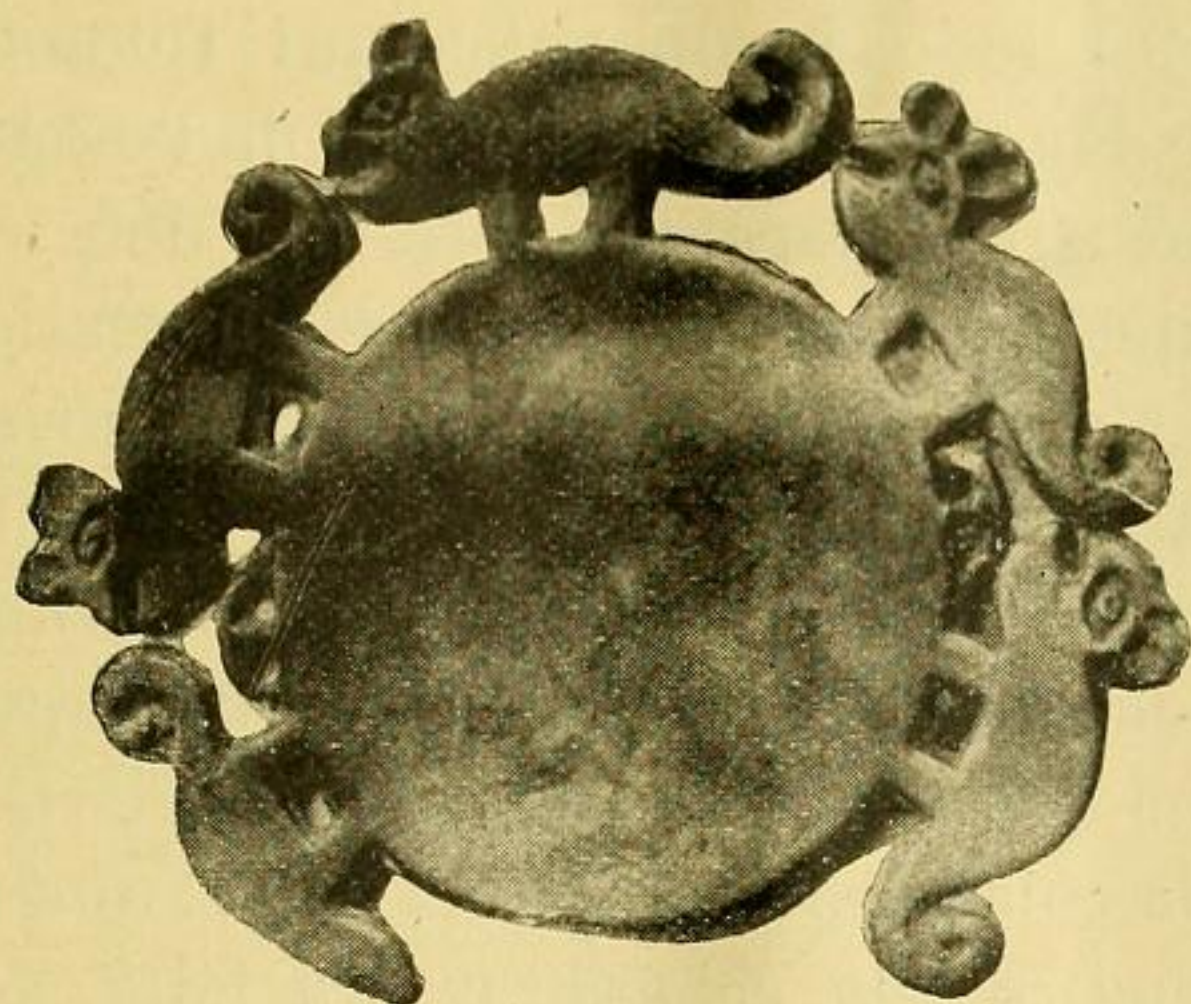


Fig. 10. — Placa de bronce, Mutquin, mitad del tamaño natural. Colección Quiroga

pectoral debe haber sido un amuleto propiciatorio de la lluvia y un contra granizo.

La cruz dentro del cuerpo de los sapos es común en la pintura

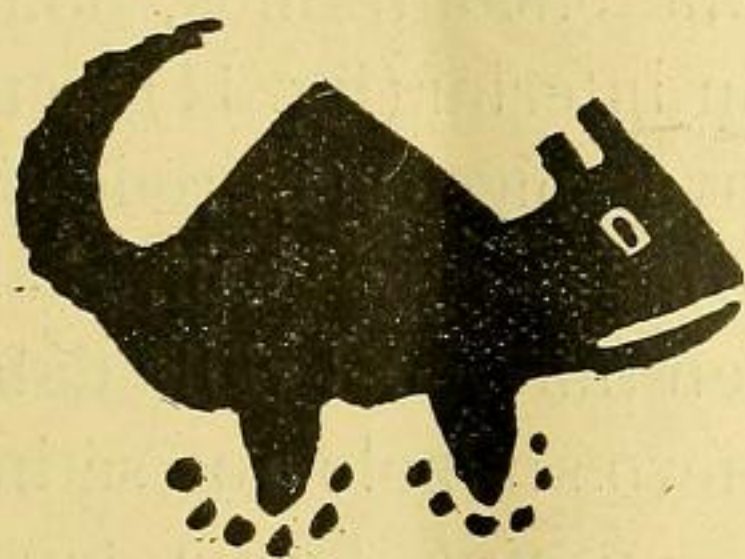


Fig. 11. — Pintura interior de un puco.

de las urnas funerarias de Calchaquí desde Molinos hasta la sierra del Atajo (1).

En el museo de Berlín hay una placa muy curiosa (fig. 8) encontrada en el Río Negro cerca de Casabindo (2), que en su borde superior tiene recortadas una cabeza humana y, á cada lado una vizcacha (*Lagidium Peruanum*, Meyen); este animal, como símbolo, hasta ahora no se había encontrado sino en un disco de bronce de

(1) *Notas de arqueología Calchaquí*, número XXXI. *El símbolo del sapo*. *Bol. del Inst. Geogr. Arg.*, tomo XX, pág. 290 y siguientes.

(2) Debo este dato como tantos otros á mi amigo el doctor Roberto Lehmann Nistche.

Tolombón (fig. 9), que publiqué anteriormente, pero, gracias á los nuevos hallazgos y al mejor conocimiento de los objetos Calchaquies, podemos dar su distribución geográfica, que se extiende desde Jujuy (Santa Catalina), todo el valle Calchaquí (Tolombón) y la cuenca de Londres Mutquin, cerca de Pomán, según la hermosísima placa de cobre que debemos á la última expedición realizada por los señores doctor A. Quiroga, C. Correa Luna y doctor Julio Garino realizada en enero de 1901.

Esta placa, que reproduzco en la fig. 10 lleva recordadas alrededor de ella seis vizcachas, que marchan una detrás de otra con la boca abierta, grandes orejas y la cola enroscada para arriba : una de las vizcachas tiene rota la cabeza, y otra falta, pero quedan las señales sobre el disco del arranque de sus patas.

Curiosos son los dos pequeños Taus ó medias lunas que se encuentran una á cada lado entre las vizcachas laterales.

En varios pucos de la colección Gerling del museo de La Plata, encontramos, también la vizcacha pintada en su interior (fig. 11), generalmente dos en cada uno y cuyos pies están rodeados por una aureola de puntos, lo mismo que en otros animales representados también en pucos del valle Calchaquí.

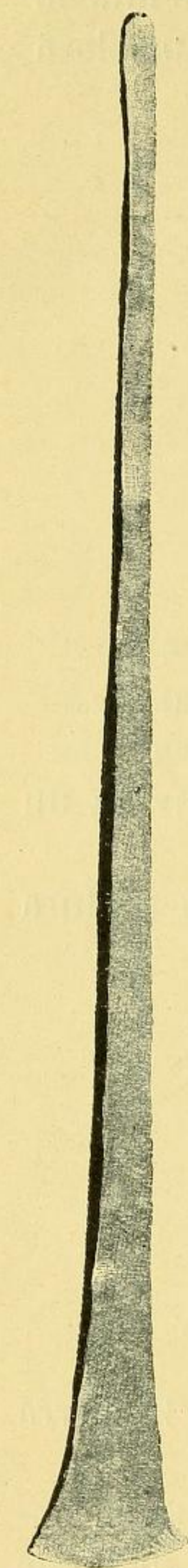


FIG. 12.—Cíncel
1/2 tamaño
natural.

Este nuevo símbolo que se incorpora á la mitología indígena, en una forma tan importante, pues lo tenemos representado tres veces ya en el bronce, y en lugares tan remotos uno de otro, merece que se estudie más detenidamente y esperemos que nuevos hallazgos nos ayuden á descifrarlo. Por lo pronto las colas retorcidas de las vizcachas de la placa de Quiroga, nos pueden dar algún indicio para poder referir á este animal, alguno de esos otros de cola retorcida también, ó espiral, que son tan frecuentes en los petroglifos que se hallan en toda la región preandina.

Pero no hay que precipitarse aún.

Cíncel. — De bronce también, este útil procede de Casabindo : tiene 27 centímetros de largo por 4 milímetros de espesor, y un

ancho que varía entre 5 y 16 milímetros; ambos extremos son cortantes en este instrumento grácil, pero mayor es la parte inferior que se ensancha en curva con un diámetro de 25 milímetros (fig. 12).

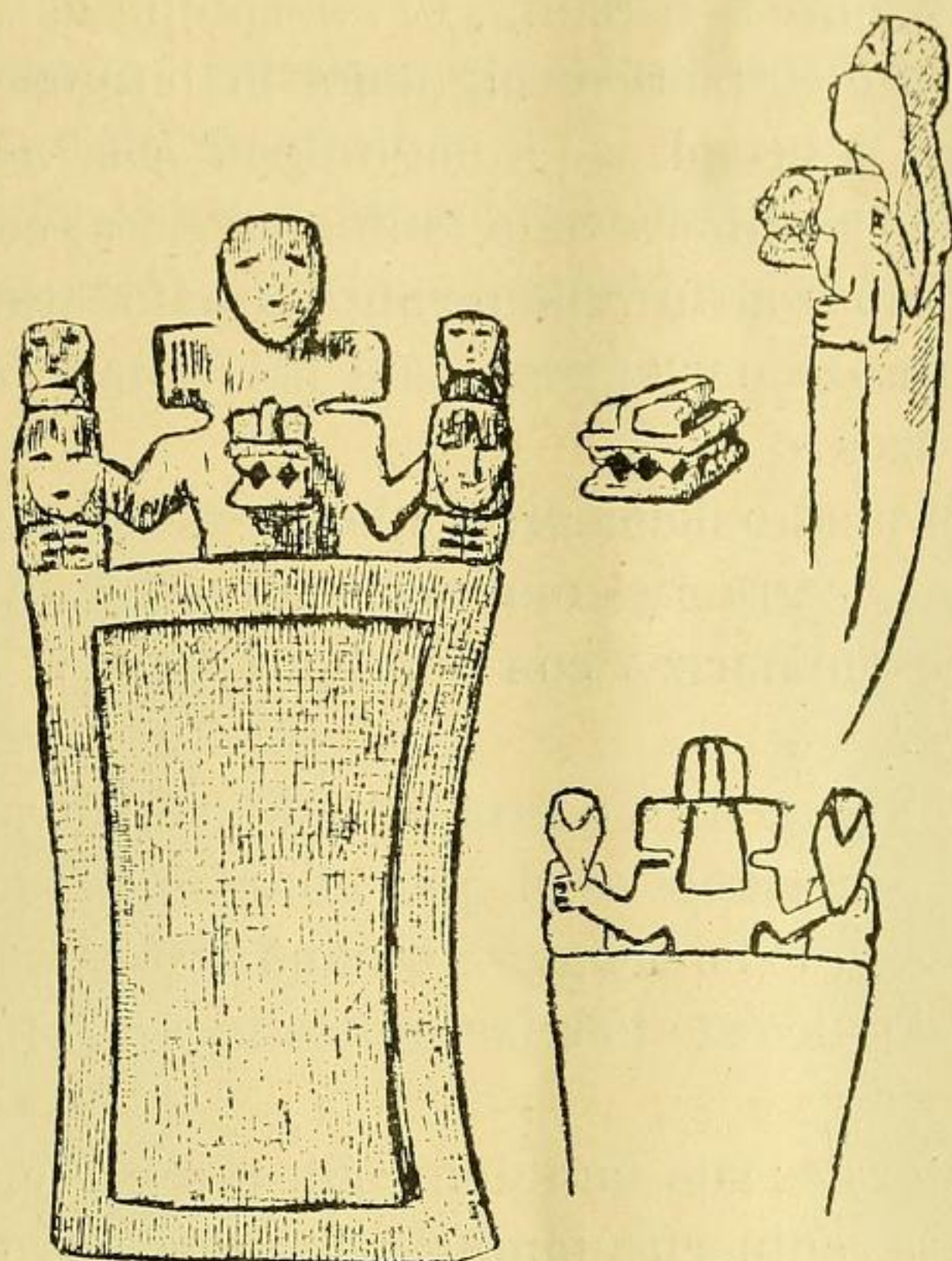


FIG. 13. — Quilmes (Valle de Yocavil). 1/2 tamaño natural. Colección Museo Nacional

Estos cinceles de las más variadas formas y tamaños son comunísimos en toda la región Kakana.

Tablitas de Ofrendas

Para dar una idea del objeto de estas tablitas de ofrenda y al mismo tiempo, para acumular en este capítulo todo el material hallado hasta la fecha en la región Kakana de estos interesantes útiles rituales, empezaré transcribiendo la descripción del primer ejemplar dado á conocer (fig. 13) (1).

Este objeto es un ídolo y al mismo tiempo un receptáculo de ofrendas, que puede dividirse en dos partes.

El grupo de figuras ó ídolo, muy bien tallado, consta de una

(1) *Notas de arqueología Calchaquí*, núm. VI (fig. 25), en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo XVII, pág. 450, Ídolo Tanga-Tanga.

imagen central y dos laterales ; á su vez cada una de estas puede dividirse en otras dos.

La imagen central, la mayor de todas, representa una figura humana con la cabeza cubierta por una toca de lienzo que le cae en forma triangular sobre la espalda. El cuerpo no es proporcionado, pues los brazos, que al parecer siguen á lo largo de él para destacarse recién cerca del codo, se interrumpen casi en su mitad por una escotadura horizontal á cada lado, que da al conjunto un aspecto de algo como una T doble ó con dos palos transversales.

Esta imagen abraza por la espalda á las figuras laterales levantando los antebrazos.

Al frente y del medio del cuerpo aparece sobresaliendo una cabeza monstruosa, de grandes ojos separados por una fuerte cresta que hace las veces de nariz y con una boca enorme provista de formidables dientes.

Dada la posición que ocupa esta cabeza, se diría que el animal monstruoso que representa es el que abraza con sus manos á las figuras laterales, y que la imagen humana que está más arriba, hallándose separada de éste por las escotaduras, estuviese montada sobre él.

Las figuras laterales son también dobles, representan dos cabezas una sobre otra, cubiertas también de tocas, pero de otra forma: la de la cabeza de abajo es más bien cuadrada y la de la superior terminada en punta sobre la espalda.

Las cabezas inferiores muestran debajo del manto ambas manos unidas, y vistas de lado se observa también la silueta de los brazos, de manera que parece que el artista quiso representar á dos personas que se asomasen descansando sus brazos sobre un parapeto ó algo por el estilo.

La segunda parte de este objeto es muy sencilla : la forma una batea, completamente lisa y convexa en su parte posterior, excavada en el centro de la anterior hasta una profundidad de 0.004^{mm} cerca del borde superior y 0.003 cerca del inferior, siendo su espesor general de 0.005.

Por el dibujo de este objeto que lo representa de lado, puede verse que la única posición estable posible es la horizontal.

En cuanto á su uso, no trepido en suponerlo un objeto de culto, un ídolo, al cual le harían ciertas ofrendas que colocaban dentro de la cavidad de la batea.

Figura 14. Esta interesante pieza de madera al parecer de alga-

rrobo, de trece centímetros de largo por cuatro de ancho, pertenece á la misma serie.

En ella, la parte ornamental la constituyen dos figuritas humanas, de cinco centímetros de alto, una al lado de la otra; pero separadas entre sí.

Estos personajes no tienen indicación de sexo, ni hay entre ellos signo que permita diferenciarlos.

Su actitud es la de estar de rodillas sobre el borde superior de la tablita. Vistos de atrás se nota mejor esto por la posición de los pies que sobresalen de dicho borde (fig. 15).

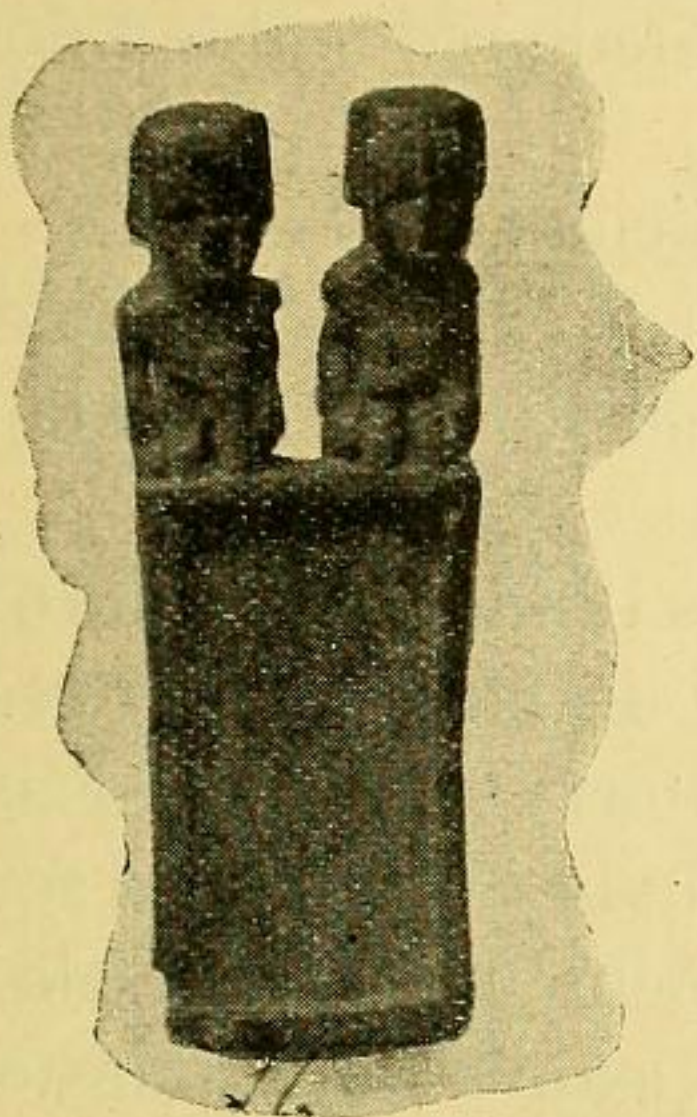


FIG. 14. — Rinconada. 1/3 tamaño natural
Vista de frente

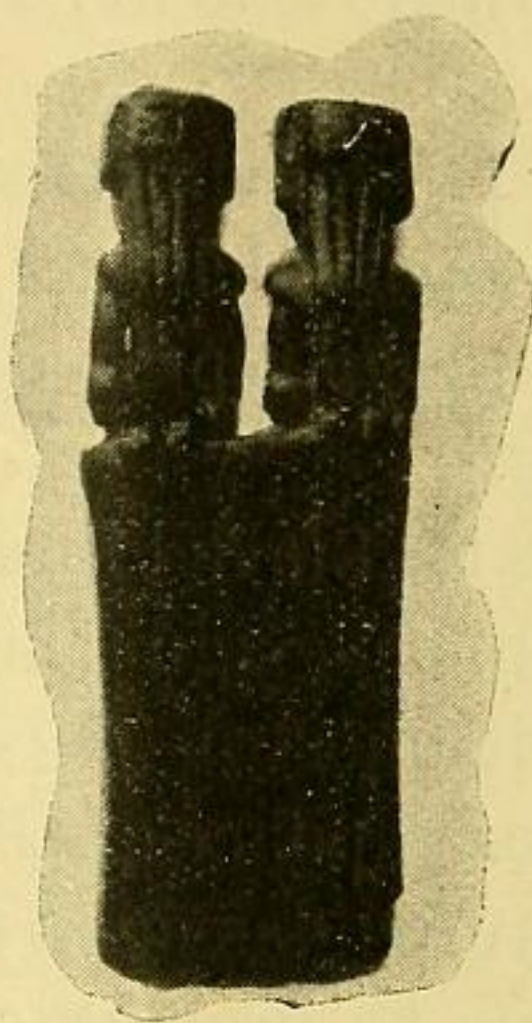


FIG. 15. — Vista posterior

Los brazos caen naturalmente á lo largo del cuerpo, con las manos que, por lo grandes parecen estar naturalmente abiertas casi á la altura de las rodillas. La posición es natural, y la escultura bastante tosca pero de rasgos seguros.

Por lo que se puede ver, estas figuras visten un poncho corto y angosto de modo que les deja el brazo desnudo y ceñido á la cintura por una faja ancha que les abarca parte del pecho y vientre.

En la cabeza, llevan la *Tanga* ó toca característica de estos personajes, que cubre la frente, cae á los lados cuadrándola y se prolonga por detrás sobre la espalda. Sobre la frente esta *tanga* tiene grabada una cruz, en la nuca un elemento de guarda griega y más abajo, una serie de estrias que, ó bien representan unas listas de color ó los pliegues de la *tanga*.

Sobre estas tangas ó tocas, me he explayado ya en mis Notas de

Arqueología al tratar del tocado (1); pero en el caso de estas tablitas de ofrenda, como la que describí tenía tres grupos de personajes unidos y cubiertos por este tocado, las referí á una reproducción de la divinidad Tanga-Tanga ó trinidad India de que habla Jimenez de la Espada (2).

La presente tablita con sólo dos personajes parece que vendría á echar por tierra nuestra afirmación anterior, pero teniendo en cuenta, la tanga que también hallamos en los ídolos de piedra y amuletos, y los símbolos de la cruz y el elemento de greca que vemos tan repetidos en las urnas funerarias, no es difícil que estas figuritas sean personajes míticos, y aún elementos del Tanga-tanga que por capricho del artista hayan quedado reducidos á dos en vez de tres.

Pero puede admitirse otra interpretación.

La cruz en calchaquí, según mi estimado colega y amigo el doctor Adán Quiroga representa entre otras cosas lluvia (3). A esta idea me adhiero.

Entre los Sia del Sud Oeste de Estados Unidos, ó de Nuevo México, también tiene igual significación (4); de modo que la cruz en la frente de nuestros personajes representaría lo mismo. Fácilmente podemos suponer que ellos llevan la lluvia y que á ellos se les harían las ofrendas en la tablita, naturalmente para pedírsela cuando la sequía se prolongase y los cultivos estuvieran expuestos á perderse.

Esta es la base de todas las religiones indias en las naciones que pertenecen, como los Calchaquies y los *Pueblos* de los Estados Unidos, á la civilización del Desierto y que han vivido luchando contra la naturaleza para sembrar y recoger las espigas de maíz, recurso principal de su alimentación.

Ahora bien si se invoca á dos personajes que puedan traer la

(1) Número XIV, *Boletín del Instituto Geográfico Argentino* tomo XIX, página 59 y siguientes.

(2) Congreso de Americanistas de Bruselas 1879. 3ª Sección, tomo I, página 576.

(3) *El simbolismo de la Cruz y el falo en calchaquí*. *Boletín del Instituto Geográfico*, tomo XIX, página 318, y *La Cruz en America*, 1901.

(4) *The Sia by Matilde Coxe Stevenson*. *Eleventh Annual Report of the Bureau of Ethnology, 1889-90*. Véase vaso de ceremonia para la lluvia en la lámina en colores XXXV y descripción de su figura página 8, en que dice que «la cruz es el emblema de la lluvia de los cuatro puntos cardinales».

lluvia, éstos no pueden ser sino esos héroes meteorológicos de la

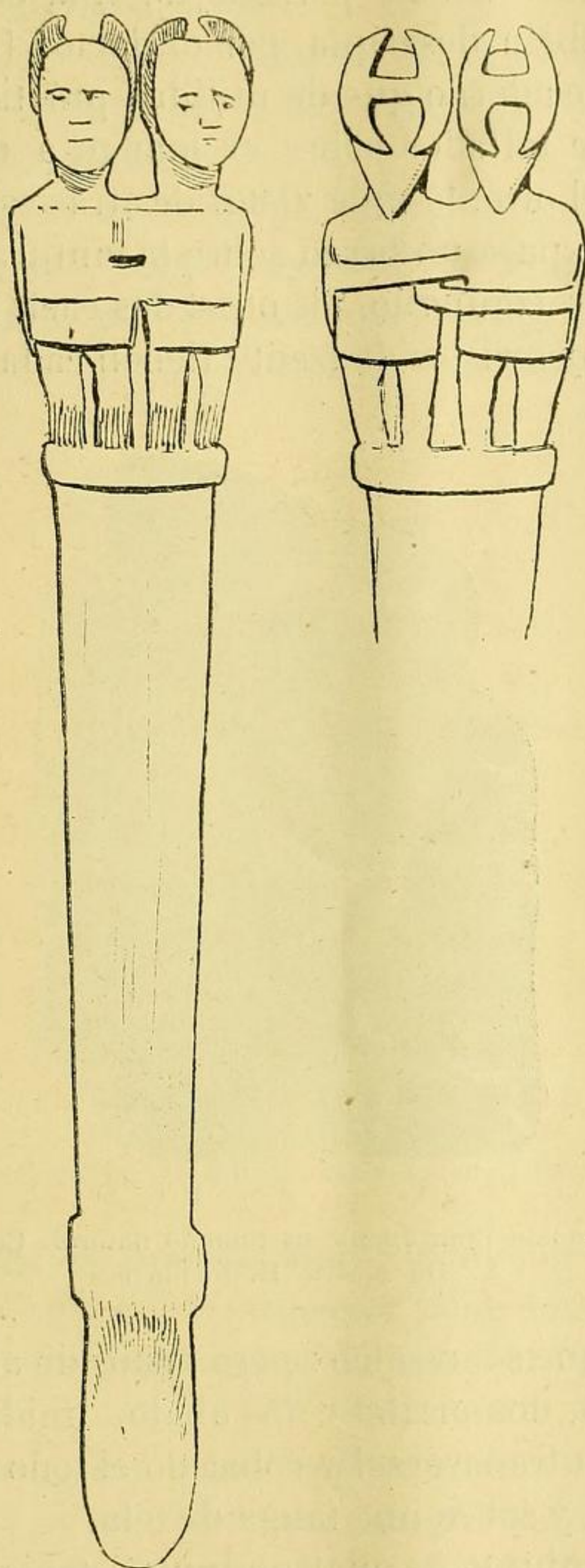


FIG. 16. — Pukara (Jujuy). 1/2 tamaño natural. Colección Museo de La Plata.
Vista anterior y posterior.

región Oeste de América: los dos hermanos Catequil y Piguerao, á quienes me he referido tantas veces en otros trabajos (1).

(1) *Notas de Arqueología Calchaquí*, número XII. Divinidad catequil? en el *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo XVIII, página 351 y siguientes; *Rastros Etnográficos comunes en Calchaquí y México* en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo LI, página 5 y siguientes.

Entre los hallazgos del señor Gerling en Jujuy, hay que mencionar á propósito de estos dos personajes, una cuchara de madera muy curiosa, también descripta por el doctor Lehmann Nitsche; que es más bien de adorno que de utilidad práctica (fig. 16).

Este objeto tiene tallados sobre el mango á dos personajes de pie, uno al lado del otro, los que vistos de atrás están abrazados (1), es decir, cada uno pasa un brazo sobre la cintura del otro, uno el derecho y el otro el izquierdo, los otros dos caen naturalmente.

Los dos personajes vistos de frente tienen cada uno sobre la ca-

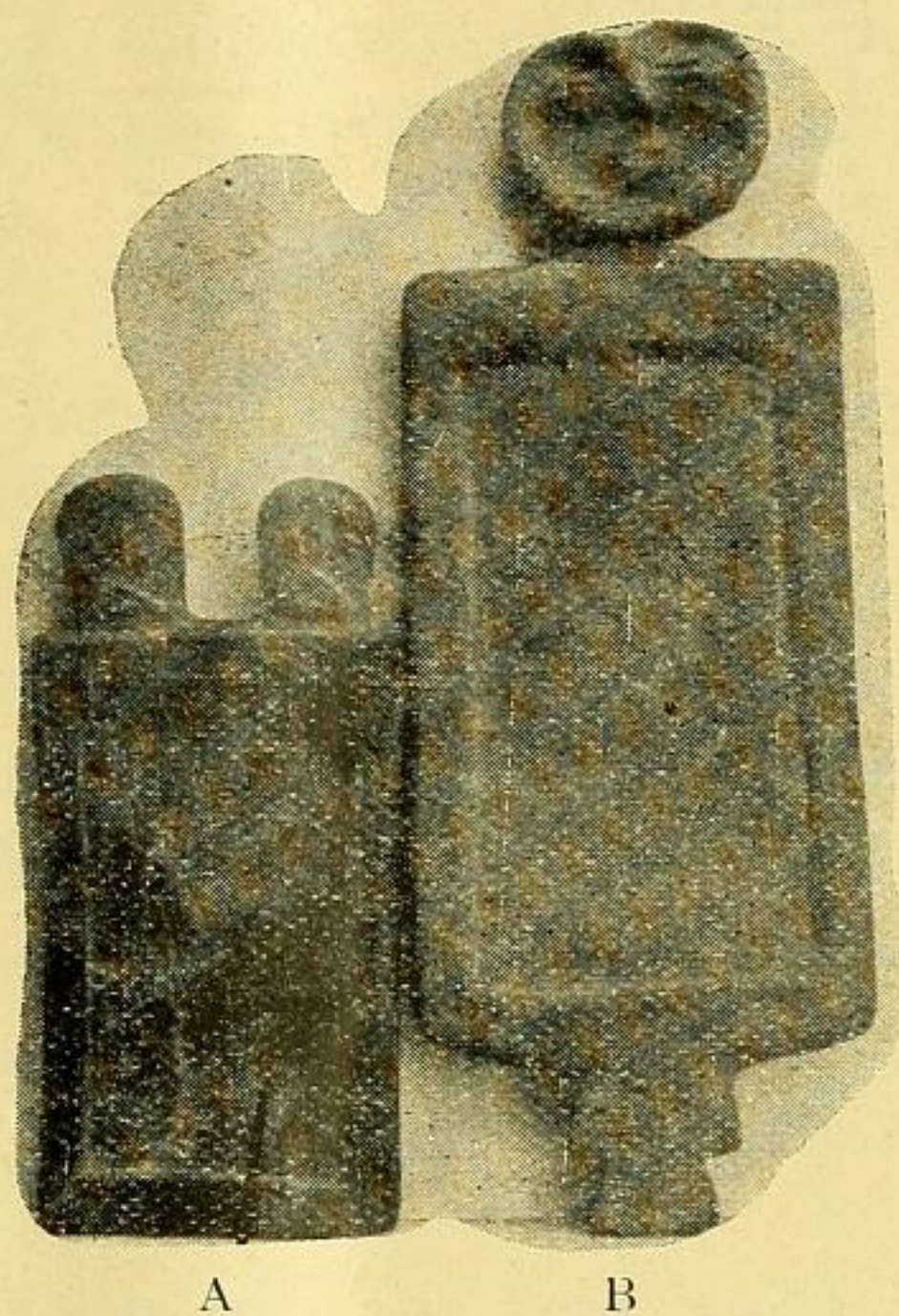


FIG. 17. — Calingasta (San Juan). $\frac{2}{5}$ tamaño natural. Colección Aguiar.
A. De piedra. B. De madera

beza dos plumas que sobresalen; pero vistos de atrás estas plumas parecen ser cuatro, dos arriba y dos abajo, unidas entre sí en el medio por una faja transversal y colocado el todo en la parte posterior de la cabeza y sobre una tanga de tela.

También este conjunto de cuatro plumas, teniendo en cuenta su colocación, podría considerarse como un doble *tau* metálico ó mejor dos medias lunas unidas en su centro por una barra transversal, algo parecido á esos curiosos adornos que se ven en la frente de algunos personajes; en el disco de las vizcachas figura 10 y sobre todo en una placa pectoral del museo de La Plata. Estos dos hombrecitos exactamente iguales y sin diferencia alguna entre sí, hallados

(1) Como los personajes del grupo de la tablita figura 13.

en la misma región creo que deben de relacionarse con los de la tablita de ofrenda que nos ocupa.

Este ejemplar se halla en el Museo de La Plata, lleva el número 242 y procede del *Pukará*, en la Rinconada ; y forma parte del hallazgo 15 del señor Gerling.

Como una simplificación de la tablita precedente doy la figura 17 A y B, copia de una fotografía que me ha sido enviada de la provincia de San Juan por mi excelente amigo el señor Desiderio Segundo Aguiar, en la que se ven dos tablitas de ofrendas pro-

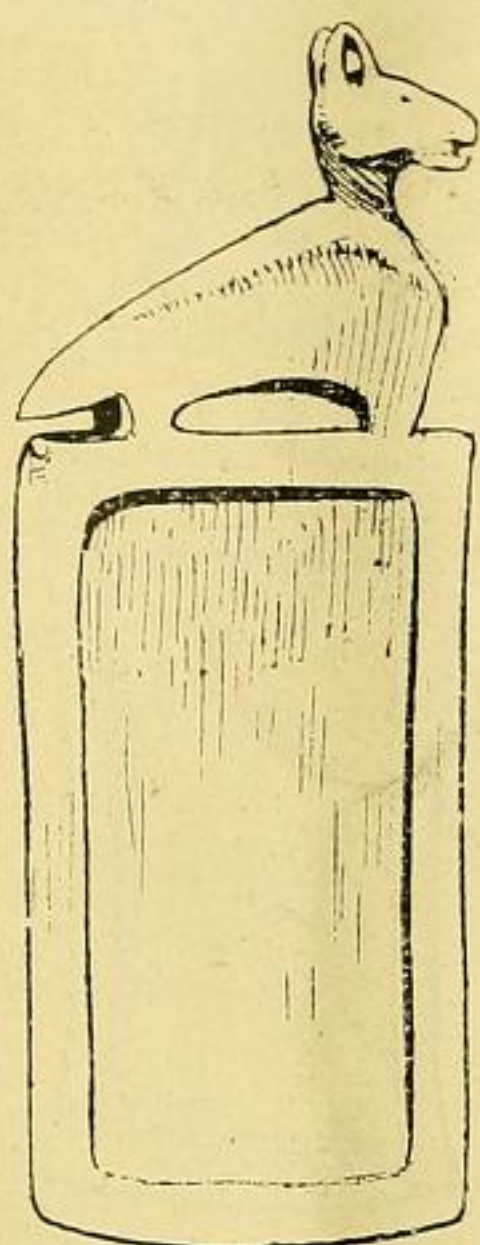


FIG. 18. — Santa Catalina. 1/2 tamaño natural. Colección Museo de La Plata

cedentes de Calingasta una de ellas ; la menor, es de madera de algarrobo y sobre su borde superior tiene dos cabezas humanas esculpidas con la particularidad de mostrar las bocas en relieve de forma triangular A.

La mayor es de piedra pizarrosa y muestra en un extremo una cabeza humana (1) y en el otro un mango recortado fig. 17 B.

Estos objetos vienen á vincular aún más la civilización de Calingasta con la de Jujuy, vinculación que detallo más adelante.

He tratado de reunir todo el material que me ha sido posible de estas tablitas de ofrendas, pero sólo he hallado otras tres en el

(1) El señor Aguiar me escribe á propósito de la cabeza : La cabeza de la grande no le pertenece, esa que está encima de la plancha es de barro, fragmento de una vasija, y que como usted ya sabe, la tengo siempre en esa compañía á fin de que se sepa que lo que tenía la plancha en ese lugar, era una cabeza de piedra que se rompió y extravió en el viaje cuando se trajo.

museo de La Plata, que proceden también de Santa Catalina en Jujuy y coleccionadas por el señor Gerling. Todas ya descriptas por el doctor Lehmann Nitsche en su catálogo citado.

La primera es muy simple, algo convexa y tiene como único adorno un huanaco con las orejas paradas en actitud de observar. Sus dimensiones son 0.15 por 0.4 $\frac{1}{2}$ (fig. 18).

El señor Gerling cree que representa una vizcacha; pero mi opinión difiere pues su aspecto es distinto del de ese animal.

El huanaco tiene un gran papel en la mitología actual de los calchaquies, sobre todo los machos jefes de tropilla á quienes llaman *relinchos*.

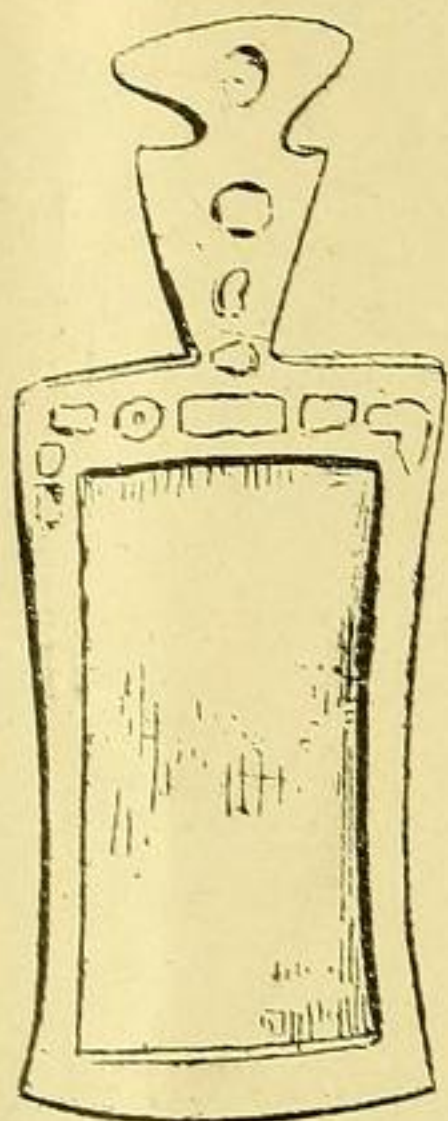


FIG. 19. — Santa Catalina. $\frac{1}{2}$ tamaño natural. Colección Museo de La Plata

La actitud del adorno de esta tablita es la de un huanaco *relincho* es decir, el encargado de vigilar mientras la tropilla come ó descansa, para dar la señal de alarma ó relincho en cuanto nota la menor novedad, á fin de que sus protegidos se pongan en salvo con tiempo.

La mitología actual permite la metamórfosis de la Pacha Mama ó Llastay (Genius Loci), en relinchos para asustar á los indios que se encarnizan demasiado en las cacerías y matan inútilmente un mayor número de víctimas que el que pueden aprovechar, y muchos son los cuentos que corren sobre esto (1) lo que hace que las especies no sean extinguidas.

(1) Como ejemplo, transcribo aquí el siguiente cuento, recogido por mí en Amaicha (Valle de Yocavil) :

Un cazador que acostumbraba matar muchos huanacos, en un cerro vecino, halló un día á un corpulento relincho é inmediatamente lanzó sobre él un juego

Esta tablilla es posible haya servido para hacer ofrendas que se relacionasen con el buen éxito de una cacería.

Procede del Río San Juan de Mayo, y forma parte del hallazgo número 1 del señor Gerling.

La segunda tablilla es de madera oscura, probablemente algarrobo, el adorno se reduce á un mango entallado á ambos lados, pero muy sencillo (fig. 19).

La particularidad que presenta este objeto es la de tener incrus-

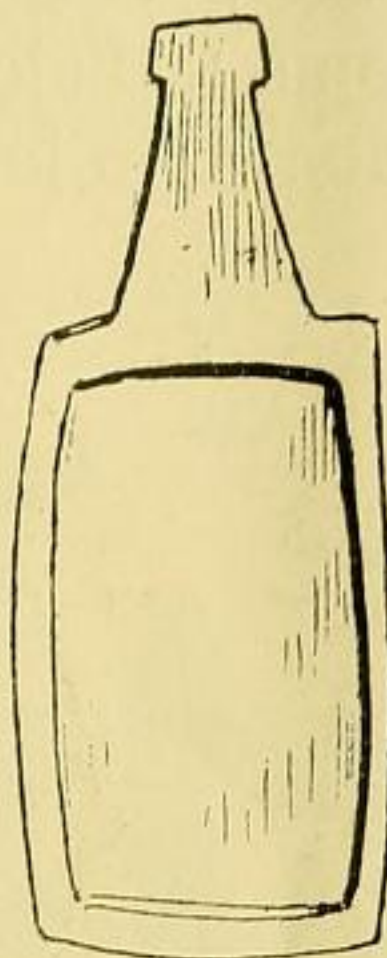


FIG. 20. — Santa Catalina. 1/2 tamaño natural. Colección Museo de La Plata

taciones, tanto en el adorno como en el borde superior de la tablilla. Hay incrustadas algunas cuentas de turquesas que han pertenecido á un collar, pequeños trozos de otras de color más subido,

de boleadoras. El relincho maneado saltó con rapidez y se perdió en una quebrada, nuestro hombre corrió tras él, y al penetrar en ella vió con gran espanto que otro hombre de aspecto adusto, aún no concluido de metamorfosear, le desataba las boleadoras de las piernas. Era el Llastay!

Petrificado del susto no atinó á disparar, y mientras tanto, el Llastay entre-gándole las boleadoras, le increpaba su conducta amenazándolo con graves castigos si no cesaba la persecución encarnizada ó inútil de sus rebaños de huanacos.

El cazador, confuso, fué conducido por el Llastay á un cerro muy alto y allí dando un silbido agudo hizo aparecer otro relincho, sobre el cual le ordenó montar.

El huanaco con su carga se precipitó cerro abajo, á cuya base llegó con su ginete incrustado, otro silbido hizo trepar de nuevo al huanaco siempre con nuestro hombre que pudo al fin apearse tiritando de terror después de esta prueba tan dura.

Entonces el Llastay le habló de este modo: « siempre que necesites carne para tu familia, puedes venir al cerro y bolear un huanaco, pero ha de ser uno solo! Pobre de tí que no hagas caso, y el placer de matar te lleve á sacrificar inútilmente los animales, que otras gentes pobres pueden necesitar.

seguramente de azurita ó malaquita, y varios fragmentos de Tungsteno ó hierro oligisto, cuyo color y brillo acerado junto á las demás piedras producen un efecto sorprendente al destacarse del color obscuro de la madera.

Como trabajos de incrustaciones en Jujuy, debo citar un mate incrustado con turquesas que llevó el doctor Max Ulhe, depositado en el Museo de Berlín, y encontrado en Casabindo.

Este dato lo debo á mi distinguido amigo el doctor Lehmann Nitsche, quien ha puesto á mi disposición sus interesantes apuntes, recogidos en su último viaje á Europa.

En la región Calchaquí, como trabajo de incrustación ó mosaicos de turquesas, hay que recordar á un loro hallado por el señor Sa-

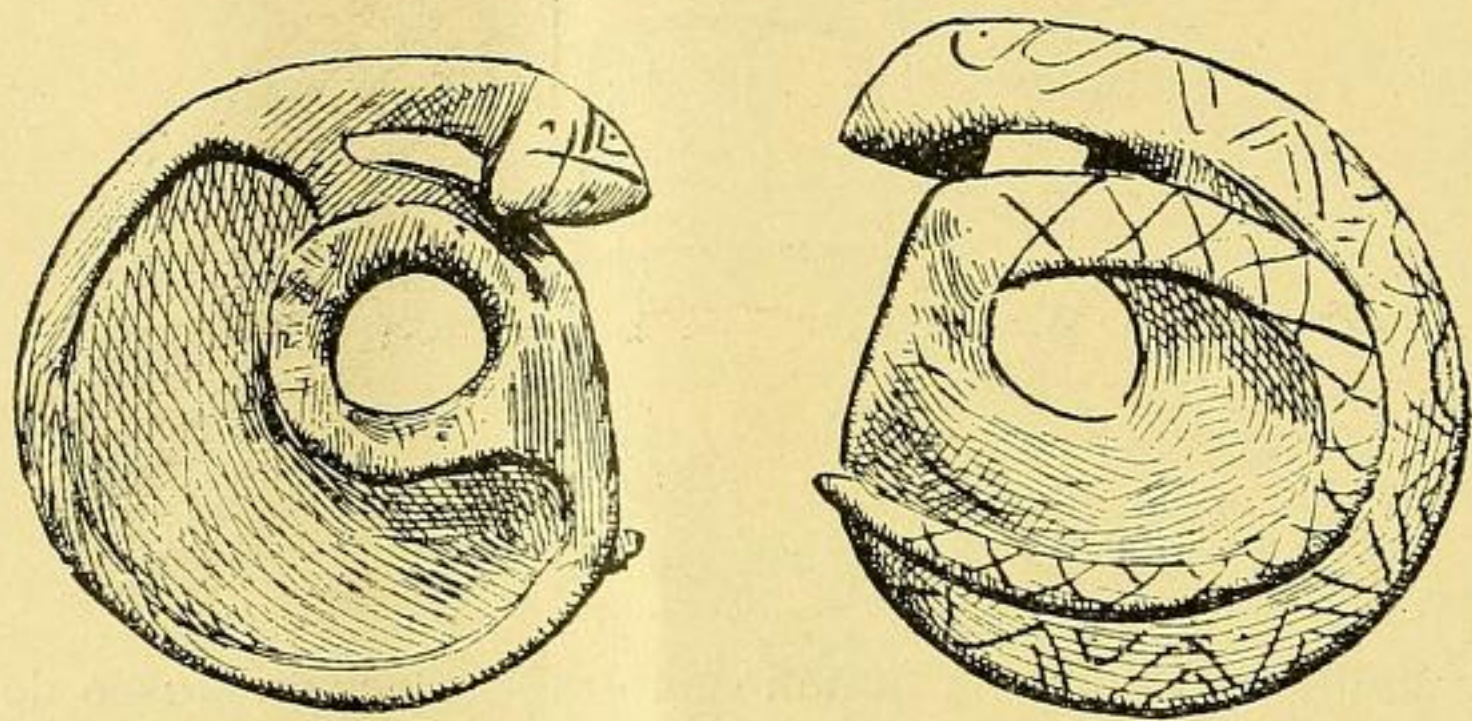


FIG. 21. — Santa Catalina. Colección Museo de La Plata. Vista anterior y posterior

muel A. Lafone Quevedo en las huacas de Chañar Yaco (Cuenca de Londres) y que se halla citado en su trabajo que lleva el mismo nombre (1).

La tercer tablita es de madera amarilla, dura, igual á la de la cuchara que describo más adelante (fig. 20).

Es más pequeña que las anteriores, un tercio menos, y su adorno se reduce á un simple mango sin tallados, y sólo con un pequeño corte saliente en su parte superior.

Figura 21. El doctor Lehmann Nitsche, en su catálogo citado, llama á esta pieza obra maestra de cinceladura y la describe así: « representa una serpiente enroscada sobre sí misma, así es que deja en el medio un espacio circular y perforado, que permite pasar el dedo, como en una paleta de pintor.

Desde arriba se ve que el cuerpo de la serpiente ha sido excavado

(1) *Revista del Museo de La Plata*, tomo III, página 39 (Huaca B).

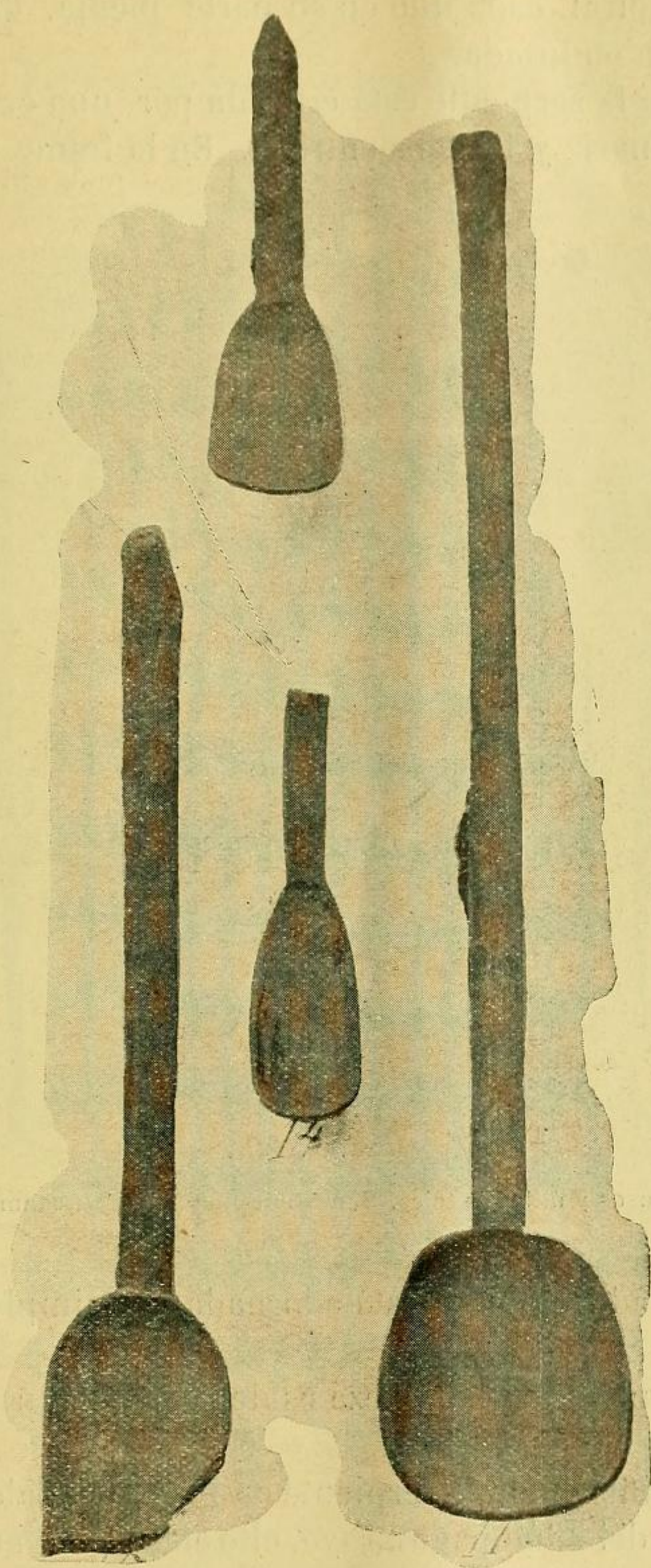


FIG. 22. — Cucharas de Madera. Santa Catalina (Jujuy). 1/3 tamaño natural.

alrededor de dicha perforación, y presenta la excavación de esta tablilla que conserva aún rastros de pintura roja.

Visto desde abajo el cuerpo, puede compararse con dos herradu-

ras concéntricas; la exterior está adornada con romboides que encierran una espiral, cada uno en su parte media, debajo de estos corre una línea ondulada.

La cabeza de la serpiente está cruzada por una cruz que divide la frente de la nariz y los ojos entre sí. En la frente lleva un rom-

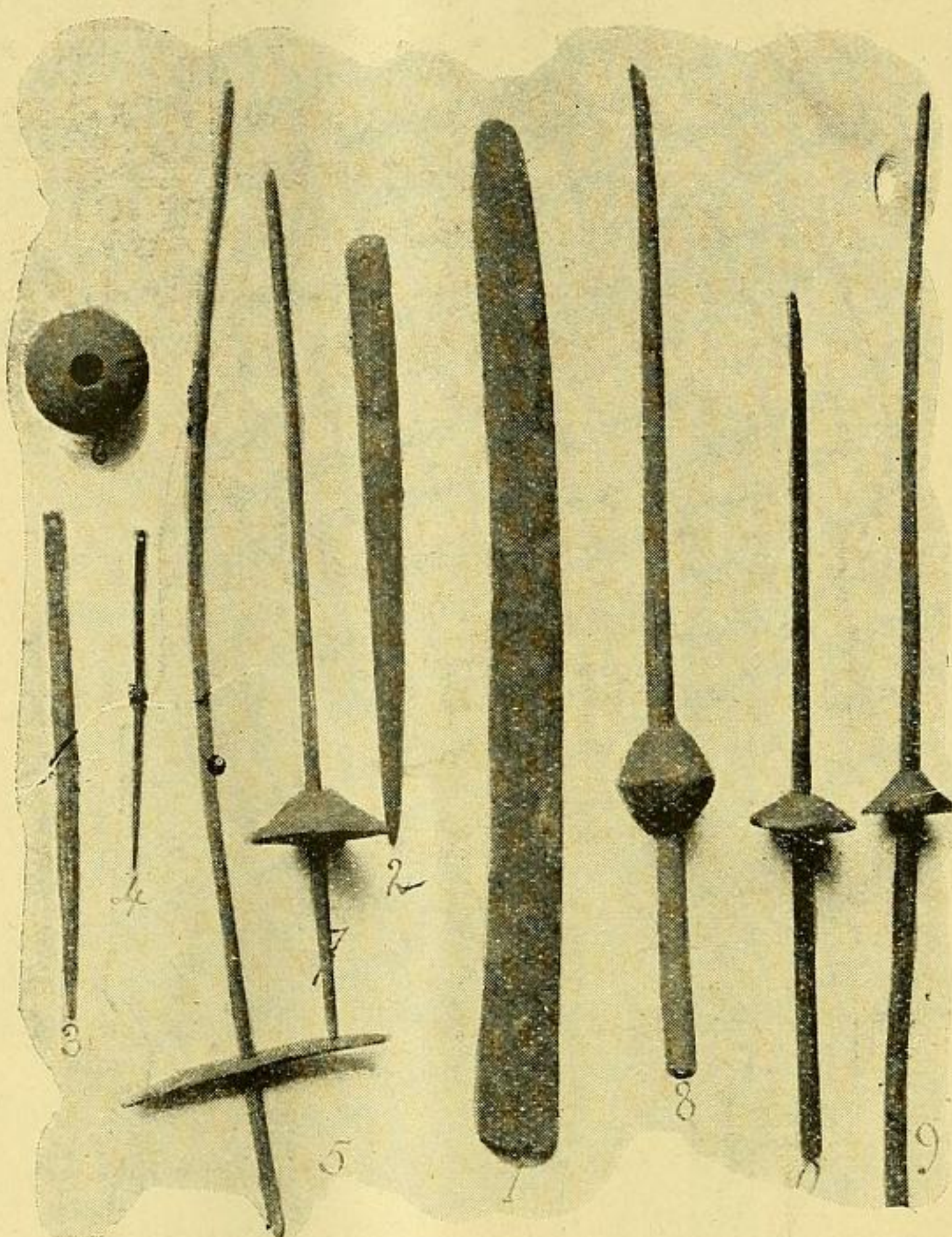


FIG. 23. — Husos y útiles de tejer. Santa Catalina (Jujuy). 1/3 tamaño natural.

boide. La herradura menor está adornada con simples líneas cruzadas.

El diámetro mayor de esta pieza es de ocho centímetros, y su espesor de dos.

Dado el significado de la serpiente en la región Calchaquí, como representación del relámpago ó rayo, ello abona más aún respecto de mi hipótesis de que estas tablitas son objetos de culto, rituales, pues no es dado suponer que los artistas indios se hayan dado tanto trabajo en estos tallados de madera, artísticos en su mayor parte y de ejecución esmerada, al sólo fin de proporcionarse paletas para desleir colores que les sirvieran para embijarse.

Útiles domésticos y prendas de uso

Cucharas. — En primer término, mencionaré las de madera, objetos muy abundantes en las tumbas de Jujuy. Casi todas ellas son toscas y de mango variable; las largas han servido para revolver dentro de las ollas el locro (1) ó los demás alimentos durante la cocción de los mismos y las de mango corto, para comer en los pucos.

Entre las cuatro que se estudian (fig. 22), el número 14 es de ma-

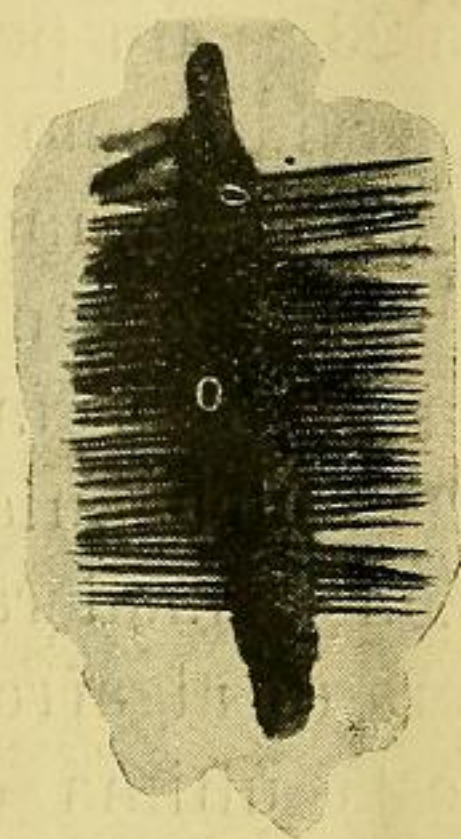


FIG. 24. — Peine de espinas de cardon. 1/3 tamaño natural.

dera amarilla muy dura y más cuidadosamente trabajada que las otras que son de madera de algarrobo (*Prosopis*).

En la figura 1 se ven dos cucharas, una sobre el puco y otra sobre una ollita.

El Museo de la Plata posee algunas provenientes de los hallazgos del señor Gerling.

*
* *

Husos. — En seguida mencionaremos estos instrumentos y otros útiles de tejer, también bastante comunes en Jujuy.

La figura 23 muestra las diversas especies de husos empleados, todos de madera, bastante toscos, de vástago en general fino y tor-

(1) Locro es un plato nacional aún hoy día usado por la población del interior de la República, compuesto de maíz hervido con grasa, carne picada, sal y ají. Con poca diferencia debe haber sido el plato de los Calchaquíes.

tero pequeño, de forma cónica bastante ancha; uno, el número ocho, difiere por su forma, lo mismo que el cinco, que es angosto, largo y casi sin peso para poder hacerlo girar.

En la figura 1 vése, en su cesto de paja, una serie de husos de la forma general indicada, y un tortero muy grande que puede ser de piedra ó barro cocido.

El señor Gerling halló varios husos en diversas tumbas y entre ellos un tortero de piedra.

En el valle Calchaquí no he encontrado aún torteros de madera, abundando en cambio los de piedra, cuya serie de dibujos he publicado anteriormente (1) pero creo que deben haber sido usados también los de madera y que hoy no los hallamos por haberse destruido, á causa de las condiciones especiales del clima de los valles.

El número 1 de la figura 23 es un pequeño útil, comprimido y chato que, seguramente, ha servido como pala para apretar el tejido.

De estas palas, y aún mucho más grandes, se han hallado varias. El grupo de la figura 1 muestra algunas, el señor Gerling halló también otras y éste útil siempre de madera de algarrobo es de uso común en todos los valles Calchaquíes.

El número 2 es un punzón de madera y los números 3 y 4 son agujas; la primera de madera de algarrobo y la segunda de espina de cardón (*Cereus* esp.); esta última es de un trabajo prolijo; la cabeza ha sido rebajada con cuidado para poder perforar el ojo, completamente redondo, trabajo que seguramente ha sido hecho con algún alambre de cobre enrojecido.

Peines. — Sabido es el cuidado que ponían los Calchaquíes en el arreglo de su cabellera. En un trabajo anterior dediqué bastantes páginas, á la descripción de la variedad de peinados y tocados que usaron valiéndome de los diversos objetos que me fué dado estudiar en esa monografía (2).

Entonces no conocía el peine de que podían haberse servido los Calchaquíes, hoy, con los hallazgos de Jujuy, ya nos podemos dar cuenta de este útil.

La figura 24 representa la forma típica del peine Calchaquí; se

(1) *Notas de Arqueología Calchaquí* N° XXV; *Muyunas ó Torteros de huso* Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo XX, página 184.

(2) *Notas de Arqueología Calchaquí*, XIV: *El Peinado y el Tocado*. Boletín del Instituto Geográfico Argentino tomo XIX, página 49 y siguientes.

compone de un palito de seis ú ocho centímetros de largo, partido longitudinalmente en dos, y dentro de ambos, colocados en sentido transversal una serie de espigas de cardón, cortadas de un mismo largo con sus puntas redondas y sujetas por medio de un fuerte tejido de hilos de lana finamente trenzados entre si.

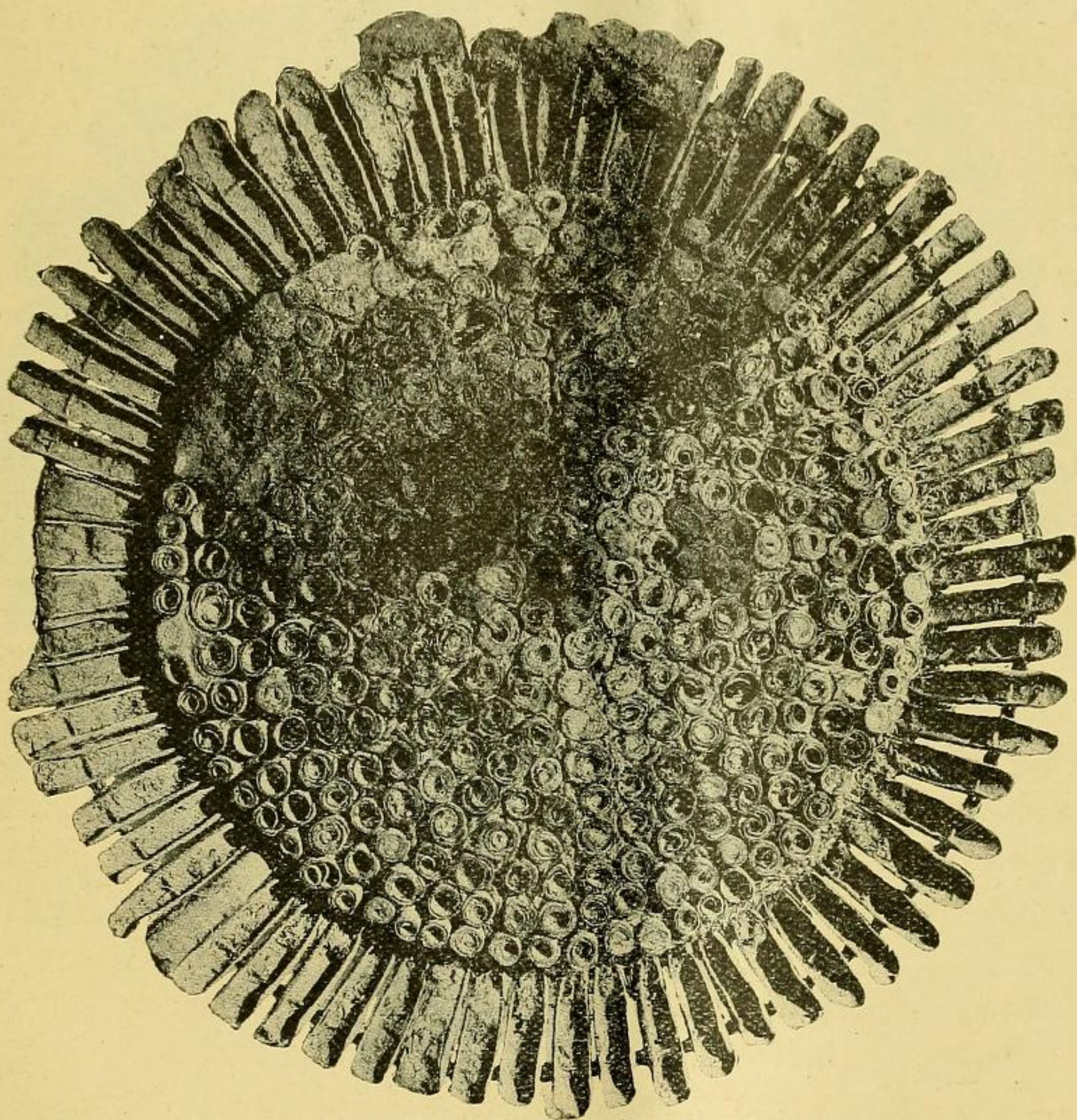


FIG. 25. — 1/3 tamaño natural. Vista del sombrero de arriba

Estos peines abundan en Jujuy, el señor Gerling halló cuatro en diferentes tumbas iguales al que describo y que también figura y describe el doctor Lehmann Nitsche en su Catálogo citado.

En cuanto al arreglo del pelo, podemos deducir de los datos del señor Gerling que el hombre momificado de su hallazgo número 4, que parece haber sido un jefe, por el hacha de cobre enastada que se halló con él, tenía el pelo dividido en pequeñas trenzas, lo mismo que he encontrado en una tumba de Pucarilla al oeste

de Molinos (Salta); é igual á lo que también cita Mantegazza (1).

Como complemento al peinado, debemos describir el curioso sombrero de los indios de Jujuy ó mejor de sus jefes, del cual ya se

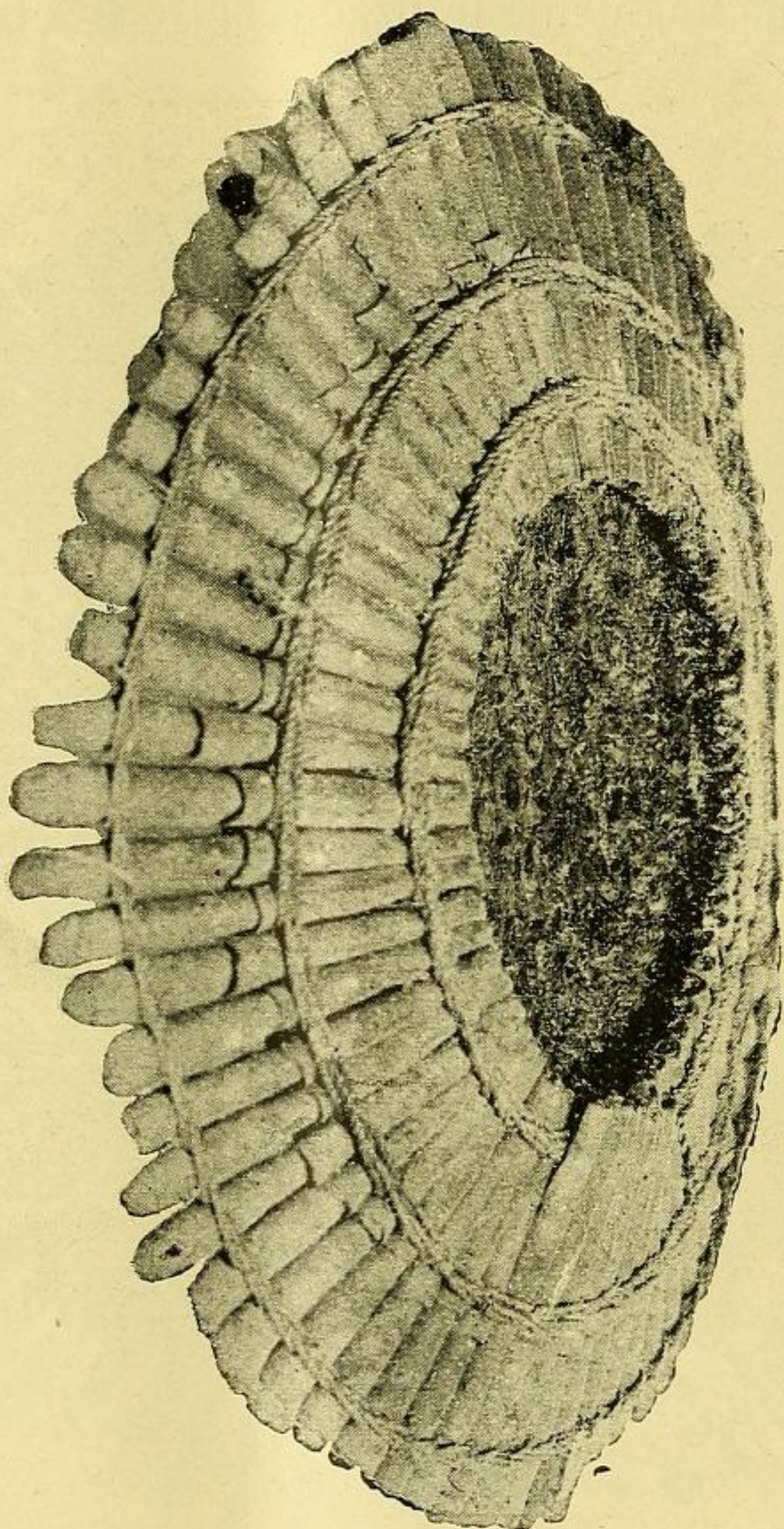


FIG. 26. — Visto de lado

conocen dos ejemplares, el que describí anteriormente y que vuelvo á hacerlo aquí, y el que halló el señor Gerling atado con una faja marrón, sobre la cabeza de la momia de su primer hallazgo del Río San Juan de Mayo, y que publica el doctor Lehman Nitsche.

Sombreros. — A la exquisita gentileza de los señores Enrique y

(1) *Rio de la Plata é Tenerife*, 3ª edición. Milan, 1876 página 432 y siguiente. *Gli indiani Calchaquí é le ultime scoperte dell' Ambrosetti*. *Archivio per L' Antropologia é la Etnologia*, tomo XXVI, página 64, 1896.

Carlos Hoskold, debo éste, entre otros interesantes objetos, de los viejos pobladores de la región de Santa Catalina, provincia de Jujuy (fig. 25).

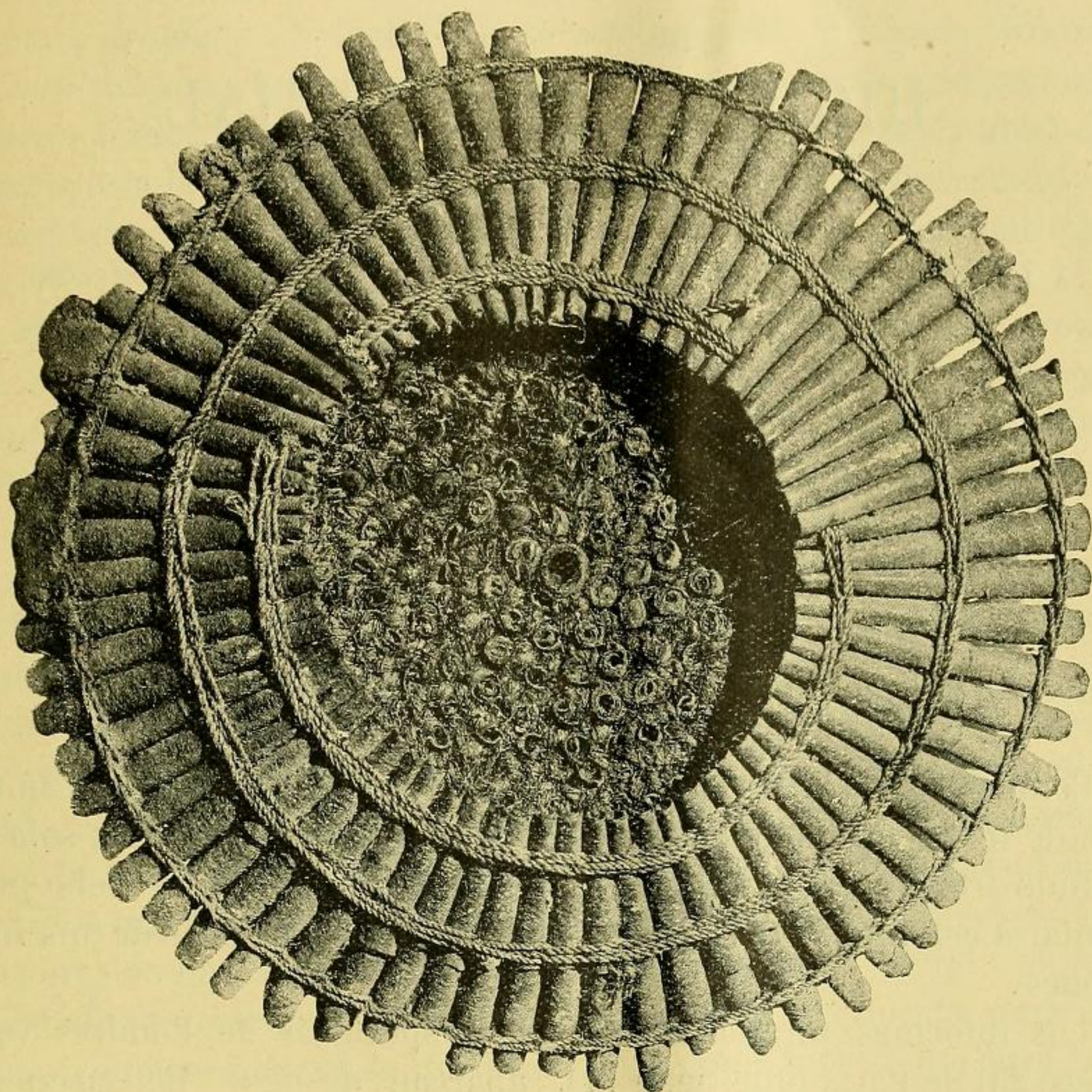


FIG. 27. — Visto de abajo.

La materia prima que ha sido empleada para fabricarlos, son los cestos de una mariposa (*Oeceticus Geyeri*. Berg), cuya larva vive y lo construye para convertirse en crisálida, sobre los algarrobos (*Prosopis*).

(Continuará.)

ANTIGÜEDADES CALCHAQUIES

DATOS ARQUEOLÓGICOS SOBRE LA PROVINCIA DE JUJUY (REPÚBLICA ARGENTINA)

POR JUAN B. AMBROSETTI

(Continuación)

La copa del sombrero esta formada por estos mismos cestos cortados transversalmente y rellenos con otros fragmentos, todos unidos entre sí por cuerditas de chaguar.

Esta copa tiene mayor superficie y es convexa en la parte superior; se la puede ver integra en la figura 25 mientras que en la inferior sólo queda libre la mitad, pues las alas del sombrero, dirigidas hacia arriba cubren la otra (fig. 26).

Estas alas están formadas por los mismos cestos cortados longitudinalmente, de modo que vistos de arriba, presentan una canaletas, mientras que de abajo son convexos.

Como las alas son muy anchas y el largo de los cestos no alcanzaba, han sido agregados de a dos y colocados lo mismo que las tejas de un techo; el detalle de esto puede verse mejor en la figura 27.

Tres series de cuerditas de chaguar, concéntricas y a distancias convenientes, aseguran la armazón de estas alas: las más internas son más gruesas y dobles, y esto se comprende, pues ellas son las encargadas de unir y asegurar las alas a la copa; desde arriba puede verse que las alas no sobresalen de la circunferencia de la copa, sino la mitad de su largo, es decir, la última serie de los cestos agregados.

La parte superior de este sombrero ha estado recubierta en otro tiempo por una capa de goma de algarrobo y fibras muy desmenu-

zadas de una substancia que presumo haya sido la cáscara del fruto. Esta pasta parece haber rellonado el interior de los cestos cortados longitudinalmente.

La concavidad de este sombrero es poco profunda y su colocación en la cabeza incómoda, por lo que me parece que debió usarse en las grandes ocasiones y sólo por algunos jefes, teniendo en cuenta que su confección debió haber sido muy larga y trabajosa, y que los cestos de esa mariposa, considerados como una fruta especial del algarrobo, árbol sagrado, debían gozar del mismo prestigio entre ellos, sin que esto quite que los Calchaquies se hayan rega-

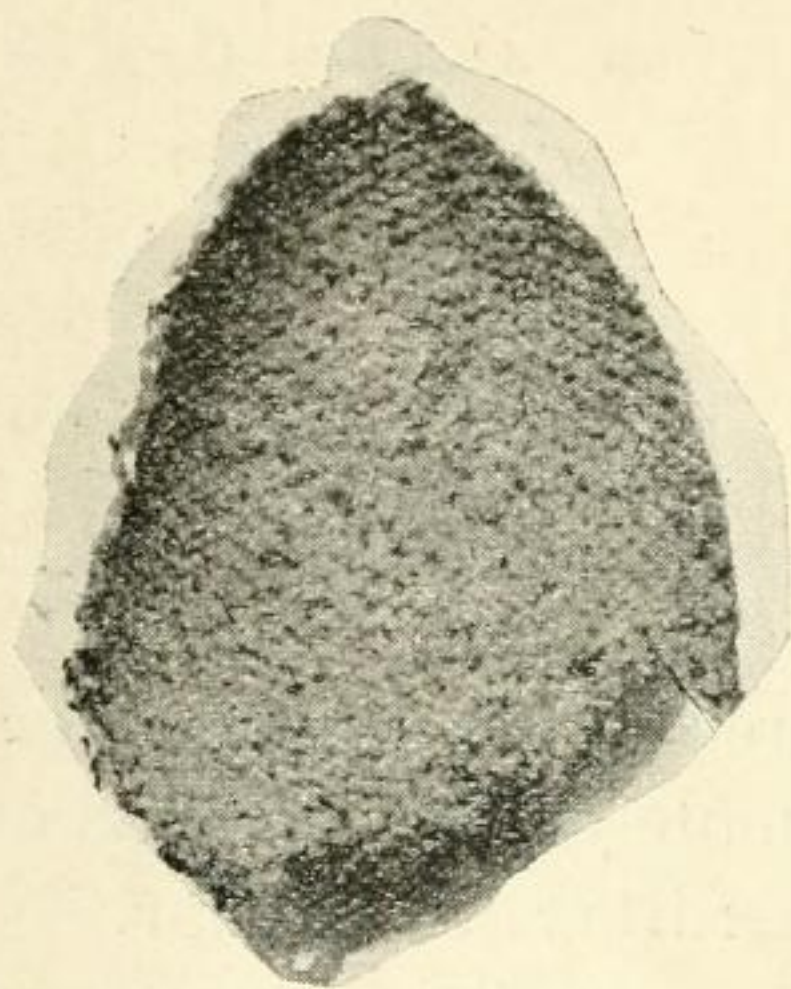


FIG. 28. — Casquete de lana tejida, 1/5 tamaño natural

lado probablemente con las larvas, como plato exquisito, lo mismo que hacen otras tribus; ejemplo: los guaraníes con el Tambú.

Además de este sombrero debo mencionar, también, un gorro ó casquete de tejido de lana amarilla y borde negro, que debía colocarse atado por debajo de la mandíbula con dos hilos, pues aún conserva en la parte intacta como un ojal que me ha servido para colgarlo de un clavo sin deteriorar esta pieza [en el momento de fotografiarla (fig. 28)].

Este casquete debía, en los hombres, quedar como un solideo de sacerdote, y me sospecho que lo que lleva en la cabeza la tercer momia de la figura 1, es uno de estos casquetes.

Tampoco podría ser difícil que hubiera pertenecido á un niño, pues vino junto con la momia colocada dentro de la urna figura 2.

El señor Gerling, en su hallazgo número 9, encontró una gorra de tejido de paja forrada con una piel de vicuña y adornada con plumas y un fragmento de otra, también adornada con plumas; hay

que tener en cuenta que dos eran los cadáveres que se encontraron en este hallazgo.

Y en los números 5 y 7 menciona una gorra de lana incompleta y un tejido de lana en forma de canasto que no se refiere á un casquete como el descripto.

Soga de totora. — Figura 29. Entre los objetos de la colección del señor Córdoba, viene una larga cuerda arrollada, de paja de totora,

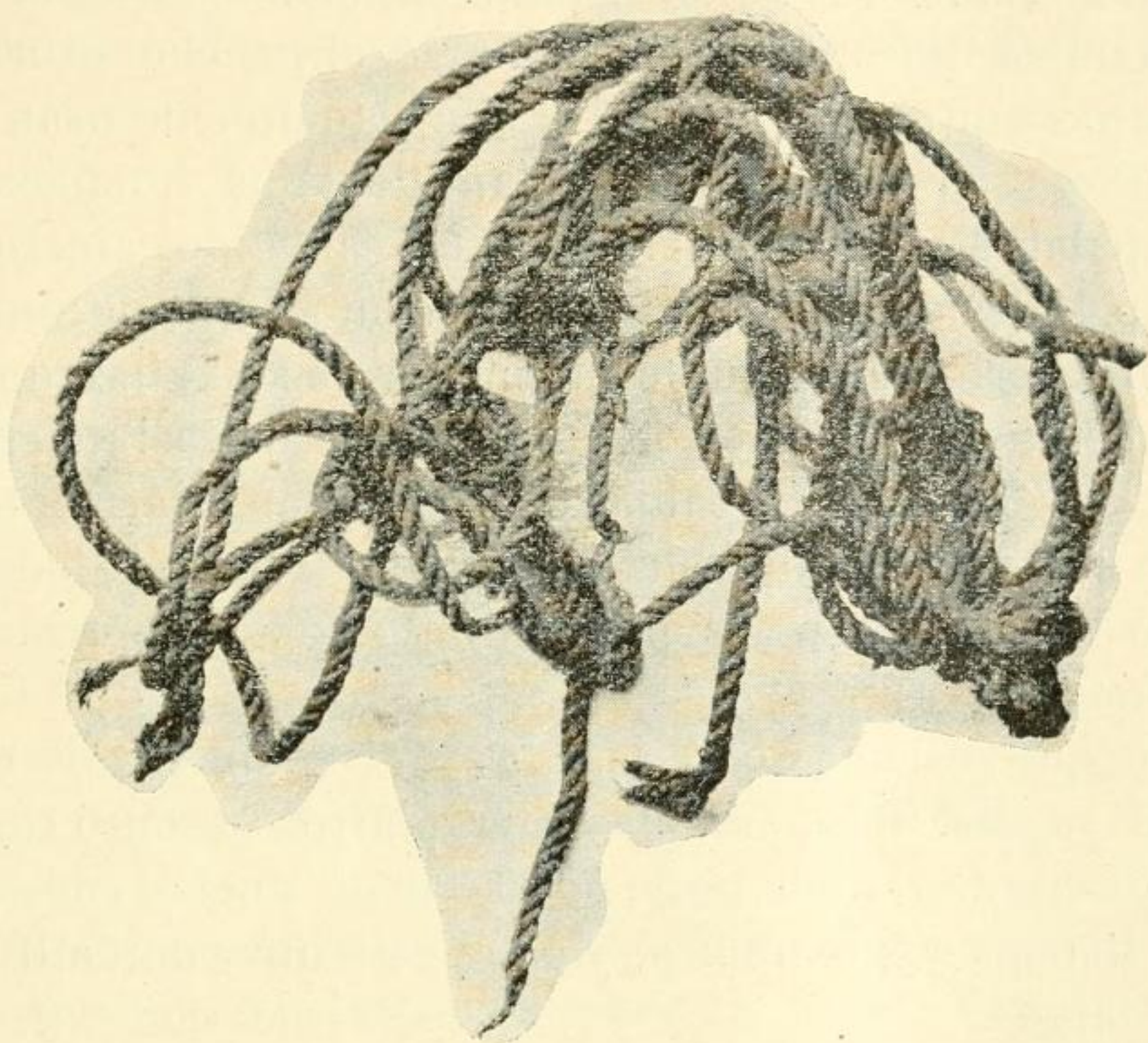


FIG. 29. — Soga de totora torcida. Santa Catalina (Jujuy)

bien hecha, cilíndrica, sumamente apretada y de exterior muy resbaladizo; tiene un nudo grueso en forma de cabeza en uno de sus extremos, y en una parte un pequeño atado de lana negra hilada.

Parece que ha servido para atar cargas sobre las llamas.

Según los datos de la colección Gerling muchos de estos arreos de llamas se han hallado en Jujuy, ya de totora, ya de trenzados de lana; algunos de ellos son bozales con su cabresto respectivo.

En la colección del museo de Berlín hay también algunas sogas de lana negra y, atadas á ellas, pedazos de madera en forma de V con un reborde en cada extremo para que no se escape la soga; estos aparatitos están clasificados por el señor Max Uhle bajo el número

V. A. 11411 como *frenos de llamas*, á los cuales se han atado pedazos de raíces como remedios preservativos (1).

No sé que á las llamas se les haya puesto freno alguna vez, ignoro de donde puede haber sacado el dato el doctor Max Uhle; yo supongo en cambio que deben ser simples bozales y que las piezas en forma de V de madera, hayan servido para hacer algunos nudos especiales para acomodar ó sujetar la carga sobre estos animales.

Prendas de vestir. — Los Calchaquies de Jujuy las han usado como sus hermanos de Salta, Catamarca, etc.

En primera línea debe mencionarse el poncho grueso ó delgado, pero siempre corto, como el que actualmente usan los indios que habitan esa región; tejido de lana de llama, huanaco ó vicuña, en una palabra de cualquiera de estos camélidos americanos que tanto papel desempeñaron en la civilización Andina de Sud América.

El señor Gerling halló junto á la momia de su hallazgo número 1, un poncho de un solo color obscuro, grueso de casi un centímetro, de $0,74 \times 0,46$, y en las espaldas de $0,12$ rectangularmente cortado, tapando la momia, que estaba acostada sobre el lado derecho mirando al Sud y con las piernas encogidas, sobre otro poncho más grueso.

La faja que sostenía sobre la cabeza el sombrero de crisálidas, igual al ya descripto, era de color marrón obscuro con dibujos romboédricos de $1,26$ de largo por $0,350$ de ancho, con un ojal de $0,40$ en uno de sus extremos, y en el otro una cuerda trenzada de $0,74$ de largo.

Una bolsa con hermosos dibujos de colores, y sobre el cuerpo de la momia un tejido rayado también de colores.

En el hallazgo número 4 menciona otra bolsita rayada de colores.

El señor Gerling también halló *usutas* ó sandalias de cuero.

Todos estos objetos y los demás de esta valiosa colección, pueden estudiarse en el catálogo citado del Museo de La Plata.

En cuanto á los adornos personales haré mención de un collar de turquesas discoidales (fig. 30) algunas de ellas sumamente pequeñas y cuyo corte, redondeada y perforación debe haber costado un trabajo largo y pacientísimo.

(1) Dato que me ha sido comunicado por el doctor Roberto Lehmann Nitsche, quién también acepta esta denominación, al describir algunos ejemplares en su catálogo.

De estos collares también se encuentran muchos en los valles Calchaquies.

El señor Gerling halló, además, en una tumba dos grandes collares de Toba volcánica, una especie de piedra pómez blanca muy friable, cuyas cuentas son de dos ó tres centímetros de diámetro y uno á dos dc grueso; éstos, creo que no han sido usados por los indios sino como adorno de algunas llamas.

Al corregir las pruebas de esta parte del presente trabajo recibo, debido á la gentileza de la Dirección del Museo Etnográfico de Berlín y por intermedio del conocido viajero y etnólogo doctor Karl von

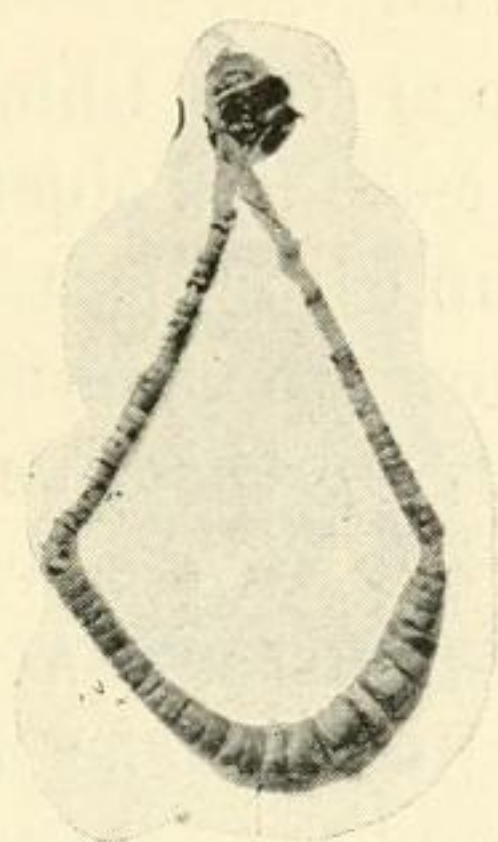


FIG. 39. — Collar de turquesas, 1/3 tamaño natural

den Steinen, una valiosa colección de fotografías de los objetos Calchaquíes que fueron coleccionados por el doctor Max Uhle en su viaje por estas regiones, y que hoy se hallan depositados en dicho Museo.

La parte pertinente á Jujuy se compone de los objetos encontrados junto á las momias de la figura 1 que ahora sabemos que se hallan en ese Museo y cuya procedencia exacta no es *Humahuaca* como erróneamente dije mal informado, cuando las describí, sinó: *Taranta* cerca de *Casabindo* y que constituyen un hallazgo hecho por un señor Albertano Castillo, vecino de Tilcara, y que el doctor Uhle consiguió adquirirlo para el Museo de Berlín, debido al doctor Bruck, quien ya pensaba enviarlo al mismo establecimiento por intermedio del señor Bayer de Antofagasta.

Entre los *objetos de bronce*, además de la placa de la figura 8, hay que mencionar también una espléndida hacha de bronce que en el Catálogo del Museo tiene el N° V. A. 11339 de filo ancho y de

ojo en forma de martillo, con otro atravesano más paralelo en el medio.

Un grueso cincel, largo N° V. A. 44282 aplicado sobre un mango de madera largo y con la punta curva de modo que el todo viene á formar como una azada.

Interesantísimo objeto que junto al hacha enastada del Museo de La Plata, nos viene á dar una idea del modo de encabar los útiles de bronce y revelarnos una de las formas de útiles de labranza de los cuales hasta ahora no teníamos sino ideas algo confusas.

Varios topos de formas ya conocidas.

Un curioso cuchillo de cobre de forma curva lanceolada atado por medio de un cordón de lana negra, con una oreja y un dedo de Llama (V. A. 44344).

Este objeto le fué donado al señor Uhle por el Cura de Tilcara.

La rara combinación de estos tres objetos se explica; debe de haber sido el cuchillo que emplearon para señalar las orejas de las llamas, ceremonia que se describe más adelante.

Entre los útiles domésticos y prendas de uso: se hallan algunas cucharas de madera de *Pueblo Viejo* cerca de Casabindo catalogadas bajo los números V. A. 44365 y V. A. 44385.

Una serie de husos y palitos de tejer de Taranta y Pueblo Viejo muy parecidos á los que publico; los torteros son de madera. Hay un ejemplar V. A. 44366 que es igual al número 5 de la figura 23. La cesta de paja que se ve entre las momias de la figura 4, lleva, en el Museo de Berlín, el número V. A. 44306.

Un peine exacto al de la figura 24, se halla catalogado bajo el número V. A. 44363 a.

En el curso de lo que falta de este trabajo iré dando las indicaciones del resto de los objetos cuyas fotografías he recibido, sintiendo que por la premura del tiempo, no pueda reproducir los grabados de los mismos, pero me prometo hacerlo en otro trabajo, que preparo, describiendo una nueva remesa de objetos interesantes de la misma región, que también acabo de recibir.

ARMAS

Todas las armas americanas y propias de la región montañosa han sido usadas por los belicosos indios de Jujuy ya sea en sus arriesgadas empresas guerreras ya en sus constantes cacerías. Las

tumbas nos entregan hoy, junto á los muertos, el arsenal completo de que disponían.

Arcos y flechas.— La momia encontrada por el señor Gerling en la gruta del río San Juan de Mayo, y que constituye su hallazgo principal, tenía un arco liso, redondo, derecho, con las extremidades un poco encorvadas de 1,40 centímetros de largo, es decir del tipo corto, acompañado por restos de sus flechas de punta de piedra (*sílice* y *obsidiana*); éstas se hallaban aún enastadas.

En otra tumba, halló también un arco con su cuerda y 30 flechas de punta de madera larga y triangular, sin pedúnculo, finamente talladas, iguales á las que aun usan los indios del Chaco, matacos y tobas, etc.

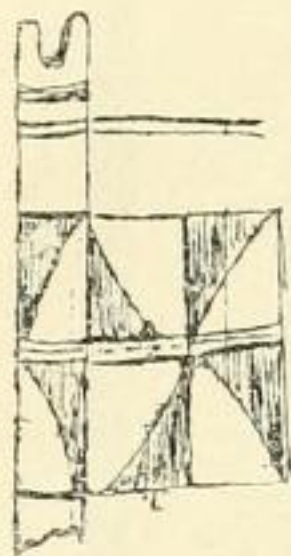


FIG. 31. — Pinturas del vástago de una flecha, 1/2 tamaño natural

En otra sepultura, 15 flechas con punta de sílex.

Poseo, además, otros especímenes, uno de ellos con punta de piedra (*silex blanco*), triangular, sin pedúnculo, finamente tallada. Se halla enastada en una fuerte escotadura del extremo de una vara recta y redonda, probablemente de madera de algarrobo, cuya otra extremidad está rebajada en forma de punta, que á su vez encajaba dentro de una caña tal cual hacen aun todos los indios chaqueños.

Esta flecha, en estas condiciones, debía ser un arma terrible, pues quedaba dentro de la herida al quererla arrancar tirando de la caña. Otras veces la vara de la flecha era de una sola pieza; poseo dos ejemplares: uno de madera muy liviana compacta pero blanda que lleva cerca de su extremo posterior dos series de dibujos pintados separados por líneas; estos dibujos los forman triángulos unas veces con los vértices para arriba y otras para abajo, pero ambos tienen siempre un cateto común á pesar de estar en series distintas; el color de las pinturas es negro y su ejecución ha sido muy prolija. Extendida esta figura, presenta un aspecto de cruz de malta ó de cuatro aspas triangulares de molino, que parecen girar. La escotadura para fijar la cuerda del arco es de poca hondura y muy

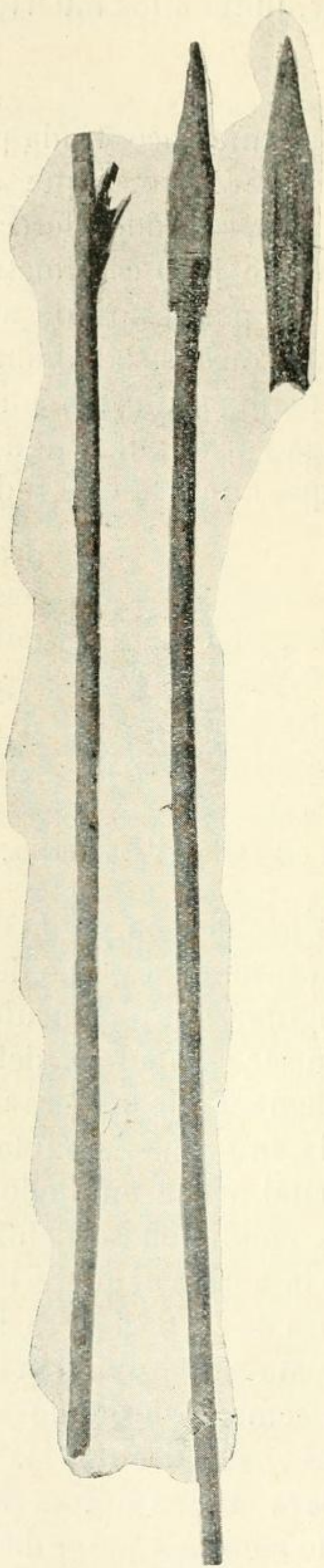


FIG. 32, 33 y 34. — Flechas de punta de hueso

regularmente hecha. Estos dos objetos los debo al señor Gerling y son de Casabindo, de donde le fueron enviados últimamente (fig. 31).

De la colección del comandante Córdoba, son las dos siguientes, más interesantes aún : el primero, figura 32, es un vástago de flecha de madera blanca, también liviana, parecido á la anterior, el que conserva en su extremo posterior, á un lado, la mitad de una pequeña pluma pegada aun, y muestra además, la ranura para alo-

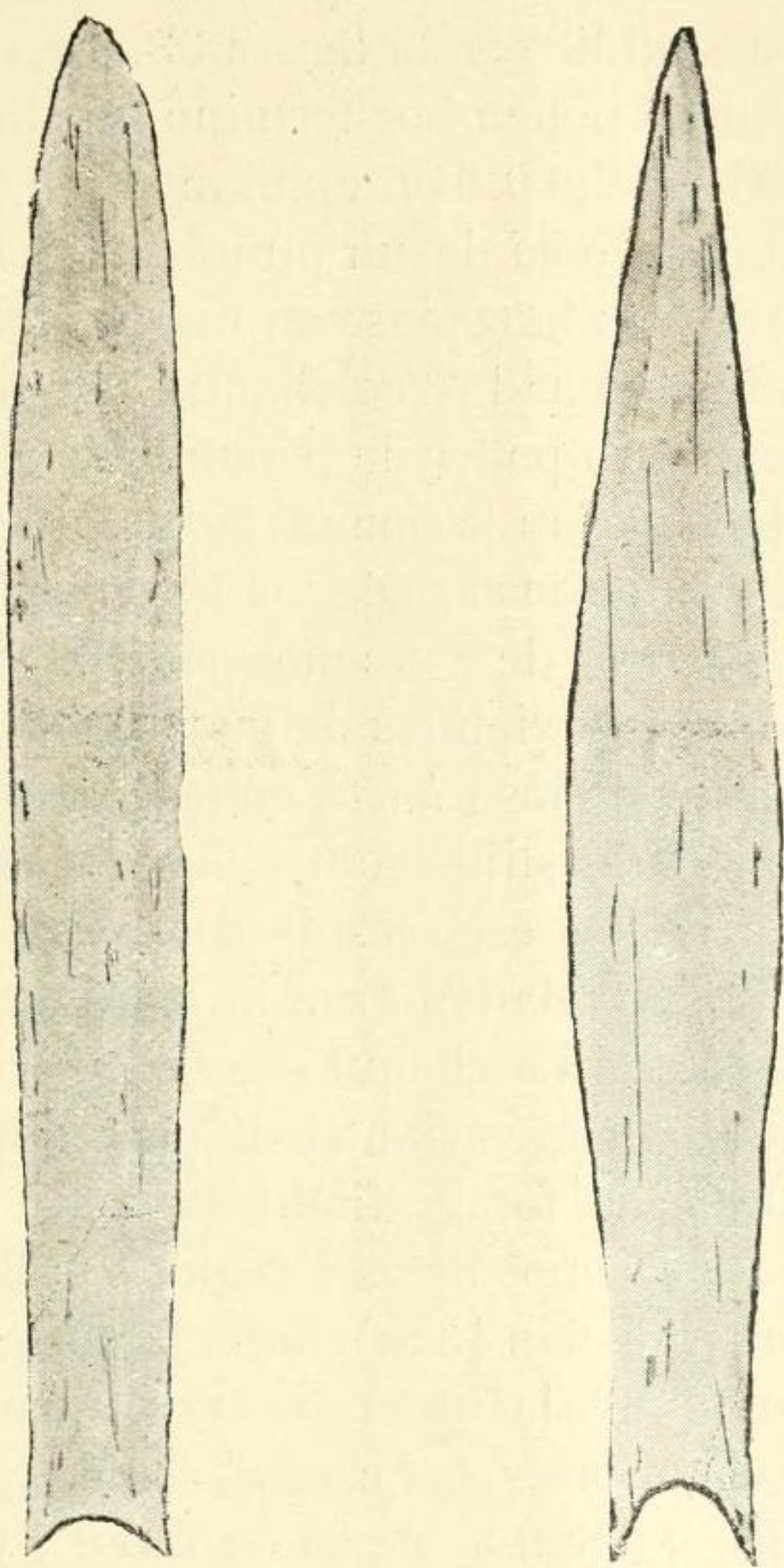


FIG. 35 y 36.—Tipos de punta de flecha de hueso, Calchaquies : Valle de Yocavil. Tamaño natural

jar la cuerda del arco. La atadura que la rodea está hecha con finos tendones de animales, á objeto de darle mayor consistencia.

El segundo es una flecha de hueso enastada, también, por medio de tendones, á una vara larga redonda, de madera, á la que no falta casi más que la ranura para la cuerda del arco y las plumas. La flecha es de hueso, como he dicho, plana, y probablemente de costilla de guanaco ó vicuña, partida longitudinalmente, de punta aguda y cuyos bordes cortantes se van distanciando á medida que llegan á la mitad para seguir después rectos, y terminar, gracias á

una fuerte escotadura en dos puntas posteriores agudas. Esta parte es la que se metía en una rajadura del vástago y allí se sujetaba fuertemente por medio de tendones frescos, aplicados en espiral, los que, secándose dejaban la flecha firme. Una flecha igual á esta y enastada todavía se halla en el Museo Etnográfico de Berlín, procedente de Taranta, bajo el número V. A. 11283 a; se diría el mismo ejemplar que publico en la figura 33.

Estas puntas de hueso tienen por termino medio, las siguientes medidas: largo 0,093, ancho 0,010, en el medio 0,011, abajo 0,009. Rígidas, planas, como la hoja de un puñal y cuya mitad superior tiene los bordes cortantes; lanzadas con fuerza con esos arcos cortos que tan bién sabían manejar los calchaquíes, debían ser armas terribles y de un asombroso poder de penetración; produciendo heridas grandes que facilitarían la hemorragia abundante. Su empleo debe haber sido común en la caza de los grandes mamíferos, como el anta ó tapir, y las piaras de chanchos-jabalíes de los valles boscosos; ó de los huanacos y vicuñas de las planicies de la Puna que no detenían las cuerdas de los *Chacu*, en las grandes cacerías. En la guerra debió ser arma irresistible contra los reparos de ponchos ó petos de lana y aun de los escudos de cuero que todos esos indios usaban; esto explica el relativo gran número de estas puntas que se halla en toda la región Calchaquí desde Jujuy hasta San Juan, siempre del mismo tipo con variantes de poca importancia.

En el cliché adjunto he fotografiado, bajo los números 33 y 34 dos puntas (1) de los extremos de esta región: el 33 es de Jujuy y el 34 de Calingasta (prov. de San Juan), hallada por el señor Desiderio Segundo Aguiar, quien tuvo la fineza de obsequiármela. Las siguientes son dibujos de ejemplares del centro, es decir, de la provincia de Catamarca (valle de Santa María, Yocavil), y pertenecen á la colección del doctor Adán Quiroga (fig. 35, 36 y 37).

Una sola, la figura 37, hace excepción á esta forma general con su largo pedúnculo. Las demás son del mismo tipo; este dato sobre la igualdad del tipo de las puntas de flecha de hueso, en una región tan extendida y con civilizaciones que, tomadas aisladamente, parecen tan distintas, viene á afianzar con un dato más mi opinión sobre la unidad de la civilización diaguita-calchaquí ó kakana en toda la región oeste de la República, desde Mendoza hasta Bolivia.

(1) Para que se vean mejor los detalles de estas puntas, el número 33 ha sido fotografiado de anverso y el 34 de reverso.

Trataré de probar esta afirmación en un trabajo que estoy haciendo, en el cual estudiaré la evolución del simbolismo en las distintas regiones arqueológicas, cuya diversidad de medio ambiente ha sido una de las causas principales de la misma.

Como vemos, en la región de Jujuy, la larga serie de nombres de indios que nos han legado los cronistas, no han representado civilizaciones diversas, sino simplemente denominaciones de par-

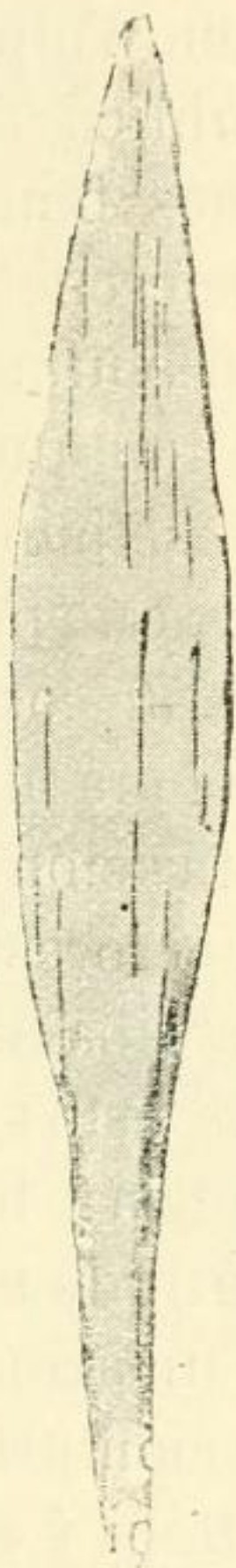


FIG. 37. — Flecha de hueso pedunculada. Santa Maria : Catamarca. Tamaño natural

cialidades locales que se bautizaban así; ó mejor, los bautizaban con el nombre del lugar donde habitaban.

De paso, también, diremos que la civilización prehistórica de la provincia de San Juan como la de Calingasta, nada tiene que ver con los Indios Allentiaik ó Huarpes, cuyo vocabulario no ha mucho se ha encontrado y publicado, sino que, como he dicho, pertenece á la Diaguita-calchaquí ó Kakana.

Boumerangs. — Entre las armas raras que poseían los indios de Jujuy y quizás los demás calchaquíes, es necesario hacer mención del *boumerang*. Llamará fuertemente la atención esta noticia, la primera

que se da al respecto, pero no debe extrañarse, por cuanto en América se ha usado también esta arma australiana y hoy todavía la usan los indios, Pueblos de Norte-América : como los Hopi, Zuñi, etc.

En el Museo de Chicago, entre los magníficos grupos etnográficos que enriquecen sus valiosas colecciones, hay un cazador Hopi tirando el *boumerang*, cuya fotografía puede verse en el *Repport* de dicho museo (1).

Entre las colecciones hechas en Wolpi en 1879 por el señor James Stevenson, y cuyo catálogo se publicó por el Bureau of Ethnologie (2) se hallan representados algunos boumerangs bajo los números 2051 á 2055 con la siguiente referencia : (Palos usados para cazar conejos, tienen la forma de un boumerang. En la lengua zuñi se llaman Cle-an-ne, y en la Chinumo pu-viché he-en-he »).

Ahora bien, frecuentemente se han hallado objetos de madera entre las antigüedades de Jujuy, que presentan la forma de la figura 38, y se han tomado en general como aparatos ó útiles de tejer, pero un estudio más prolijo y el manejo de este objeto en la mano, hace que no se le encuentre aplicación.

Otros los han creído puñales pero esto, tampoco es admisible; ni tomándolo con la punta hacia arriba ni con la punta hacia abajo se puede herir; de cualquiera de estos modos, ésta se dirige hacia atrás del cuerpo del que lo maneja y hace imposible la ofensiva.

Descartado el empleo como útil de tejer ó como puñal, no queda otra solución sino el suponerlo un arma arrojadiza; así su punta y su filo pueden tener una aplicación práctica, y, como la curva es la misma del boumerang de los Hopi y aun de los Australianos, y es relativamente pesado como para ser lanzado á distancia, es que lo suponemos dicha arma.

Este boumerang, bien pudo servir á los indios para cazar, en vez de conejos, las vizcachas, animales que, como hemos visto, existen todavía, y en aquella época debían ser muy apetecidos por los indios; puesto que también los encontramos representados en su simbolismo, ya en objetos de bronce, ya en la pintura de sus pucos.

Su forma, sale de la común, pues tiene su parte inferior cilíndrica

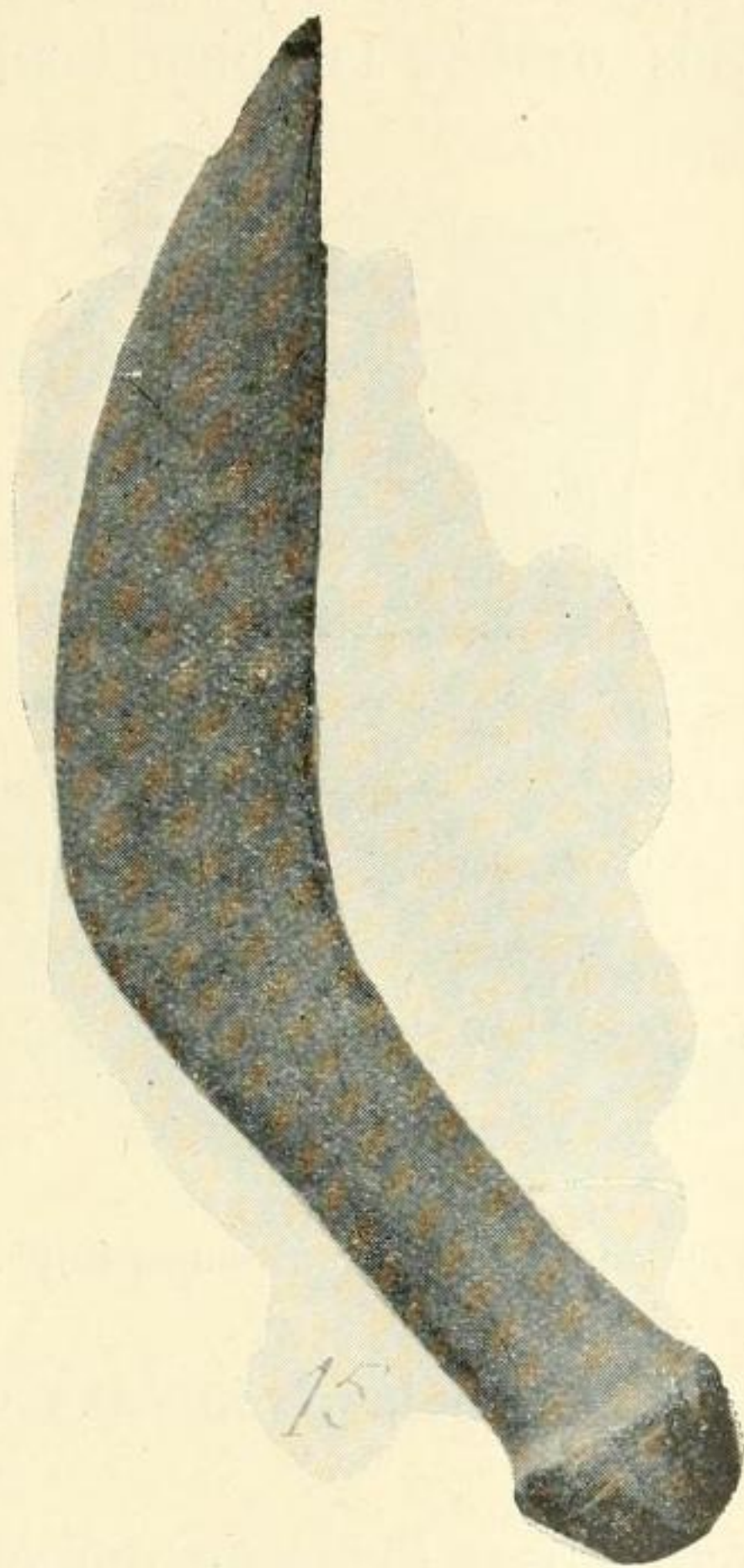
(1) En el *Ann. Repport of the Director to the trustees for the year, 1897-1898* (public., núm. 29). Esta figura ha sido tomada del natural y modelada por el señor F. B. Melville.

(2) *Ann. Repp.* 1880-81 página 392.

comprimida y terminada por un reborde cónico ó botón, como para que no escape de las manos ó para sujetar un hilo que permitiera llevarlo colgado.

Este botón terminal, en objetos de madera de Jujuy, se halla á menudo.

En cuanto á la parte superior, tiene la forma de una hoja de cu-



FIG, 38. — Bomerang. Rinconada. 1/3 tamaño natural

chillo lanceolada, gruesa y comprimida con filo de un lado y lomo plano del otro (1).

En el extremo izquierdo de la lámina I de las momias de Huma-

(1) Es curiosa la mención que los autores coloniales, hacen de esta arma entre los araucanos antiguos. En la obra del señor José T. Medina *Los Aborígenes de Chile*, página 139, trae lo siguiente: « sin esto llevan á la guerra] (los indios) pedreros que van de vanguardia, y unos que llevan algunos garrotillos arrojadizos (Rosales). Y en la *Araucana* de Ercilla se lee: « Las armas de ellos más ejercitadas — son picas, albardas y lanzones — con otras puntas largas enastadas de la faición y forma de punzones — hachas, martillos, mazas barreadas, — dardos, sargentas, flechas y bastones — lazos de fuertes mimbres y bejucos -- tiros arrojadizos y trabucos. (Aparato de arrojar piedras). Canto I.

huaca se ve uno de estos boumerangs de tamaño mayor, que presenta el filo; y también á la izquierda al lado del canasto de husos, y detrás de otro instrumento de madera curvo que semeja una azuela se ve otro boumerang. A la derecha hay dos macanas de madera planas y anchas, arma también usada por estos indios; estos objetos se hallan en el Museo etnografico de Berlin con los números V. A. 11375*b*, 11375*k*, de Pueblo Viejo, y V. A. 11285*b* de Taranta.

Los antiguos Jujeños usaban tambien las boleadoras de piedra

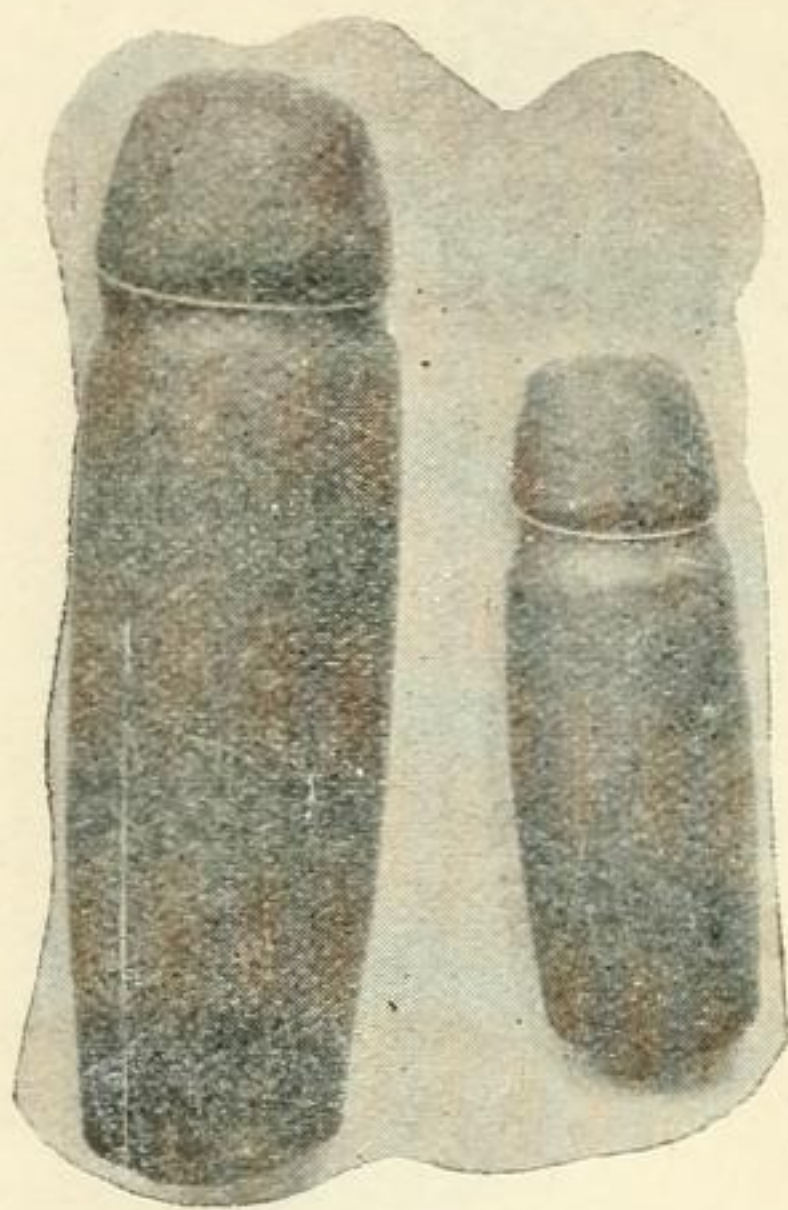


FIG. 39.— Hachas de piedra de Pampa Blanca, Jujuy. $\frac{1}{3}$ tamaño natural

forradas en cuero y de tres bolas como las que aun se emplean para cazar vicuñas.

Entre las armas arrojadizas debemos mencionar la más común é importante de toda la región montañosa de América : la honda. Esta es de lana tejida y muy simple, compuesta de un receptáculo para arrojar la piedra ó bala de arcilla cocida (1) de forma ovalada y de un tejido grueso y compacto, y de dos cuerdas también de lana trenzada que arrancan de las extremidades del eje mayor del receptáculo. Una de estas cuerdas lleva en su extremo

(1) En muchos puntos del valle Calchaquí, se han hallado balas esferoidales de arcilla cocida de uno ó dos centímetros de diámetro; poseo varios ejemplares de Colalao valle de Yocavil. Y piedras ovoidales ó fusiformes, terminadas en dos puntas de 5 centímetros de largo que supongo servirían para las hondas; con este aguzamiento en sus extremos, debían tener, chocando en la cabeza por ejemplo, una cierta fuerza de penetración que les permitía producir heridas gravísimas y quizá la muerte.

un ojal para enganchar el dedo de la mano derecha que es el que sujeta la honda en el momento de disparar la pedrada al soltar el otro extremo.

El manejo de esta arma tan sencilla y terrible al mismo tiempo, puede verse aun hoy en todos los cerros de la región Calchaquí, cuyos actuales habitantes se sirven de ella para cuidar sus animales, y sobre todo, para arrear los burros, volviendo á pedradas á los que se desprenden de sus compañeros.

El acto de disparar la piedra es muy simple, colocada ésta en el

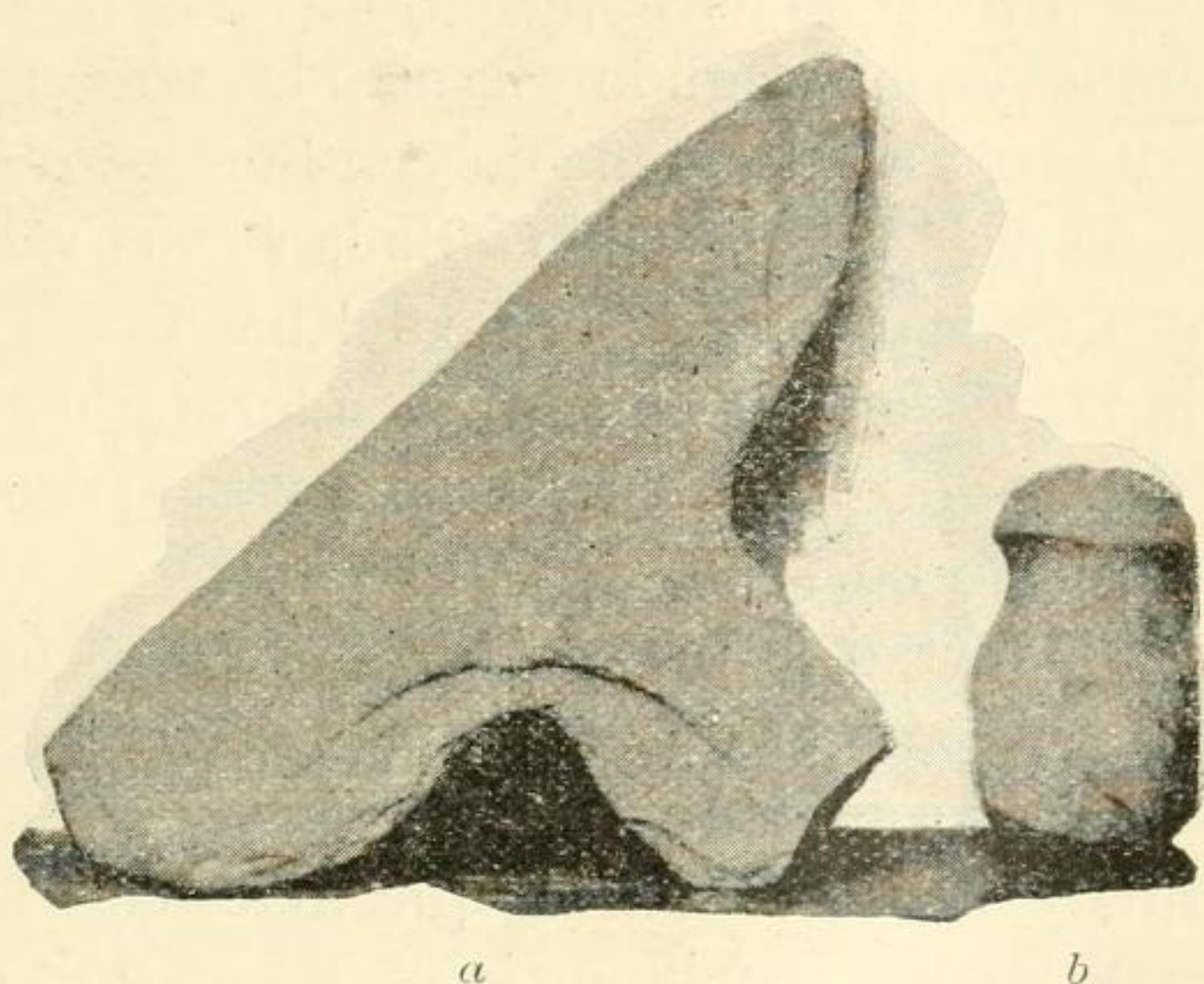


FIG. 40. — *a*, Hacha de piedra; *b*, Martillo de piedra. Rinconada

receptáculo, basta una vuelta ó revoleo de la honda para que salga el proyectil con fuerza.

Armas de mano. — Entre las armas de pelear de cerca, cuerpo á cuerpo, debemos hacer mención de las hachas de piedra. Innumerables formas de estas armas se hallan en toda la región Calchaquí; pero todas más ó menos pertenecen á un tipo fundamental, que en otro trabajo he dado el nombre de occidental americano (1).

Este tipo occidental de hacha pulida, presenta un surco cavado en su tercio posterior y á veces en el medio que puede ya rodear completamente el objeto ó solo tres cuartas partes de él.

Este tipo general se subdivide después en varios grupos que merecen un trabajo especial.

(1) *Rástros etnográficos comunes en Calchaquí y México. Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo LI, páginas 5 y siguientes.

ANTIGÜEDADES CALCHAQUIES

DATOS ARQUEOLÓGICOS SOBRE LA PROVINCIA DE JUJUY (REPÚBLICA ARGENTINA)

POR JUAN B. AMBROSETTI

(Continuación)

ALFARERIA

Ya hemos descripto la urna funeraria (fig. 2), de factura tosca y simple; ahora nos resta examinar algunos vasos de trabajo más esmerado :

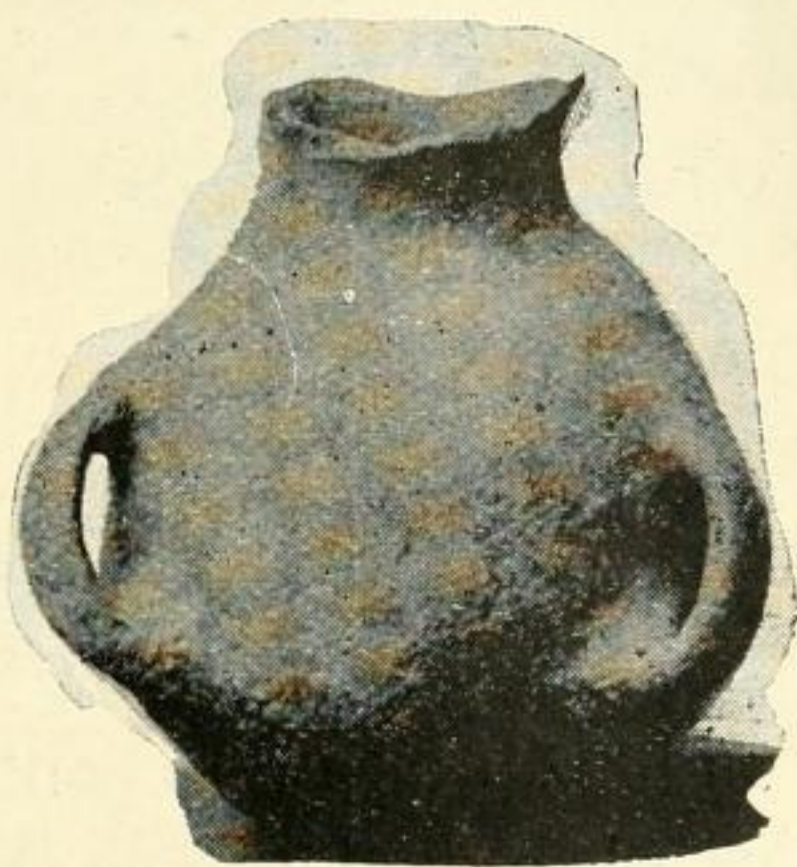


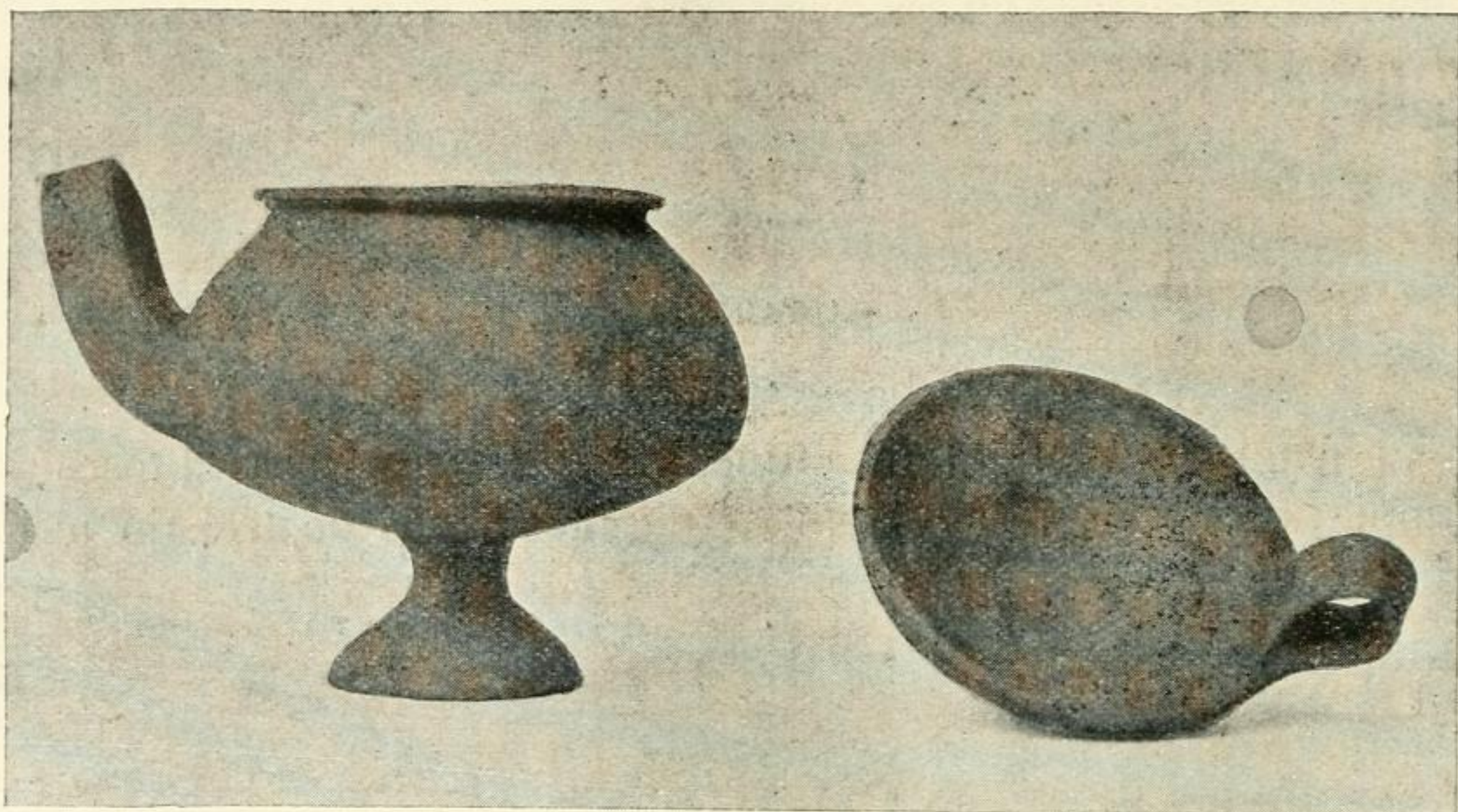
FIG. 41. — Cántaro de viaje. Rinconada

Cántaro de viaje. Figura 41. — De 16 centímetros de alto, de forma globosa, gollete corto y poco dirigido hacia afuera, de base circular, pequeña y plana de 4 centímetros de diámetro. Tiene dos asas gruesas y colocadas en sentido del eje como en la urna figura 2, pero los dos arranques no están en una misma línea vertical sino en una oblicua, el inferior algo más adelantado que el superior.

Los espacios libres entre las asas y el cántaro, son elípticos de $3 \times 1 \frac{1}{2}$ centímetros y no permiten pasar sino un dedo.

Estas asas se hallan colocadas en sentido convergente en el tercio posterior del cántaro cuya superficie es menos saliente ó redondeada que el resto, lo que hace suponer que haya tenido por objeto el llevarlo colgado por medio de un cordel al flanco del cuerpo lleno de agua ó chicha, más probablemente lo primero, en los viajes largos por los cerros ó campos sin agua.

Este cántaro presenta rastros de una gruesa capa de pintura roja.



a

FIG. 42. — Cochino

b

Es de Santa Catalina y lo debo á la gentileza de los señores Enrique y Carlos Hoskold.

En la figura 1 se ve al lado izquierdo un cántaro igual; y el doctor Lehmann Nitsche publica otro, de donde se deduce que éste es un tipo propio de la región Calchaquí jujeña.

Vasija de pie. Figura 42a. — Esta interesantísima pieza es de Cochino.

Su forma es globular y se contrae gradualmente hacia la boca que es circular y con el borde corto dirigido hacia afuera.

Del centro de la base del cuerpo sale un pie muy delgado, que se abre, después, para formar la concavidad sobre la cual se asienta.

A un lado se levanta el asa, formada por una tira delgada de ar-

cilla que ha sido colocada, arqueada en sentido contrario al común de estos apéndices en las alfarerías calchaquíes, es decir, casi verticalmente, sobresaliendo su arco superior del borde de la vasija, de modo que, colocada una lapicera horizontalmente sobre dicho borde, uno de los extremos de esta puede pasar por debajo del asa.

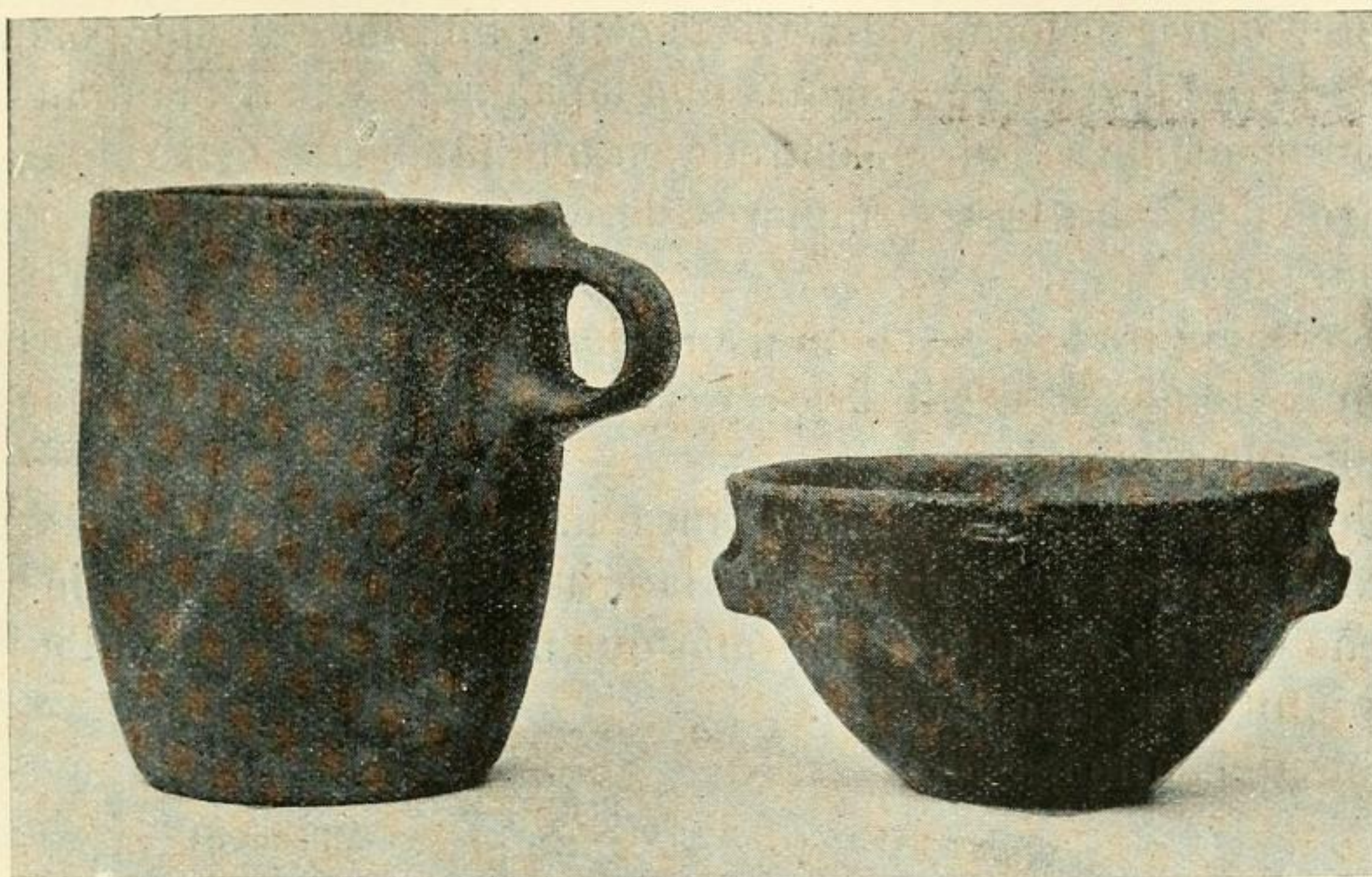
*a*

FIG. 43. — Cochinoca

b

Las dimensiones de la vasija son :

	Milímetros
Alto.....	0.165
Diámetro del cuerpo.....	0.180
Diámetro de la boca.....	0.125
Ancho del borde.....	0.010
Alto del pie.....	0.050
Diámetro de la base.....	0.080
Ancho del asa.....	0.020
Diámetro vertical del agujero del asa	0.070

No tiene trazas de pintura ni dibujo; parece que su color primitivo fué el de la terra cota, pero en gran parte esta vasija presenta un color negro debido al fuego directo.

No sabría explicar, en la forma que esto se produjo pues si bien pudo ser cocida al aire libre, después de seca; también no sería difícil que haya servido de olla de pie, y que alrededor de este

último, colocaran el fuego para calentar mejor el contenido de la vasija.

No debo pasar en silencio la extraordinaria semejanza que existe entre este ejemplar y el que el señor George A. Dorsey publica bajo el número 41 y que halló en una tumba de la Isla La Plata en el Ecuador (1) con la diferencia de que éste presenta al frente del cuerpo una figura en forma de Y griega con el interior ocupado por una serie de puntos; y tiene además una tapa discoidal con manija.

Ultimamente se han encontrado en una tumba del departamento salteño de Cachí, tres ejemplares de esta misma forma, pero de factura más tosca.

Jarro. Figura 43a. — Como el anterior es de Cochinoca. Su forma es muy simple, casi cilíndrica y se ensancha un poco al llegar al borde que es circular.

Una pequeña asa gruesa, arranca inmediatamente después del borde y termina antes de llegar á la mitad, dejando un espacio pequeño que no permite pasar más que un dedo. No tiene dibujos ni pintura y es de color gris.

Sus dimensiones son:

	Milímetros
Alto.....	0.160
Diámetro de la boca.....	0.115
Diámetro de la base.....	0.080
Ancho del asa.....	0.035
Diámetro mayor del agujero del asa.	0.030

Jarrito. Figura 44b. — De $10\frac{1}{2}$ centímetros de alto forma globosa con un gollete alto de $2\frac{1}{2}$ centímetros, $6\frac{1}{2}$ centímetros de diámetro y recto, borde circular y no saliente.

La base es circular pero aplastada; una asa gruesa y redonda arranca del borde del gollete y, haciendo una curva pronunciada, termina en el tercio superior del cuerpo. El agujero es casi circular de cerca de tres centímetros de diámetro.

El gollete y el asa están pintados de rojo y el cuerpo de blanco, pero éste en tres secciones verticales cubiertas por un dibujo de líneas diagonales rojas que se reticulan por medio de otras cortas y gruesas las que dejan entre sí pequeños cuadrados blancos.

(1) Publicación 56 del *Field Columbian Museum* de Chicago. *Antropological series*, vol. II, n° 5, pág. 258.

A los lados de la sección central quedan otras dos verticales angostas también blancas, ribeteadas de rojo, y con un elemento de guarda griega, en sentido vertical, que ocupa su centro.

El dibujo de este objeto es común en toda la región calchaquí desde Tinogasta hasta Santiago del Estero (1).

Este jarrito aunque no es de paredes finas, sino gruesas, en cambio su pasta y sus colores son excelentes y puede decirse que está bien concluído y trabajado con toda solidez.

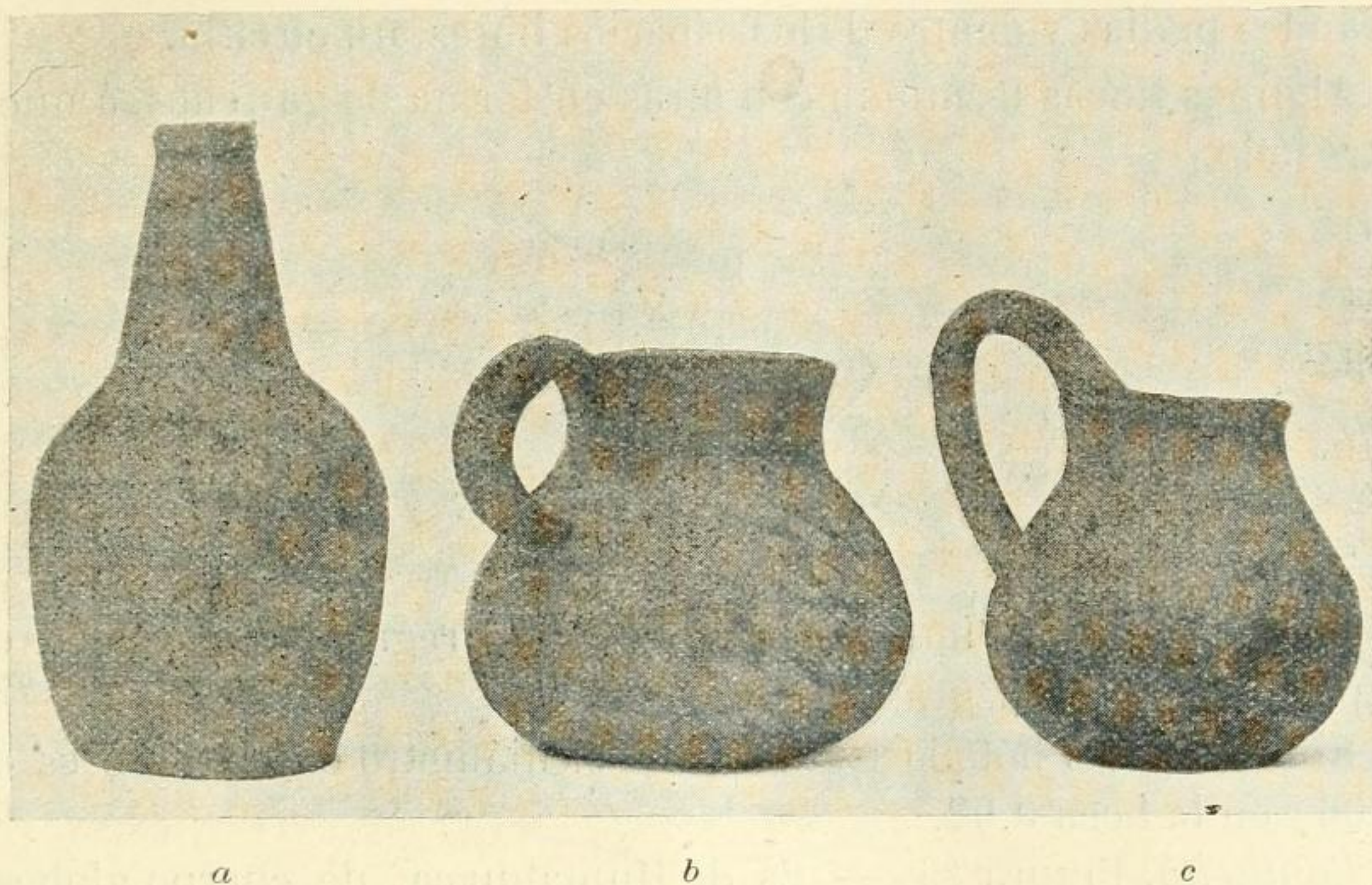


FIG. 44. — Cochinoca y Rinconada

Jarrito. Figura 44c. — Tiene 10 centímetros de alto por 8 en su diámetro mayor y 5 de boca.

Es de forma también globosa, con un estrechamiento poco pronunciado para formar el gollete y el borde. Este último es recto.

Lo único que presenta este jarrito de particular, es el asa cilíndrica y muy larga, que arranca del borde y termina en el centro del cuerpo, después de describir una gran curva, cuyo diámetro mayor es de $5\frac{1}{2}$ centímetros. En una palabra, es un pequeño jarro provisto de una gran asa.

Ha sido pintado uniformemente de rojo y después pulido, hallándose algo destruído á causa del salitre.

(1) AMBROSETTI, *Noticias sobre la Alfarería prehistórica de Santiago del Estero. Anales de la Sociedad Científica Argentina*. Tomo LI, página 164 y siguientes.

Fué hallado en Cochinoca.

La figura 44a es un yuro de forma menos común, y podríamos llamarlo una botella, pues tiene casi el mismo aspecto.

En la colección Gerling hay un ejemplar parecido.

Su fabricación es más bien tosca y aun cuando sus paredes son lisas, no presenta el pulimento del ejemplar anteriormente descrito.

Sobre ellas hay un dibujo en negro muy pálido, formado por gruesas líneas que bajan del gollete á la base, reticulándose en grandes mallas y dentro de los espacios libres, un círculo.

Algunas líneas terminan con otras en forma de ganchos, á uno y otro lado.



FIG. 45

Como este dibujo no presenta una forma regular me excuso de reproducirlo por el grabado.

El alto de esta botella es de 0.16; el diámetro en su base es de 0.06 y en la boca 0.02.

Cantarito. Figura 45. — Es de Humahuaca, de cuerpo globoso pero comprimido, de modo que en el centro de la superficie lateral se ensancha considerablemente.

El gollete es bajo y dirigido hacia afuera.

Su fabricación es tosca y se ven rastros de un pulido en su superficie. Parece no haber tenido otro objeto que el de ser votivo.

Yuros. Varios son los yuros ó cántaros de boca angosta que podemos describir de Jujuy y todos ellos proceden de Cochinoca.

El más interesante (fig. 46) es de forma globosa con un cuello largo que sale del medio, recto y con los bordes dirigidos hacia afuera.

Lleva un asa dispuesta de igual modo que la de la vasija de pie descripta bajo el número 42a.

Su confección es prolija, muy lisas sus paredes revestidas con una gruesa capa de rojo. Sobre este color han pintado de negro los dibujos que lo adornan.

Estos apenas reconocibles á causa del salitre que ha corroído la

superficie, muestran la intervención de una mano prolija y delicada.

Todos ellos son de trazos finos.

El gollete ha sido pintado en triángulos que abarcan todo su largo, desde el borde hasta el cuerpo, unos con la base para arriba y otros en sentido inverso alternados (véase los detalles en el cliché adjunto 46). Tres líneas más ó menos paralelas separan al gollete de la primer zona de las figuras. Esta muestra una serie de



FIG. 46. — Detalles de las pinturas de un Yuro

avestruces, delineados con tres ó cuatro curvas superpuestas de mayor á menor que representan al mismo tiempo que el cuerpo, las plumas del animal, todo está sostenido por un pie central de tres dedos, y de un lado sale otra línea arqueada, el pescuezo que sostiene la cabeza, un círculo; con el ojo, un punto; y el pico abierto, dos pequeñas rectas.

Este croquis, digamos así, del avestruz, es bastante frecuente en cierta clase de alfarería, generalmente en los objetos pequeños y bien hechos.

Debajo de esta zona viene una segunda central, separada de la anterior por cinco líneas: una gruesa en el medio y dos finas á cada lado.

Esta segunda zona lleva también una serie de avestruces, pero aún más simplificados. Están formados por una línea curva casi en

forma de U, una de cuyas ramas es gruesa, casi triangular y representa como si fuera el cuerpo ó la cola de un modo muy convencional, y la otra más corta lleva la cabeza con el pico abierto; debajo de la rama de la cola hay una pata de tres dedos.

Es una silueta muy fantástica; pero que da la impresión clara de una serie de avestruces corriendo.

Otras cinco rayas iguales á las anteriores separan á ésta de la tercera zona, la más ancha de todas, y esta ocupada por dos series

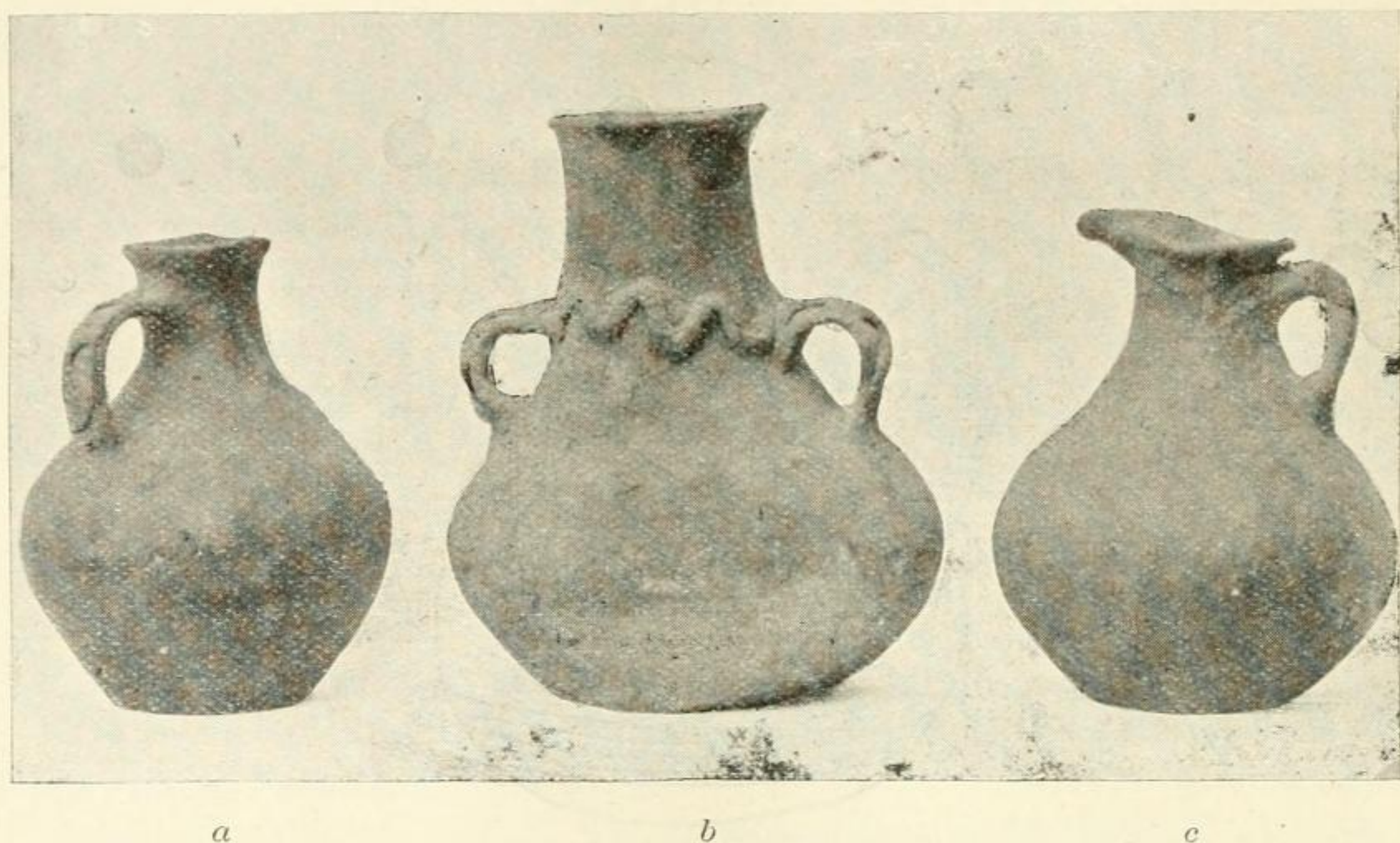


FIG. 47. — Rinconada

de círculos con puntos en el medio, colocados de tal modo que no coincidan uno debajo del otro verticalmente, sino en diagonal.

Termina la ornamentación con tres líneas, dos finas y una gruesa, al fin.

El dibujo del asa es muy simple; se compone de grupos alternados de líneas rectas, unas horizontales y otras verticales.

Esta ornamentación parece que respondiese á una idea relacionada con el agua. Si el avestruz representa al pájaro de la tormenta ó Piguerao ó á las nubes de agua como cree el doctor Adán Quiroga, en su libro *La Cruz en América*, quizá los círculos con punto, en este caso, podrían representar las gotas de agua que caen y entonces tendríamos un vaso votivo para implorar ó conjurar la lluvia.

Sus dimensiones son :

Alto total.....	0.450
Alto del gollete.....	0.055
Diámetro del cuerpo.....	0.095
Diámetro de la boca.....	0.040
Grueso del asa.....	0.012
Diámetro mayor de la abertura de la misma	0.040

De barro negro y sin pintura son también los yuros (fig. 47b): con dos pequeñas asas dirigidas hacia abajo, que nacen casi al final del gollete y terminan sobre el cuerpo.

De una á otra asa corre una línea ondulada de relieve y sobre

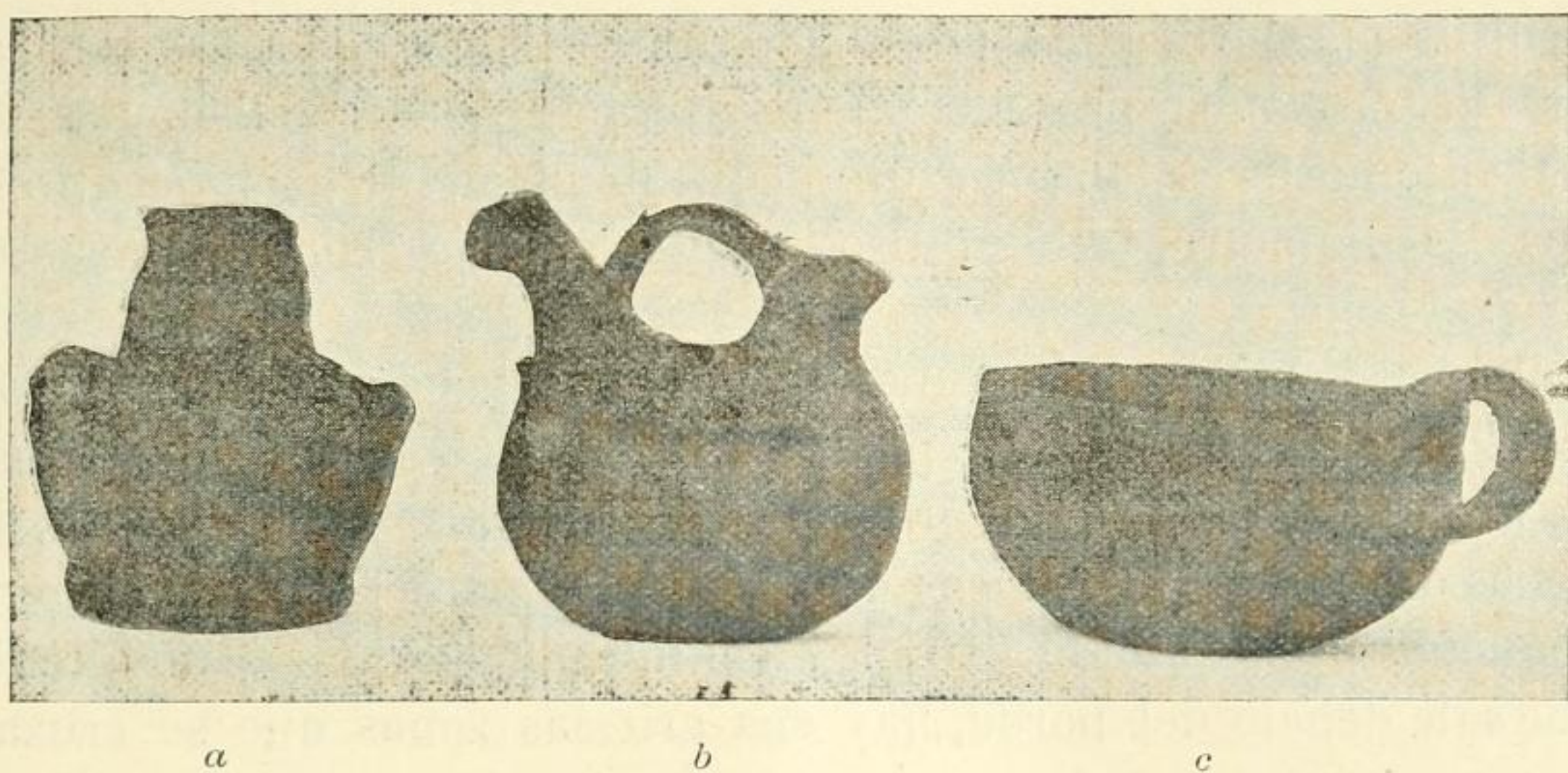


FIG. 48. — Rinconada y Cochinoca

las mismas, otra más delgada las cubre serpenteando hacia abajo.

Este mismo adorno se ve sobre otra asa (fig. 47a) que es un yuro, cuya boca es á propósito para verter líquidos (1).

La figura 47c, de forma casi igual á la anterior, también ha servido para verter líquidos y calientes según parece, pues la parte superior muestra trazas de pintura roja y el resto está cubierto de negro producido por la frecuente estadia sobre el fuego.

Otro ejemplar tosco es la figura 48a. Podríamos decir que es una

(1) Debo hacer constar que este mismo adorno ondulado de relieve colocado en sentido vertical, lo he hallado en un jarro cilíndrico con una asa, en la colección de mi amigo, el doctor Adán Quiroga, quien lo obtuvo de Amaicha Sur (valle de Yocavil).

Entre los Zuñi de nuevo México también se usa. El señor Williams H. Holmes ha publicado bajo el número 248 la figura de uno de estos vasos con el adorno ondulado de relieve; en el *Fourth Annual Report of the Bureau of Ethnology*. 1882-83, página 294.

botellita con un cuello corto y dos pequeñas asas, que no dejan pasar sino un cordel fino por sus respectivos agujeros.

Es de barro negro y de construcción maciza.

Su alto es de nueve centímetros.

Yuro ornitomorfo (fig. 48b). Es pequeño, negro y toscamente trabajado.

Sobre un cuerpo casi ovoide se levantan el gollete á un lado y el pescuezo y la cabeza mutilada de un pájaro al otro.

Estos dos están unidos por un puente delgado de arcilla, que forma un arco.

Debajo del pescuezo y sobre el ovoide, corren á uno y otro lado dos escrecencias angostas y con escotaduras triangulares; del lado externo estas especies de fajas se hallan adornadas con rayas verticales. Este trabajo representa un ensayo infantil de modelado.

Ornitomorfo es también un pequeño puco, de ocho centímetros de diámetro, pulido, liso y de color rojo, con dibujos negros:

Del borde sale una protuberancia modelada formando la cabeza con los ojos y el pico de un pájaro, y del lado contrario, otra pequeña protuberancia triangular representa la cola.

Los dibujos son de líneas finas, todo el borde está cubierto de pequeños trazos que lo cruzan; en el interior y dentro de un círculo que sale debajo del borde, hay dos gruesas zonas que se cruzan rectamente, mostrando su interior densamente ocupado por líneas en zig-zag, unas al lado de otras y todas en la misma dirección.

Taza. Figura 48c. — He dado el nombre de tazas en una publicación anterior (1) á las alfarerías bajas de gran boca circular con una sola asa pequeña, ancha, ó mejor dicho, un puco hondo con una asa simple.

El ejemplar que nos ocupa es sencillo, de 5 centímetros de alto y 9 de diámetro en la boca, de base circular plano de 5 centímetros de diámetro; el asa es corta, gruesa, arranca del borde mismo, que es derecho.

Exteriormente, la factura no es muy cuidada; pero su interior es perfectamente liso y pulido y de un color negro brillante así como también el arranque superior del asa.

(1) AMBROSETTI, *Descripción de algunas alfarerías calchaquíes, depositadas en el Museo Provincial de Entre Ríos; Revista del Museo de la Plata*, t. III, pág. 65 y siguientes, 1892, plancha VI.

Ha sido objeto de uso doméstico.

Pucos. — Poseo también dos ejemplares de la Puna de Jujuy. Uno de ellos (fig. 43*b*) es grueso, de factura tosca, de paredes altas y con dos asas pequeñas, sólo á propósito para pasar por ellas un cordel fino á fin de tenerlo suspendido.

El segundo (fig. 49*b*), es más fino, de la forma común de sus iguales de los valles calchaquíes, de boca perfectamente circular. Alrededor del borde hay un sencillo adorno de líneas en forma de X unas al lado de otras que se juntan en sus extremos.

Este grabado se interrumpe, dejando un espacio libre, en medio

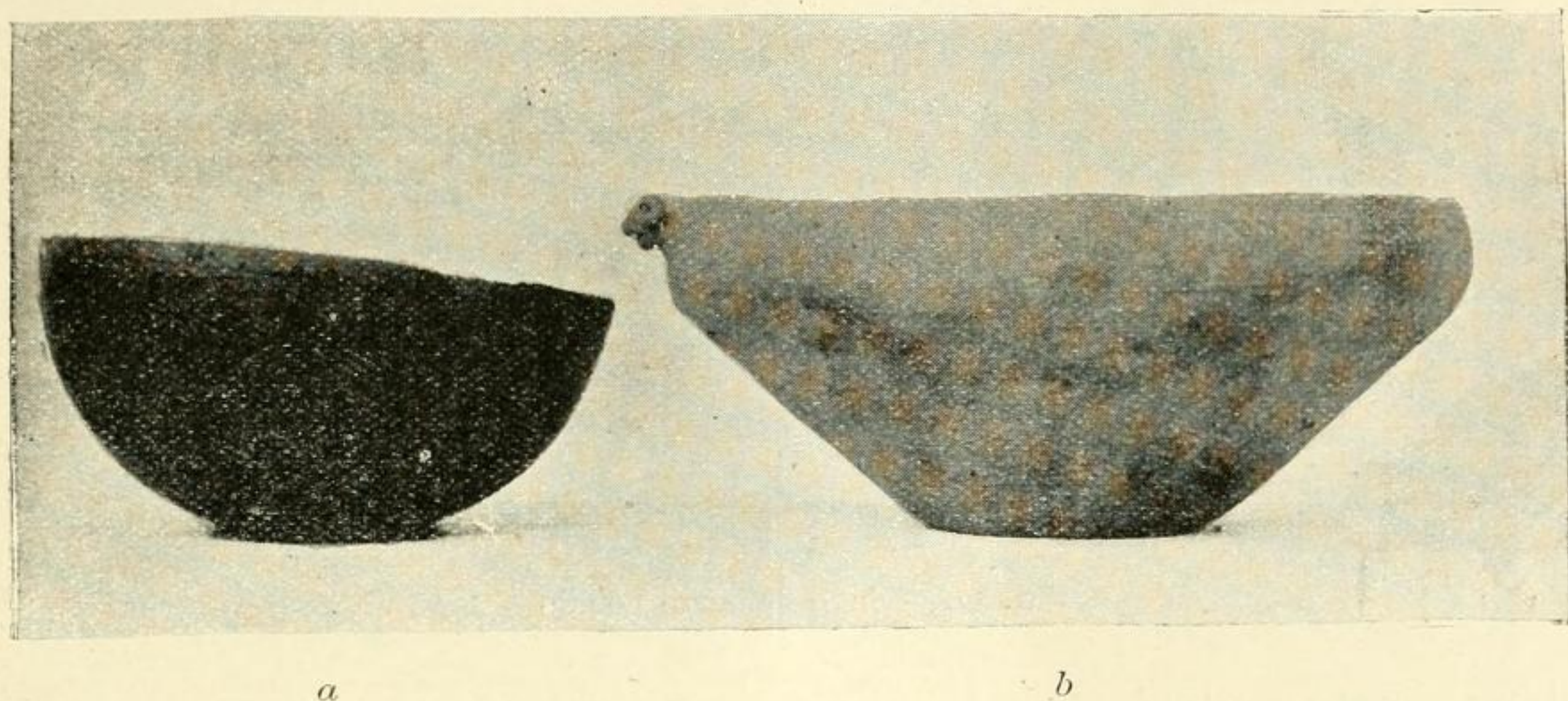


FIG. 49. — Mate y puco de la Rinconada

del cual sobresale una pequeña cabecilla de grandes ojos y boca abierta, como si quisiera representar una cabeza de llama.

Su color es el natural de la arcilla obscura cocida, casi negro.

Se hallan además otros pucos de paredes más bajas, casi como platos, que tienen la particularidad de presentar en uno de sus bordes un asa muy ancha y suficientemente arqueada de modo que permite pasar el dedo índice por ella y llevarla á los labios como si fuera una especie de cucharón sin mango.

Esta forma con modificaciones en el asa, la que se transforma en la cabeza de un pato, se halla en todo el valle calchaquí, hasta San Juan.

Generalmente son bien cocidos, densamente cubiertos de rojo, lisos, pulidos y muestran en su interior una faja ancha de dibujos negros, que atraviesa el puco desde el arranque del asa hasta su parte opuesta. En la figura 42*b*, la faja es de líneas que se cruzan.

Su diámetro es de 0.43 centímetros y el ancho del asa de 0.03 centímetros.

Sapo. Figura 50. — Esta pieza interesante de alfarería procede, como la anterior, de la quebrada de Humahuaca y me fué obsequiada por mi amigo el señor Alberto Escalada.

Representa á un batracio ó sapo en actitud de descanso y ha sido modelado con la mayor sencillez y seguridad. Aprovechando el engrosamiento de la pared de la vasija de barro, á la cual se hallaba originariamente adherido como ornamento, y dos sencillas fajas de arcilla, una colocada adelante y que forma los detalles de la ca-

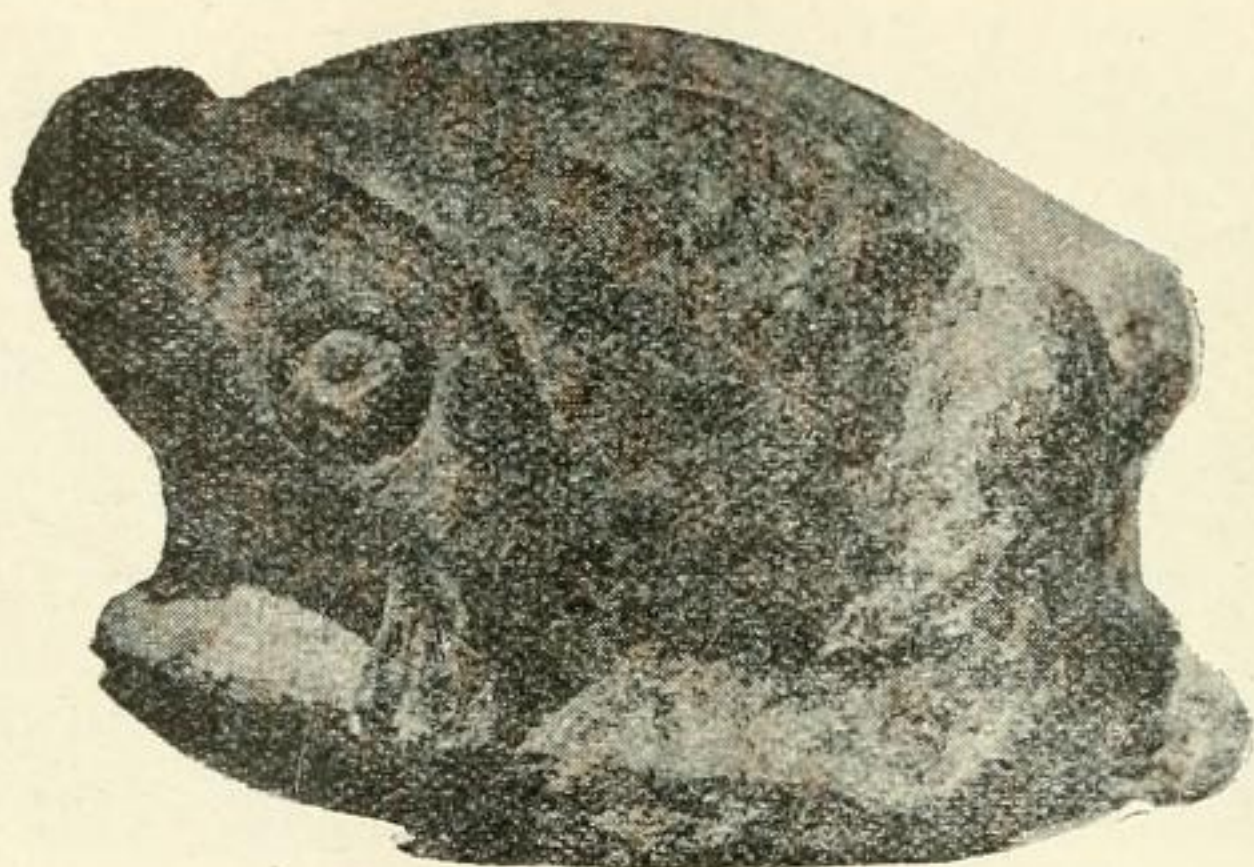


FIG. 50. — Sapo de barro cocido

beza y patas anteriores y la otra la región pelviana y patas traseras, han ejecutado esta representación zoomorfa con toda verdad (1).

A los datos anteriores sobre la alfarería debo agregar la siguiente observación : que hasta ahora, y según los informes que poseo, en los valles de Jujuy no abunda la alfarería como en los demás calchaquies del sur.

En general las tumbas contienen pocos objetos de barro: esto puede observarse en la figura 4, en que alrededor de las cuatro Momias son contados los objetos de alfarería que las acompañan; dos cántaros de viaje, un vaso de boca grande y un cántaro de cuello estrecho en el plano inferior y un puco con una cuchara encima, una ollita de dos asas y otro puco en el superior; todos ellos de factura tosca y ordinaria, negros por lo general y sin mayor importancia.

La momia de la colección Zavaleta, que hoy se halla en el Museo

(1) De esta pieza ya di una noticia y su figura bajo el número 259, en mis notas de *Arqueología Calchaquí*, número XXI. *El símbolo del sapo*. *Boletín del Instituto Geográfico Argentino*, tomo XX, pág. 295-1899.

Nacional, á su vez, contiene muy pocos objetos de alfarería, y éstos ordinarios, mal cocidos y casi, puede decirse, sin uso práctico alguno, por su pequeño tamaño; parece que en este caso se hubiera procedido con apuro, á fin de cumplir con el ritual en el acto de enterrar al muerto.

Y por fin en los importantes hallazgos del señor Gerling de su expedición del Museo de la Plata, vemos también que en cada tumba pocos son los objetos hallados.

En la más importante, el hallazgo número 1, se puede señalar un

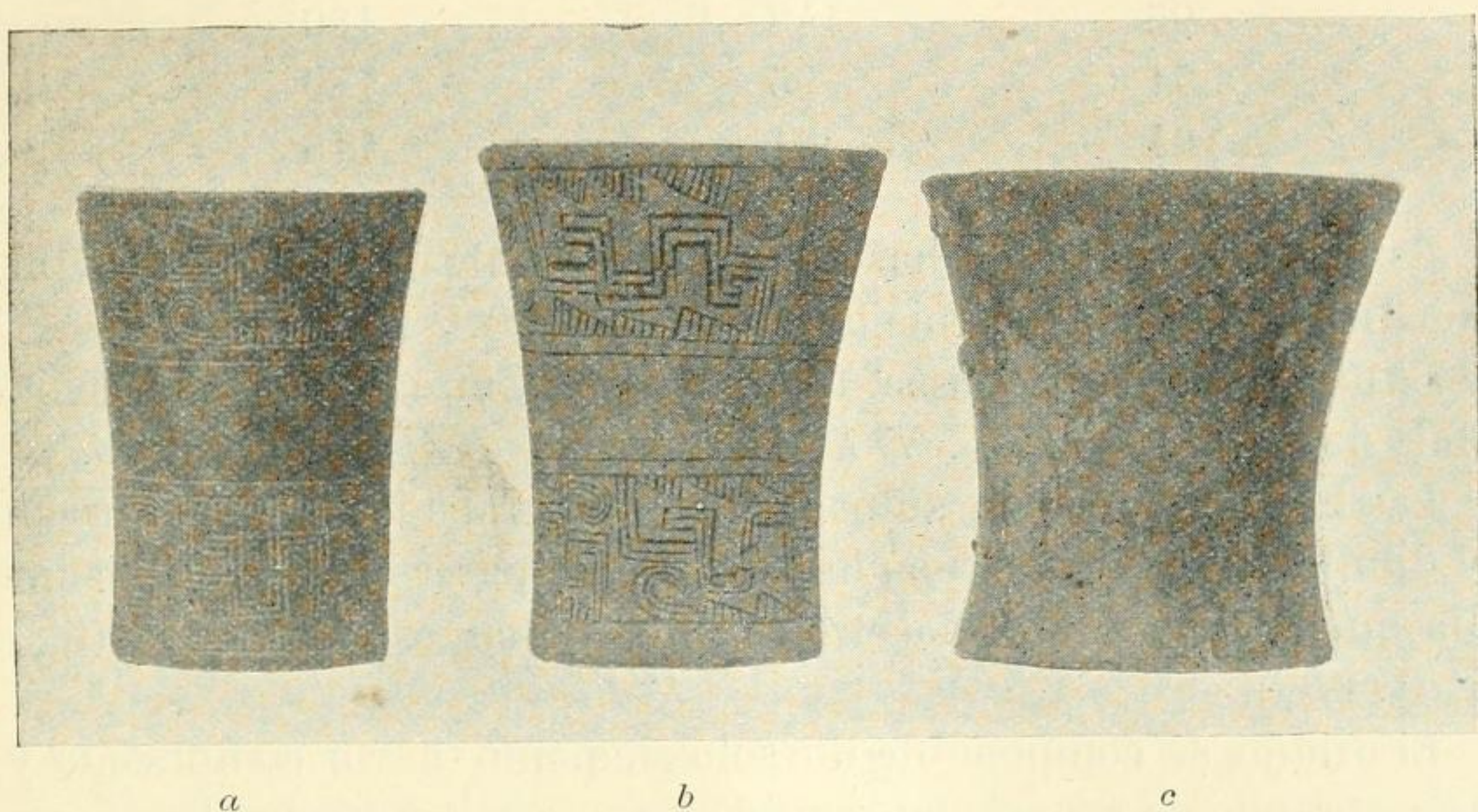


FIG. 51. — Copas de madera. Cochino

pucos negro con dibujos grabados y un vasito de barro cocido entre cuarenta objetos.

En la tumba número 2. Una botella de barro (cántaro de boca estrecha ó yuro) y tres pucos, entre 15 objetos. En la tercera, una ollita, y en la cuarta, un yuro con dibujos negros (característico de la región calchaquí), y un puco.

En la número 5 y 7, un pequeño puco.

En la número 8, una ollita y tres jarros.

En la número 10 que parece haber pertenecido á una mujer, dos ollas una de ellas pintada y once pucos; en cambio en la 11, sólo halló el fondo de una ollita.

Por todos estos datos, por ahora, la alfarería de la Puna no ofrece mayor interés, pero, en cambio, en otros ramos de la industria humana, guarda sorpresas de alto interés científico.

COPAS DE MADERA

Muy interesantes son las copas de madera. Todas tienen una forma peculiar casi cilíndrica, pero van ensanchándose hacia la boca, que es siempre de un diámetro mayor que la base; las medidas, en milímetros, de los dos diámetros y la altura puede dar una idea de esto:

Base	Boca	Altura
95	113	120
71	95	120
64	81	115

Estas copas están hechas de madera de algarrobo; en general son lisas y pintadas de rojo obscuro (fig. 51c).

El museo de Berlín posee, también, un ejemplar de la colección Uhle de Casabindo (621, V. A. 11380a).

Las hay también con su pared externa grabada. Es tan correcto el dibujo, hay tal firmeza en los trazos, que parece que el artista indio que lo grabó, era maestro consumado en estos trabajos (fig. 51a).

El dibujo se compone de un solo elemento harto complicado y que se repite de á pares en sentido inverso, siempre con la misma exactitud ocho veces, cuatro arriba más grandes, ocupando una zona de tres centímetros de ancho; y otras cuatro veces abajo en otra zona de 38 milímetros, separada de la anterior por una zona en blanco intermedia de cuatro centímetros de ancho.

Este elemento ornamental (fig. 52), se compone de una línea recta horizontal, formada por uno de los lados, de tres triángulos que tienen su interior atravesado por rayas, y forman una especie de escalera. Estos terminan por fin en un gancho dirigido hacia arriba.

Del vértice del triángulo se eleva un vástago corto y de éste una horizontal del mismo tamaño y en su extremo sostiene una figura en forma de Z con uno de sus elementos menor que el otro.

Toda la figura, excepto los triángulos, está compuesta de tres líneas.

La figura 51b es también una de estas copas antiguas, pero que el que la halló junto á la anterior quiso ensayar sus dotes de gra-

bador en madera, copiando los dibujos anteriores con tan mala suerte que su mano inexperimentada no hizo sino caricaturar el perfectísimo y admirable grabado de la copa legítima.

Sin embargo concluyó la obra y satisfecho, sin duda, de ella grabó sus iniciales F. D. C., comprobándonos, con esto, lo difícil que es imitar la obra de los viejos calchaquíes que no trabajaban al azar sino guiados por una idea, en la cual persistían con una constancia y paciencia admirables.

Estos dibujos, como los de los mates y de los pucos y yuros, no

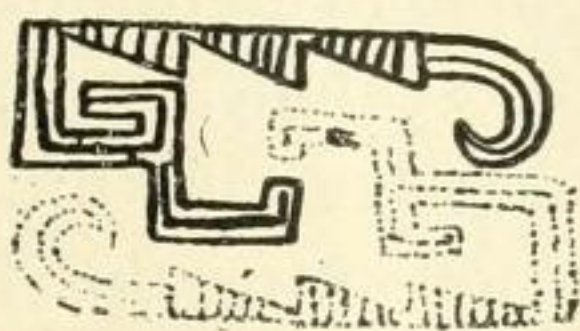


FIG. 52. — Detalle del dibujo de la copa 51a

son sólo obra de la fantasía, algo deben querer decir. ¿Quién sabe si algún día podremos descifrar su significado?

MATES Y OTROS RECIPIENTES PEQUEÑOS

Objetos muy generales en las tumbas de Jujuy son los mates, de todas las formas y tamaños, ya lisos ó grabados á fuego.

El señor Gerling halló mates en seis, de los diez y seis sepulcros que exploró; en uno solo, cinco, uno de ellos grabado á fuego.

La momia de la Colección Zavaleta, también tiene su provisión de mates, todos sin grabado, menos uno.

Y las momias de la figura 4, muestran dos mates, uno cortado transversalmente por la mitad, de modo que forma como una escudilla, y otro muy aplanado, también cortado; pero en su tercio superior, lo que le da un aspecto de vaso comprimido y profundo.

En nuestra colección tenemos siete ejemplares; cinco de ellos interesantes por los grabados á fuego que los adornan.

Estos grabados, han sido hechos por medio de una punta de metal calentada al rojo, seguramente un alambre ó cincelito de bronce de los tantos que se hallan en las tumbas calchaquíes.

En Bolivia todavía se trabajan los mates del mismo modo, y varias tribus de la región Chaco-Paraguaya también hacen lo mismo á pesar de que estas últimas no usan el fuego para grabar.

Como estoy felizmente en condiciones de publicar todo el mate-

rial de mates pirograbados que se conocen hasta la fecha, antes de describir los de Jujuy, vuelvo á reproducir las figuras de los que hallé en la tumba de Pucarilla, en mi expedición de 1896 á 1897 al oeste de Molinos, provincia de Salta.

El más interesante es uno completo (fig. 53) que muestra una serie de once personajes, ricamente ataviados, con grandes diademas de plumas en la cabeza y adornos frontales, en forma de cabezas de pájaros, topos semi lunares, etc.

El cuerpo de todos ellos, aparece como cubierto por un poncho ó una camisa larga ornamentada con dibujos, la mayor parte cruces de san Andrés de aspas en escalones, serpientes de dos cabezas en zig-zag y complicadas cruces, también muy escalonadas.

Junto á este, hallé también otros dos fragmentos: uno (fig. 54)

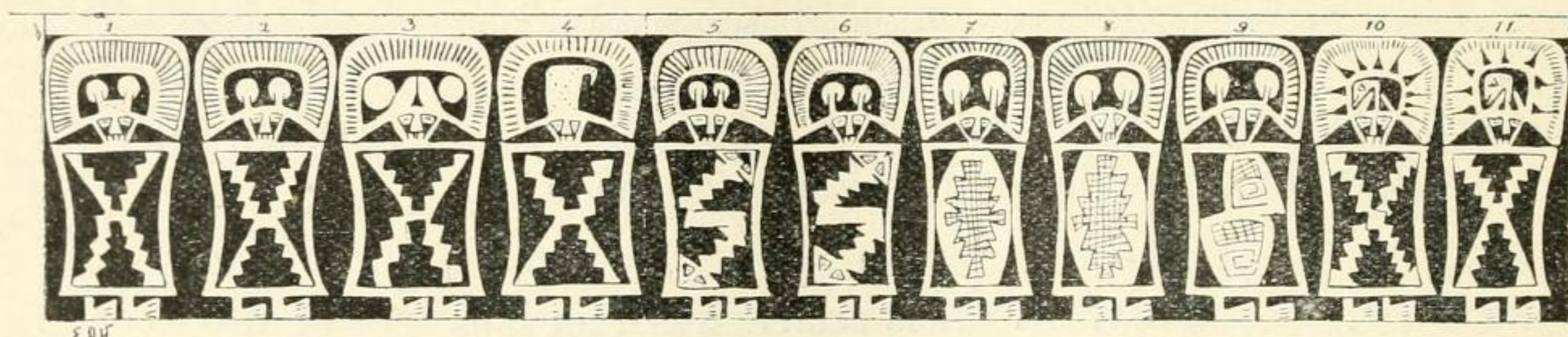


FIG. 53.

con tres personajes parecidos á los anteriores, de los cuales el primero muestra un tocado de plumas completamente diverso de los demás.

El otro fragmento (fig. 55) presenta una serie de líneas quebradas con cabezas de serpiente, dibujo que se ha hallado pintado más ó menos igual en una urna funeraria de San José, provincia de Catamarca (1).

En este fragmento se ve parte de una franja vertical, que debería dividir por lo menos en dos zonas el dibujo de las serpientes; y dentro de ella hay una rama ó árbol, con un gajo terminado en un círculo que representa un fruto.

Esta manera de representar un árbol es frecuente en las alfarerías calchaquies.

Entre las de Jujuy, mencionaré la figura 56, que es un pequeño mate muy delgado, de tres milímetros de espesor, de color

(1) ADÁN QUIROGA, *Huayrapuca ó la madre del viento*. Boletín del Instituto Geográfico Argentino, tomo XX, página 441, figura 32.

rojo obscuro. Tiene siete centímetros de diámetro por tres de profundidad en el centro.

Su ornamentación es simple: casi en el borde mismo, hay una serie de puntos pequeños, siguen á esta dos líneas separadas por más de un milímetro entre sí; y en seguida, una ancha faja de dos

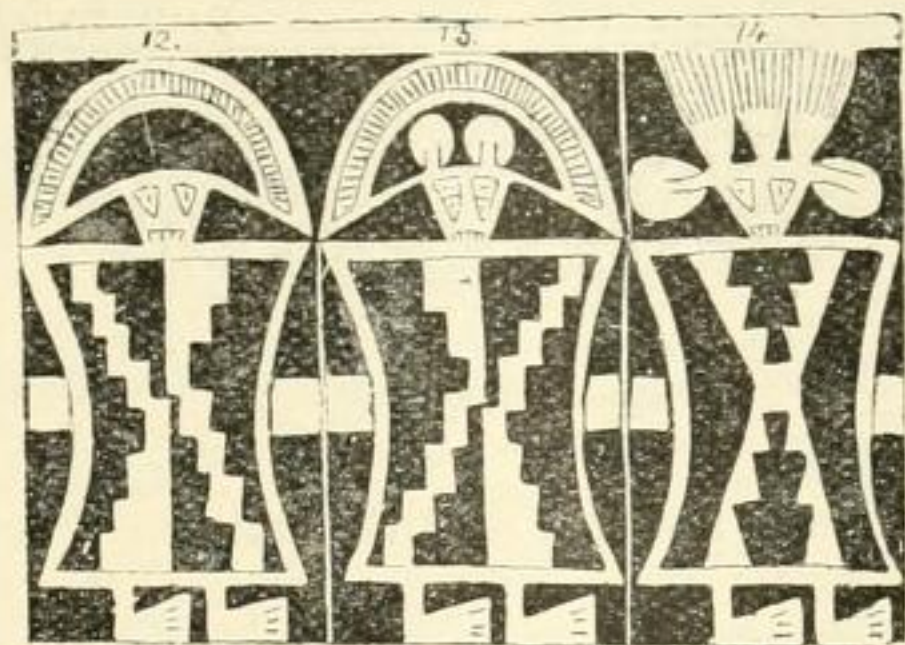


FIG. 54

centímetros toda quemada prolijamente con cuadritos negros como un tablero de ajedrez; luego otra línea delgada, y de esta última arrancan, dirigiéndose hacia el centro, ocho líneas de puntos que terminan en cabezas de pájaros, con la boca abierta, probablemente suris ó avestruces.

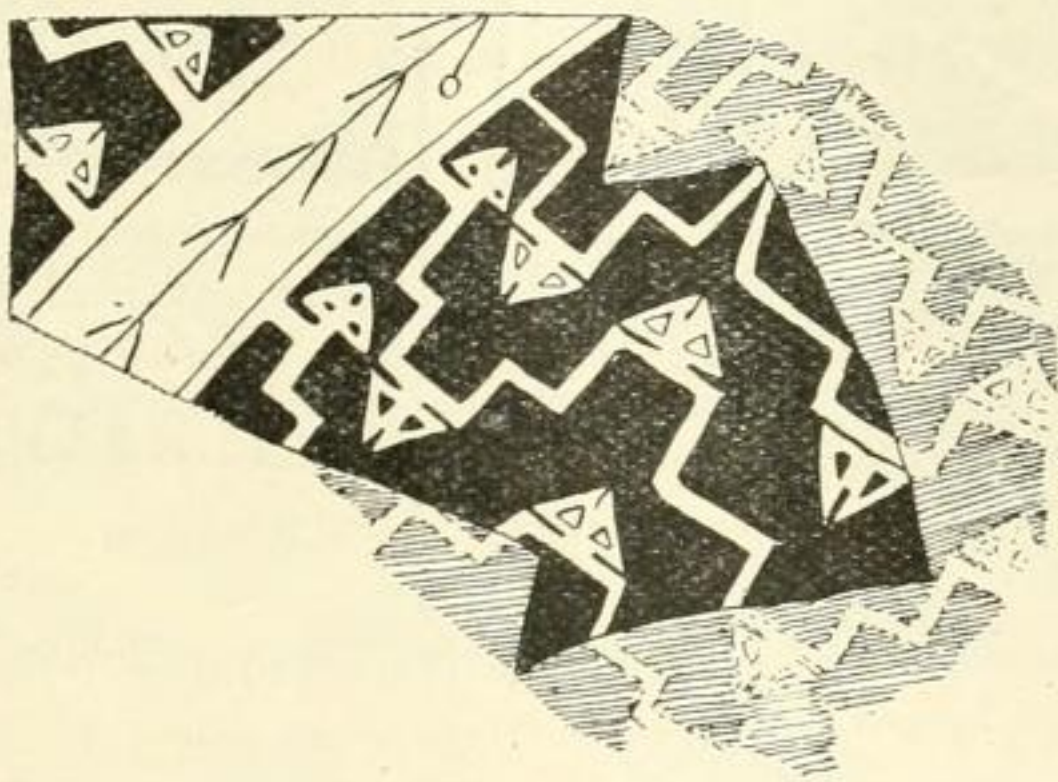


FIG. 55

Figura 57. — Más adelantado como simbolismo, presentamos este mate, de diez centímetros por siete en su boca, finamente trabajado todo á su alrededor en una zona de cuatro centímetros de ancho más ó menos.

Como se ve por la figura, muestra dos series de serpientes de dos cabezas, y enroscadas en forma de S; el interior del cuerpo es densamente punteado.

A cada lado hay seis serpientes; tres arriba y tres abajo separa-

das por una línea gruesa ; y en los intervalos que dejan estos dos grupos de seis serpientes, se ve á un lado y otro, dentro de un espacio alargado, la silueta de un suri ó avestruz parado.

Esta combinación de la serpiente con el suri, es frecuente en toda la pintura simbólica de los pucos de la región calchaquí. Siem-

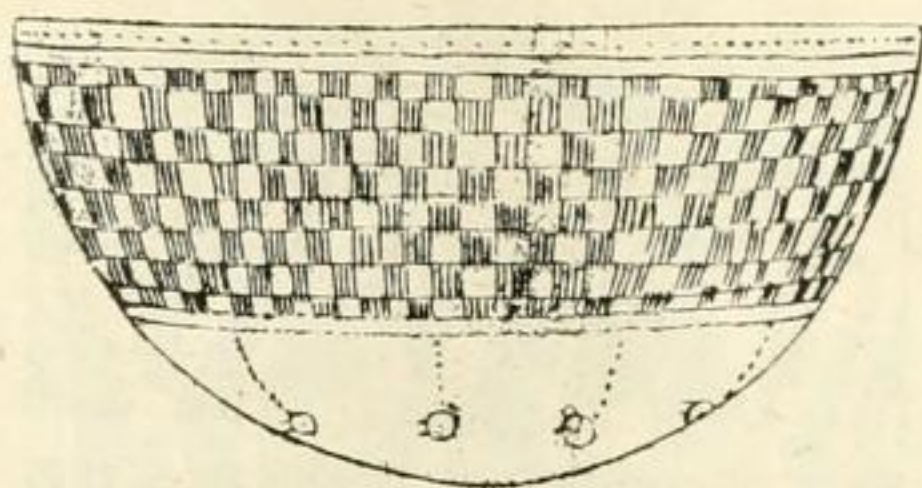


FIG. 56. — Rinconada

pre la he interpretado como la reunión del rayo y el trueno, es decir, los símbolos de las divinidades Catequil y Piguerao de que he hecho mención anteriormente.

Con estas figuras atmosféricas y tan prolijamente grabadas, no es de extrañar que este mate ha sido ritual ó votivo.

Pero como obra complicada de pirograbado, describiré el raro

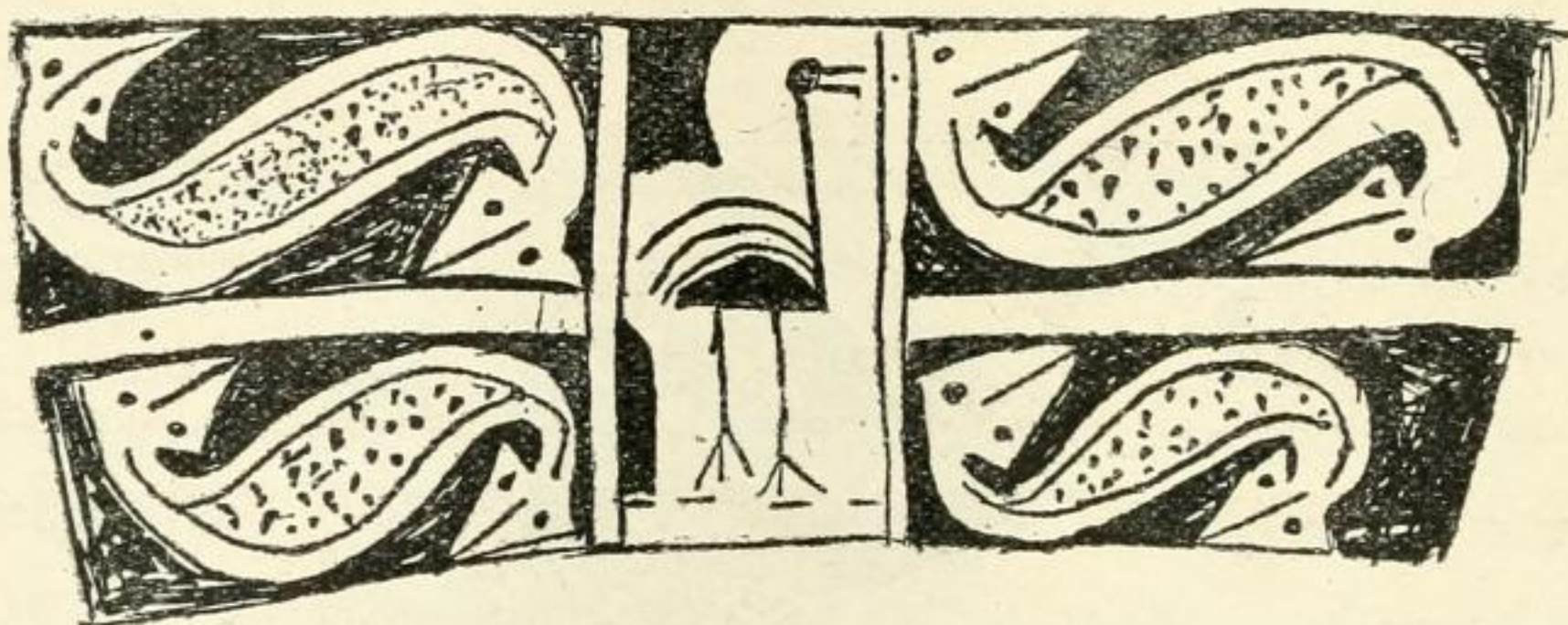


FIG. 57. — Detalles de los dibujos

porongo (fig. 53b) de Cochinoca, que se halla totalmente cubierto de figuras.

Tiene veinte y ocho centímetros de largo y se halla dividido en diez zonas, cada cual con una ornamentación diversa y separadas entre sí por espacios en blanco de varios milímetros de ancho (véase los detalles, fig. 58).

Hay que hacer notar que el trabajo se ha hecho de modo que el quemado llene el fondo del espacio comprendido entre las figuras, las que se destacan así del color natural del mate, rojo más ó menos obscuro.

La primera zona la forma una cadena de algo así como paraleló-

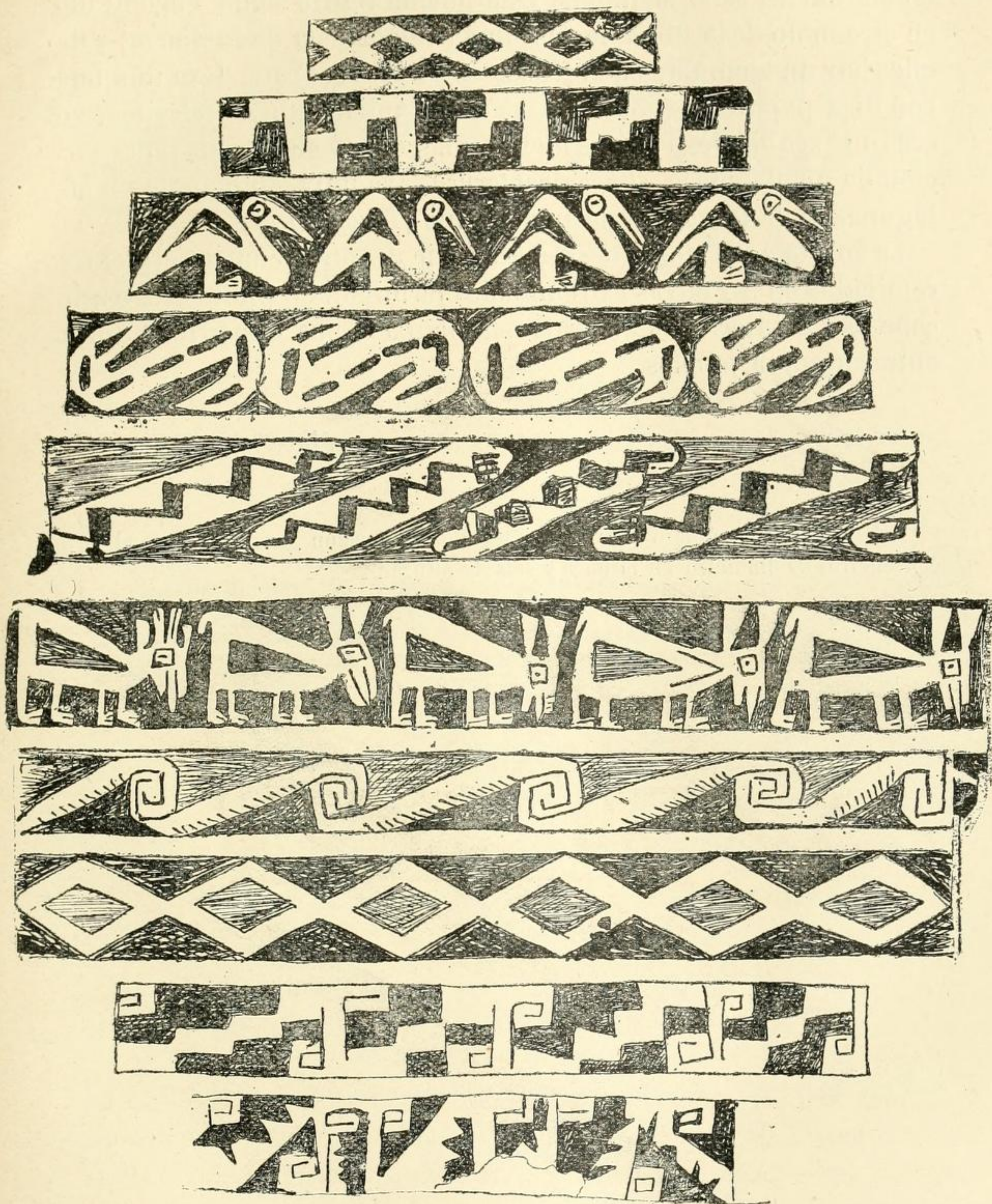


FIG. 58. — Dibujo de un porongo. Cochinoca

gramos cuyo interior está ocupado por otros más pequeños, negros.

La segunda es una serie de dibujos en escalera.

La tercera tiene cuatro pájaros de cuerpo triangular, pico largo en actitud de estar sentados. Esta misma figura se ha encontrado en otro mate de la Puna de Atacama (Antofagasta de la Sierra) y de ellos hay un ejemplar en el Museo de La Plata (1) que lleva una faja con diez pájaros (fig. 59); no sé á qué animal pueda referirse, no creo que sea el avestruz, me inclino más bien á suponer la representación de un flamenco (*Phoenicopterus*), ave muy abundante en las lagunas de la Puna ó la de una Parina (*Cicogna*).

La cuarta zona nos muestra una serie de otras cuatro serpientes retorcidas en S y cuyas extremidades terminan en puntas en vez de cabezas. El interior del cuerpo está ocupada por una gruesa línea entrecortada á trechos.

(Continuará).

(1) Este lleva el número 54 y pertenece á la Colección Gerling. Tiene 11 × 9 centímetros de diámetro en la boca y seis de altura.

ANTIGÜEDADES CALCHAQUIES

DATOS ARQUEOLÓGICOS SOBRE LA PROVINCIA DE JUJUY (REPÚBLICA ARGENTINA)

POR JUAN B. AMBROSETTI

(*Conclusión*)

La quinta tiene también cuatro figuras alargadas y diagonalmente dispuestas, en cuyo interior se ve una línea en zig-zag, como si fuera un rayo.

La sexta se halla ocupada por cinco cuadrúpedos, de cuerpo triangular, rabo corto y arqueado, cabeza con orejas grandes y la lengua de fuera ó colgante.



FIG. 59. — Dibujo de un mate (Museo de La Plata)

Uno de ellos muestra entre las orejas dos apéndices hendidos como si fueran cuernos; los demás ni rastros tienen de ellos. Podrán representar, el primero un ciervo y los otros vicuñas ó huanacos dado el tamaño de las orejas.

La séptima tiene una serie de espirales que se unen entre sí por una gruesa faja algo arqueada, con pequeñas líneas diagonales en su borde inferior. Esta figura, como se verá, es muy empleada en la ornamentación de estos mates, variándose al infinito.

La octava, aunque de mayor tamaño que la primera, tiene el mismo dibujo.

La novena muestra escaleras, con los peldaños que arrancan de una línea vertical, en cuyos extremos lleva en sentido inverso un elemento de greca.

Y por fin, la décima muestra las mismas verticales pero con un lado dentado y unidas entre sí por líneas dentadas también de un solo lado.

Dos pequeños agujeros, uno en cada extremidad, rematan esta pieza interesante, cuyo uso parece haber sido solo ritual ó votivo.



FIG. 61.— En un mate (Museo de La Plata)

Otro pequeño agujero en la segunda zona sirvió, con el de la extremidad superior, para pasarle un cordel y llevarlo colgado.

El museo de Etnografía de Berlín tiene algunos mates grabados muy interesantes; publico los dibujos de los mismos, que debo á la exquisita gentileza del doctor Karl von den Steinen que se ha servido remitírmelos. La numeración que los acompaña es la que tienen en dicho museo.

Todos estos mates fueron hallados por el doctor Max Uhle en las tumbas que excavó en Pueblo viejo, quebrada de Tucute, cerca de Casabindo.

El Museo de La Plata posee otros cuatro más, con simple or-



FIG. 62.— En un mate (Museo de La Plata)

namentación, cuyos dibujos debo al doctor Roberto Lehmann Nitsche.

Del museo nacional describiré dos: uno de la momia de la colección Zavaleta y otro que creo es del Valle de Yocavil (Salta).

Los dibujos más simples pueden verse en las figuras 61 y 62, y se reducen á sencillas guardas de picos, la primera simple y la segunda doble, esto es: una arriba y otra debajo, con sus picos alternados, de modo que la línea libre de grabado, que resulta entre ellos, aparezca como ondulada.

Esta guarda figura 62 está acompañada, además, por otra línea de puntos.

Una guarda de picos seguida por otra gruesa de líneas cruzadas

y cuadrados negros dentro de los espacios libres, se ve en un mate del museo de Berlín (fig. 63).

Figura 64. Guarda de cuadrados verticales con su interior cruzado por rectas diagonales; entre éstos, se ve uno en el centro, en

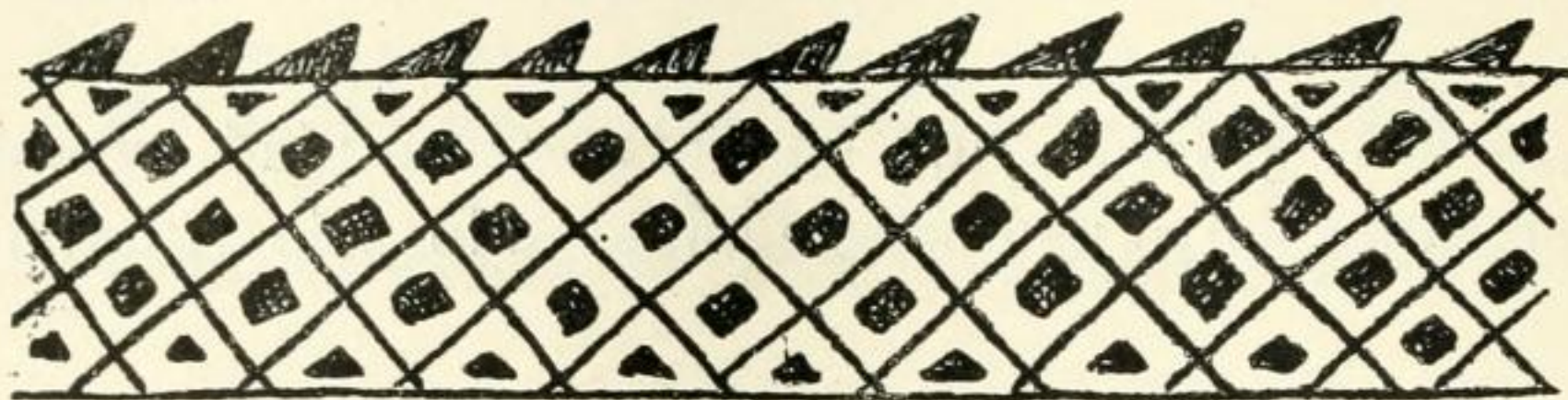


FIG. 63. — Mate del Museo Etnográfico de Berlín (Nº del catálogo VA. 11389)

blanco, mostrando cuatro apéndices formados por tres curvas, algo así como la mitad del signo que empleamos para indicar el párrafo (§). Estos signos salen transversalmente, dos á cada lado y

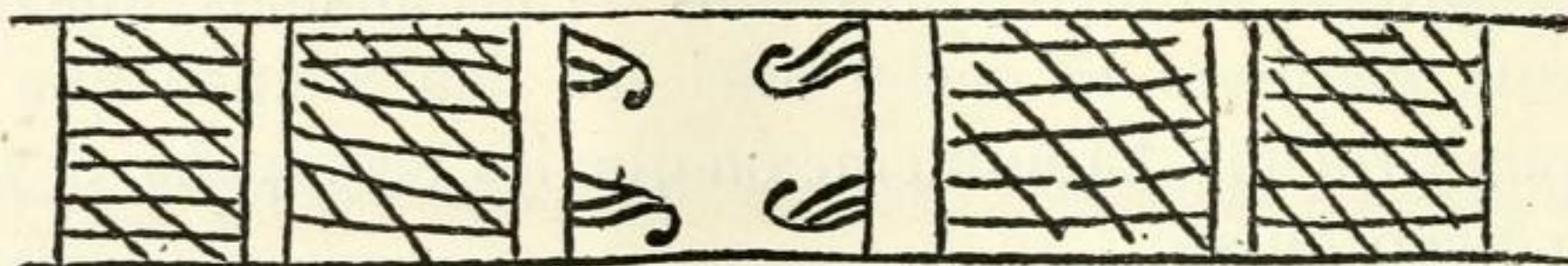


FIG. 64. — Mate del Museo Etnográfico de Berlín (Nº del catálogo VA. 11362)

con la dirección de la línea terminal curvada en sentido inverso.

Hay un dibujo muy característico entre los mates de Jujuy, que se repite mucho y está formado por líneas en forma de S, cuyos

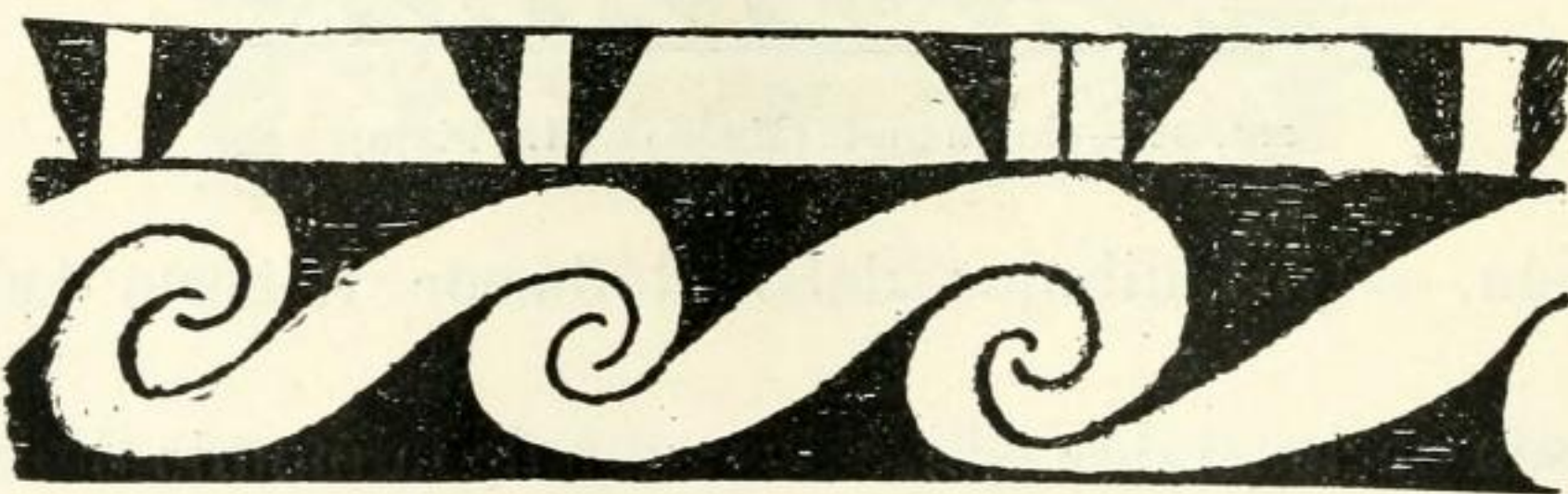


FIG. 65. — Mate del Museo Etnográfico de Berlín (Nº del catálogo VA. 11391)

extremos forman espirales; las líneas son dobles, es decir, una sale del borde superior de la franja y otra del inferior. El espacio externo, entre estas líneas y el borde de la franja, es negro.

Sobre la franja y entre ésta y el borde del mate, se hallan pequeños triángulos invertidos; y en otros ejemplares cuadraditos ó simples líneas. La figura 65 es un ejemplar típico de este dibujo.

La figura 66 es una modificación del anterior dando más vueltas las espirales y presentando las líneas que las unen, del lado interno, una serie de pestañas.

Este mate acompaña la momia de la colección Zavaleta.

El mismo dibujo pero doble, es decir, repetido en dos fajas, una

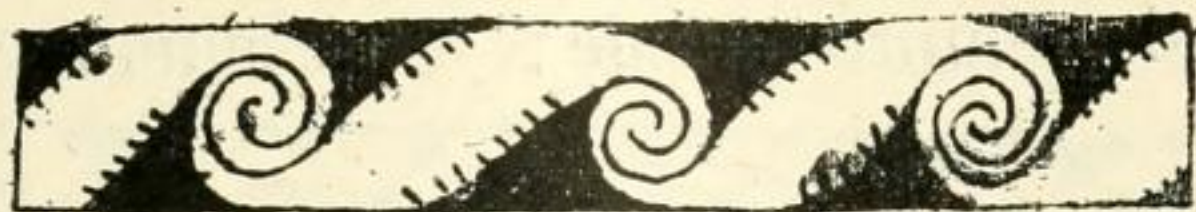


FIG. 66. — Museo Nacional

más ancha arriba, y otra más angosta, la inferior, y con el agregado de una línea de puntos, que parece unir las espirales de la faja superior, se halla en el mate de la colección Gerling (figura 67).

Transformación de los dibujos anteriores es el que presenta el



FIG. 67. — Mate de Casabindo. (Col. Gerling. Museo de La Plata)

mate de la Rinconada que poseo (figura 68); es amarillo, cortado transversalmente de modo que figura un puco, como casi todos los descritos, se halla muy bien conservado, tiene doce centímetros de diámetro por cinco de profundidad; á medio centímetro del borde

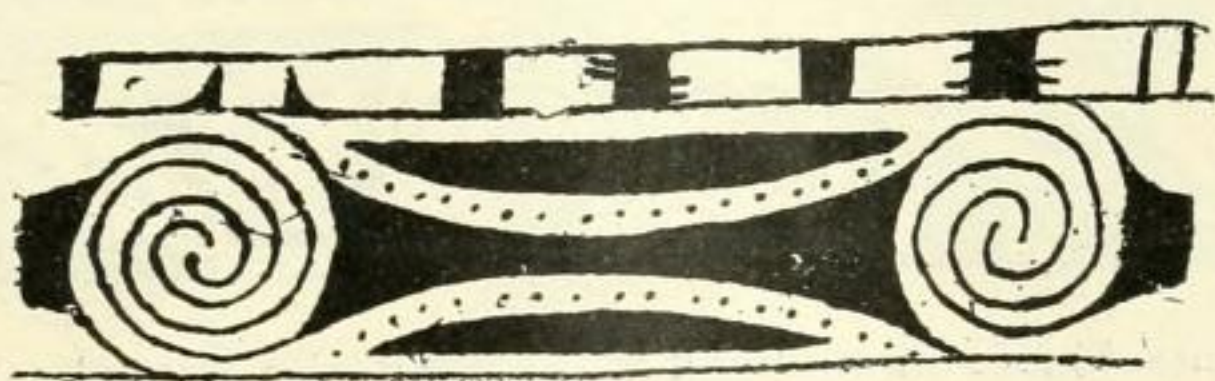


FIG. 68. — Detalles de un mate de la Rinconada

empieza una ancha faja grabada, de tres y medio centímetros, representando cuatro espirales dobles y en sentido contrario, que forman á ambos lados dos líneas gruesas encorvadas y punteadas en su interior y separadas entre sí y del resto de los límites del ornamento, por tres espacios negros alargados.

Unen esta zona al borde del mate, pequeños cuadrados negros colocados de distancia en distancia, algunos de ellos cruzados por dos líneas transversales. Como dibujo es muy agradable y elegante.

Figura 69. Los dibujos de este mate se dividen en dos secciones: una, muestra el elemento ya descrito de las curvas en espirales que naciendo de un triángulo negro forman esos dibujos en S; y la otra, una serie de serpientes representadas de una manera poco común entre los objetos calchaquíes.

Las serpientes están enroscadas en espiral, en vez de estarlo en S, como casi siempre sucede; y presentan una sola cabeza

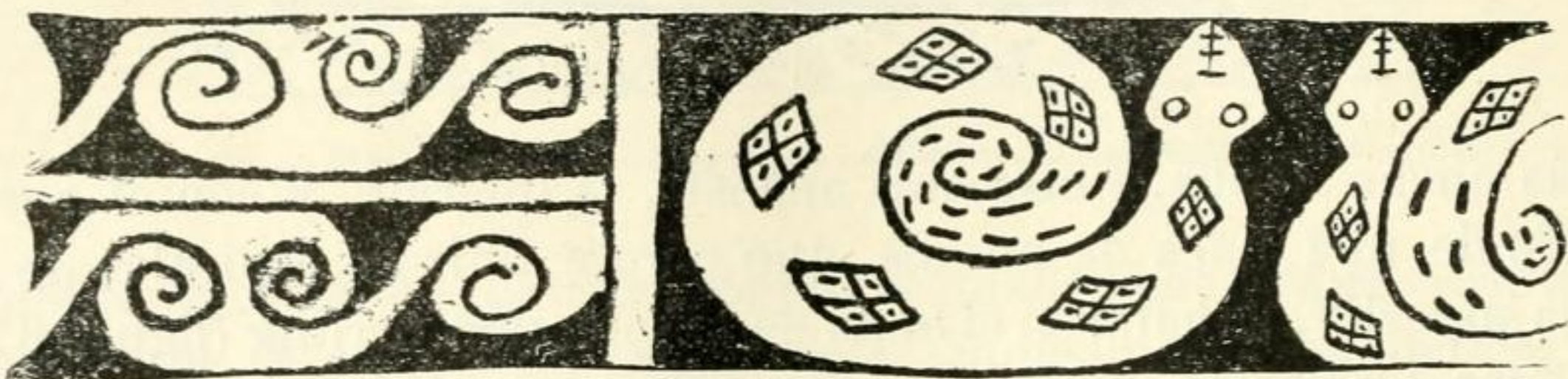


FIG. 69. — Detalles del dibujo de un mate, Museo Etnográfico de Berlín (Nº del catálogo VA. 11361)

lanceolada, una línea vertical cruzada por otras tres pequeñas horizontales indica la boca; es una modificación del dibujo de las cabezas de serpiente de los valles calchaquíes, en las que la boca se abre en ese mismo sentido, y los dientes se hallan colocados lo mismo que las pequeñas líneas horizontales.

El cuerpo de estos animales presenta una serie de paralelogra-

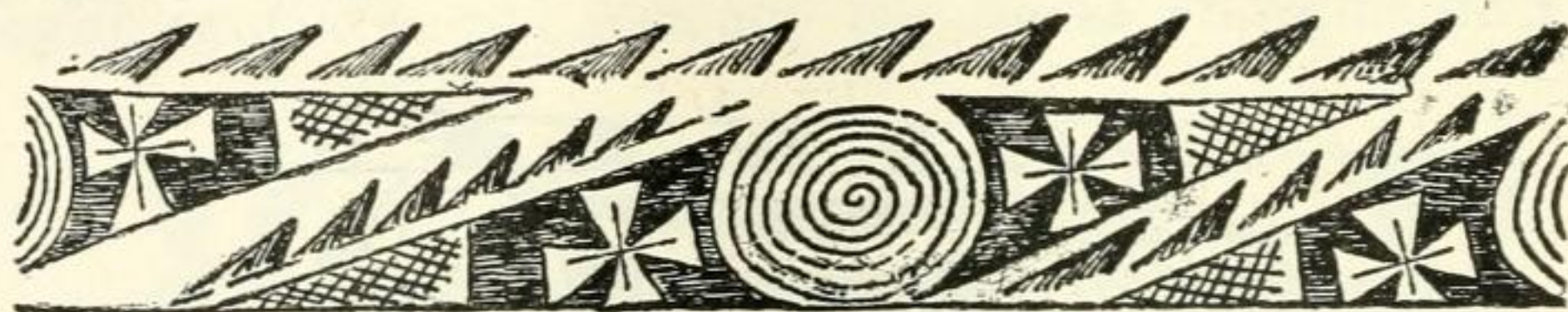


FIG. 70. — Ornamentación de un mate del Museo de Berlín (Nº del catálogo VA. 11390)

mos cruzados en su interior por dos líneas y entre ellas, cuatro puntos; la cola se halla rellena por pequeñas líneas cortas colocadas más ó menos en dos series.

Este dibujo es muy interesante.

Curioso es también el mate del museo de Berlín figura 70.

Una guarda de picos triangulares, y dirigidos uniformemente en una misma dirección encierra la parte superior del dibujo.

Debajo de ella sigue una serie de figuras formadas por una fina espiral central encerrada por dos triángulos alargados, cuya primera mitad es negra, y dentro de ella aparece una cruz de malta en

claro, con otra cruz de líneas en su interior. La segunda mitad hasta el vértice es reticulada.

Otra serie de picos triangulares algo más pequeños que los anteriores corren sobre el lado externo del triángulo inferior.

Es digno de notarse en este dibujo la intervención de la cruz,

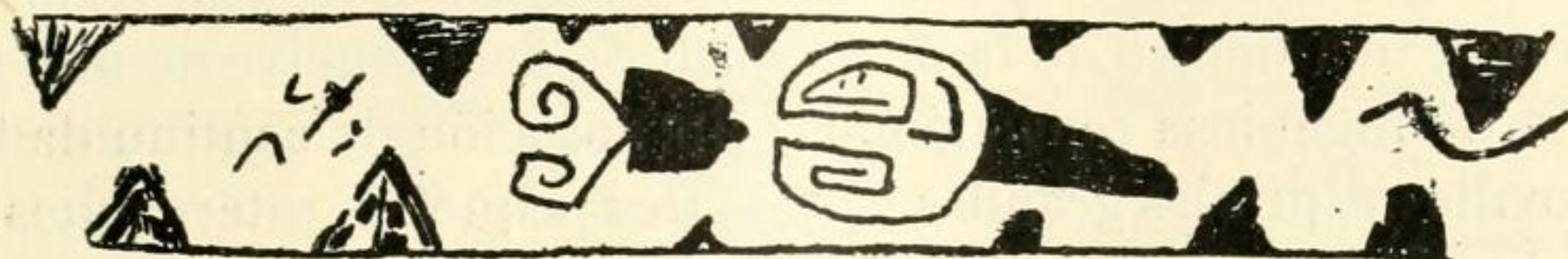


FIG. 71. — Mate del Museo Etnográfico de Berlín (Nº del catálogo VA. 11360)

que significa la lluvia en la mitología Calchaquí; lo que me inclina otra vez más á suponer estos mates ceremoniales ó votivos.

La figura 71 nos muestra un dibujo de otro mate, en el que,

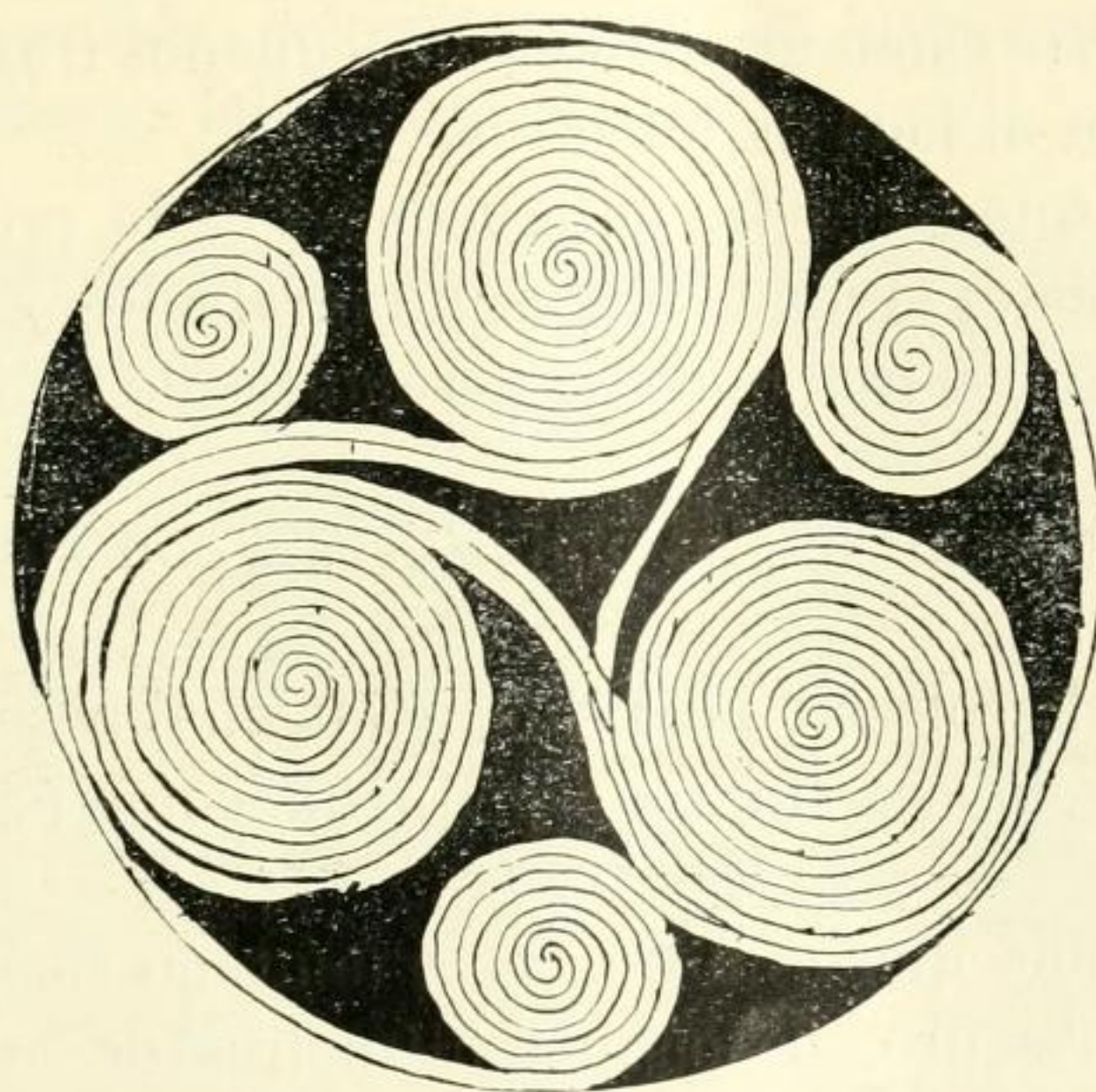


FIG. 72. — Dibujos de un mate del Valle de Yocavil (Salta). Museo Nacional

como excepción, notamos la falta de seguridad y de esa admirable práctica en el pirograbado que hallamos en la generalidad de los otros mates.

Dos guardas de picos triangulares de tamaño diverso, colocados verticalmente, encierran algunos elementos de guarda griega combinados con otros que seguramente han querido ser escaleras, algo

así como se ve en algunos pucos y en el porongo figura 58, pero todo mal hecho y sin importancia alguna.

La figura 72 representa el desarrollo en un plano, del grabado que cubre las dos terceras partes de un mate esferoidal de 34 centímetros de circunferencia, procedente del valle de Yocavil y que se halla actualmente en el Museo Nacional.

El dibujo es uno sólo, es decir una línea doble que forma dos espirales, una dentro de la otra, y ésta se desenvuelve de una manera muy ingeniosa repartiéndose sin solución de continuidad, en tres ovillos espirales grandes y otros tres pequeños intermedios.

La base del mate está desprovista de dibujo, y el resto se halla recubierto totalmente por ellos.

En la parte superior central, que está rota, es posible que hubiera habido un pequeño agujero.

Esta pieza, en buen estado de conservación, es notable por el ingenio del artista indio y la seguridad en su ejecución, que reputo además sumamente paciente, pues se nota que el procedimiento del pirograbado ha sido lento, pues las líneas puede decirse que en su mayor parte están formadas por pequeños trazos que se van sucediendo unos al lado de los otros.

Además diré que entre las antigüedades de la provincia de San Juan se han hallado también mates pirograbados y el Museo Nacional posee algunos fragmentos interesantes de Calingasta, representando serpientes.

Más abundantes aún son los mates lisos ó con simples grabados sin importancia.

La momia de la colección del Museo Nacional posee varios, algunos enteros y sólo con un corte pequeño, como para convertirlos en recipientes.

Entre los objetos que estudio poseo también varios ejemplares.

Uno es rojo obscuro, de ocho centímetros de alto y de forma globular, al que han hecho un agujero circular hacia un lado, bajo del vértice, de dos centímetros de diámetro; de este agujero parte una línea que rodea al mate más ó menos á dos centímetros de él y de la cual cuelgan signos grabados á fuego pero muy mal hechos, de modo que fuera de un grupo de líneas verticales á cada lado del agujero, no se reconocen los otros dibujos que al parecer fueron triángulos dobles unidos por sus vértices.

Se vé fácilmente que la mano del artista ha andado muy torpe.

Otro es un pequeño mate rojo claro, chato, de los que vulgar-

mente se llaman *galletas*, de ocho centímetros en su diámetro mayor y cuatro de altura.

En su vértice ha sido cortado, dejando un agujero central de uno

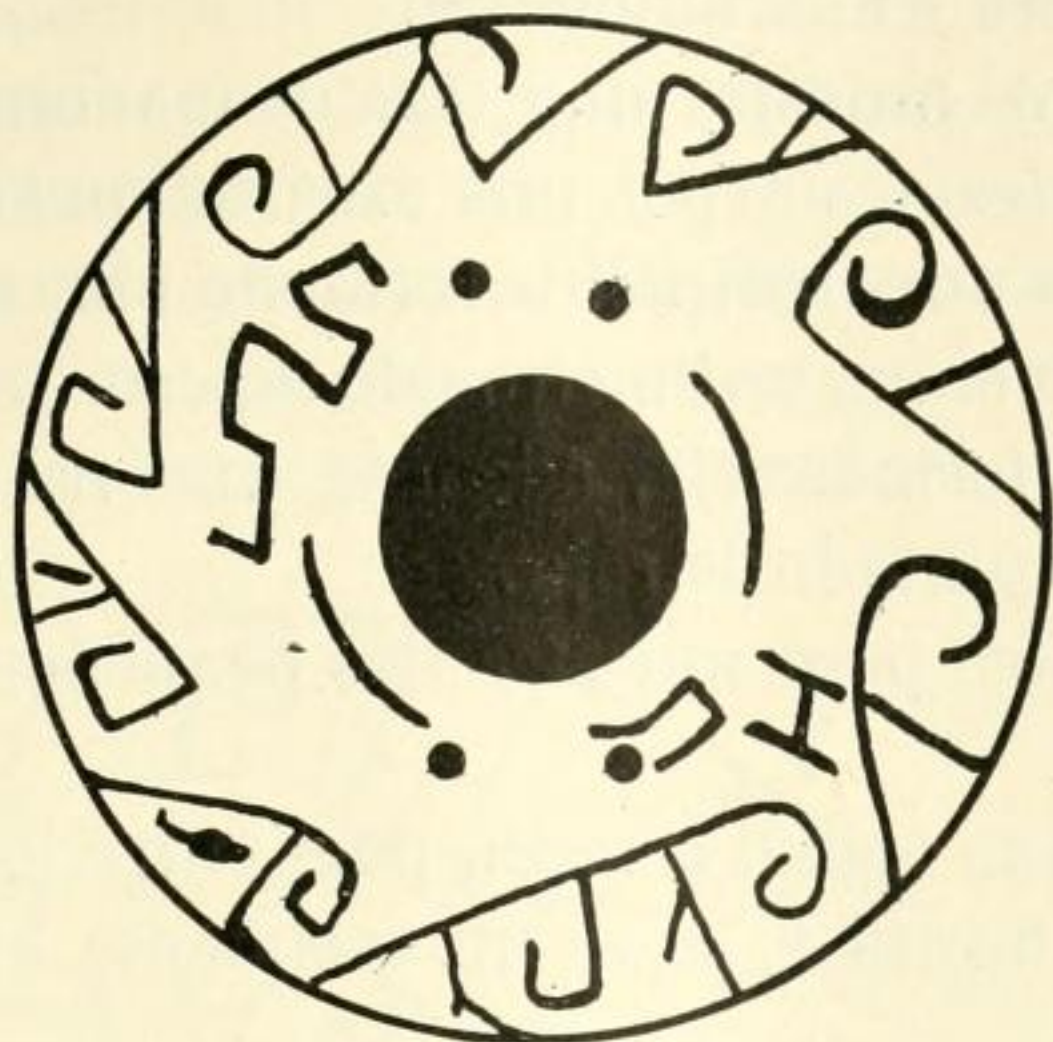


FIG. 73. — Dibujos de la parte superior de un mate chato (Galleta) Casabindo, Jujuy (Col. Gerling, Museo de La Plata)

y medio centímetros de diámetro y alrededor de éste hay tres agujeritos de suspensión colocados como si hubiesen querido hacer cuatro equidistantes faltando el cuarto.

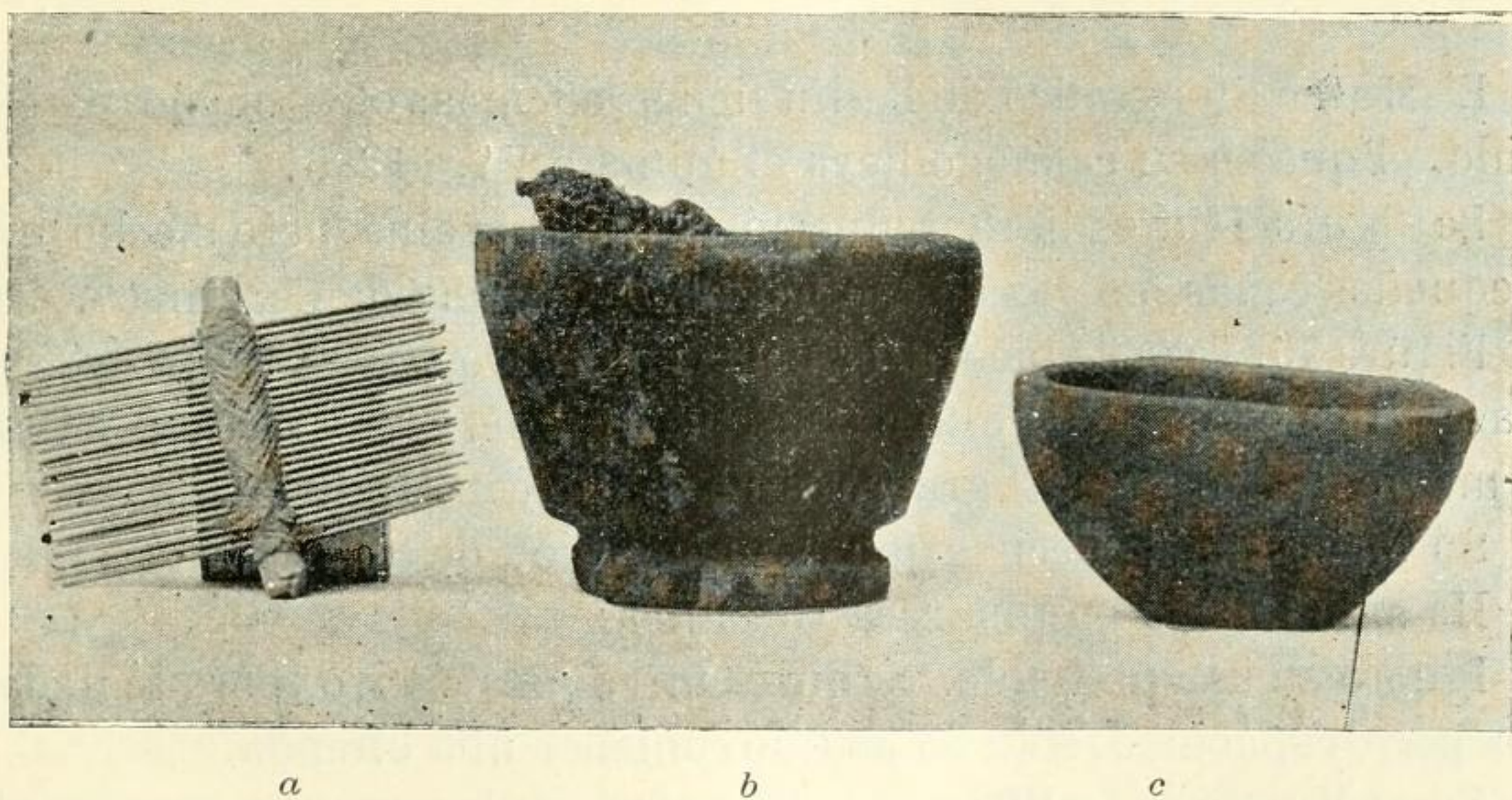


FIG. 74. — Peine y tazas de madera

Tiene un buen estado de conservación.

Entre las galletas merece mencionarse la figura 73 del Museo de La Plata, en cuya parte superior se ve una serie de triángulos, de cuyo vértice sale un gancho, todos dirigidos en el mismo sentido y algunos otros signos sueltos.

Este objeto presenta, además, cuatro agujeros de suspensión colocados en grupos de á dos á cada lado de la boca.

Fuera de los mates, hállanse también en Jujuy algunos otros recipientes de madera y aún de piedra.

La figura 74*b* nos muestra una taza de madera, bastante tosca y cuyo pie se halla destacado por una excavación anular.

La figura 74*c*, es otro recipiente formado por un fruto leñoso de cáscara gruesa, de cinco milímetros de espesor, el que han cortado transversalmente, formándole, además, una base plana. Es liso y está exteriormente pintado de rojo.

El corte es elíptico pero muestra dos pequeños estrechamientos en el centro.

Parece que ha sido objeto común, pues entre los que acompañan las momias de la figura 4, se ve un recipiente exactamente igual.



FIG. 75. — Taza de piedra, Rinconada (Jujuy).

El Museo Etnográfico de Berlín tiene, además, otro objeto parecido, el que en su catálogo lleva el número VA. 11286.

La figura 74*a*, es la reproducción de otro peine pero hecho de pequeñas cañas, en vez de espigas de cardón. Es de Cochinoca.

Figura 75. Taza de piedra de siete centímetros de diámetro en su base y tres y medio de alto en sus paredes del lado externo, y dos y medio del interno. El grueso es de medio centímetro.

Su forma puede decirse que es una sección de cilindro.

Ha sido tallada en una roca volcánica.

Ignoro su uso probable, es quizá un objeto votivo, porque dada su poca capacidad, sólo ha podido contener una ofrenda.

En el Museo de La Plata se halla un ejemplar exactamente igual de Incahuasi, provincia de Salta, coleccionado por el señor Gerling, en un sepulcro antiguo.

En las tumbas se hallan muchos otros recipientes pequeños de madera, hueso y aún de cuero ó de ambas substancias combinadas, naturalmente no ya para contener líquidos, pero sí para llevar polvos, pinturas de colores ó pequeños objetos.

El señor G. Gerling, entre sus hallazgos encontró : dos tarritos de hueso con tapa de cuero que los cubría hasta la mitad, conteniendo un polvo fino gris.

Otro tubo de madera de diez centímetros de largo por cuatro de diámetro, forrado en cuero y con tapa de la misma substancia conteniendo el mismo polvo.

Una cartera formada por una tablita de doce centímetros por cinco en cuyo derredor se ha doblado un cuerito formando así como una carterita que contenía plumas de picaflor.

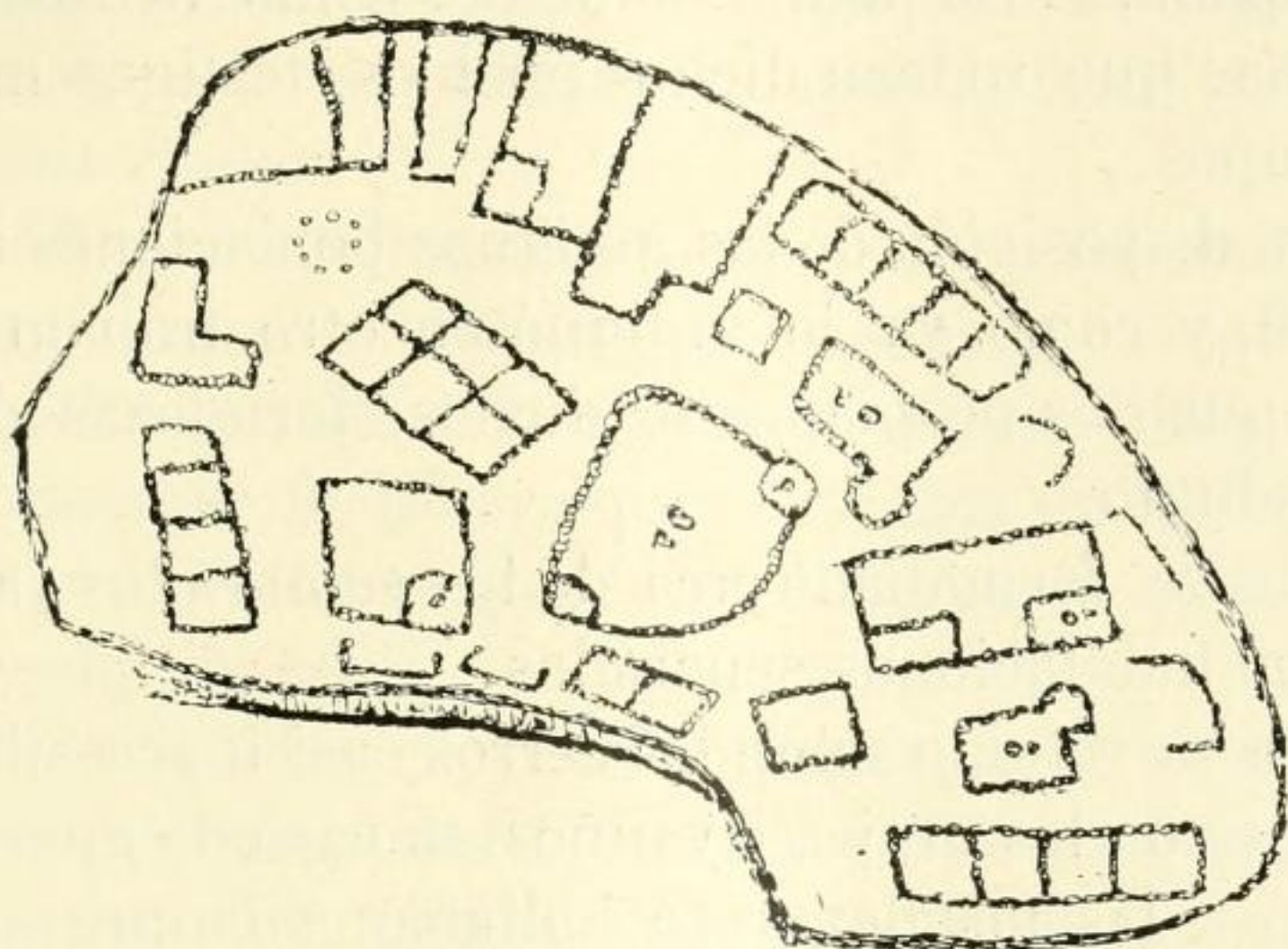


FIG. 76. — Disposición de los edificios del Pukará al SE. de la Rinconada
Croquis del señor G. Gerling. *a* : son menhires

Un tubo de caña de 7 centímetros por dos de diámetro conteniendo huesos de pájaros.

Todos estos objetos están descriptos y figurados en el Catálogo del doctor Lehmann Nitsche.

POBLACIONES

La región de la Puna de Jujuy ha sido anteriormente muy poblada, aún se ven restos de habitaciones á 3000 y 4000 metros de altura sobre el nivel del mar.

Pocas exploraciones se han llevado á cabo en esa zona, así es que no nos resta sino mencionar el dato.

En las demás porciones del territorio las ruinas abundan por todas partes ya sea de pueblos abandonados; ya de campos de sembradío en las mismas condiciones.

Las causas que produjeron este abandono son dos : la disminución de la población india, por una parte, y la falta del agua necesaria para sus cosechas, por otra.

Estos fenómenos que desde hace siglos vienen produciéndose paralelamente hacen que aún hoy, debido á ambas causas ó á la segunda solamente, todos los días se abandonen poblaciones pequeñas cuya tierra no puede regarse y que poco á poco no vayan quedando más que los lugares ya conocidos y clásicos como Casabindo Cochinoca, Santa Catalina y la Rinconada entre otros, los que á su vez van despoblándose paulatinamente, como lo demuestran las casas en ruinas que rodean dichos pueblos, testigos mudos de sus mejores tiempos.

La forma y disposición de las antiguas poblaciones indígenas es muy variable, y como ya lo indiqué en otro trabajo (1) pueden dividirse en pueblos propiamente dichos, fortalezas ó pukaraes y campos de refugio.

Los pueblos se formaban cerca de los sembrados ya en un gran núcleo ó ya en habitaciones separadas.

Los campos de refugio sobre los cerros casi inaccesibles para poder ocuparlos con las mujeres y niños en caso de guerra.

En cuanto á las fortalezas se hallaban siempre en posiciones estratégicas en la boca de las quebradas y en los morros salientes frente á los campos abiertos.

De una de estas fortalezas ó Pukará poseo un croquis que levantó el señor Gerling (fig. 76).

Se halla situada á tres leguas al SE de la Rinconada, cerca del cerro aislado Pan de Azúcar, sobre una meseta alta que se halla en la llanura.

El lugar está estratégicamente elegido, al norte da vista á la gran llanura que tiene la laguna Guayatayoc. Al oeste y al sur, la serranía de la Rinconada y de Quichagua.

Esta meseta tiene como ciento veinte metros de altura y sus costados son barrancas escabrosas casi á pique, no teniendo más que un solo lugar accesible del lado del sur.

La superficie que presenta arriba es de dos hectáreas más ó menos y toda ella está rodeada por una pirca ó muralla de piedra de defensa de un metro de alto por medio de espesor.

Dentro de esta muralla se hallan una serie de construcciones de

(1) *La antigua ciudad de Quilmes. Bol. Inst. Geogr. Arg.*, t. XVIII.

forma diversa, las que no siguen ningún plan de orientación ni de ordenación.

Algunas de ellas son una serie de piezas cuadradas; cuatro ó cinco, otras son cuadradas y en uno de sus extremos llevan otra pieza circular más pequeña con la que se comunican.

Esto mismo lo he encontrado en Quilmes.

Y otras, por fin, son grandes canchas ó corrales cuadrados con una habitación también cuadrada, pequeña, en uno de sus ángulos.

Lo que llama la atención dentro de algunas de estas construcciones son unos menhires cilíndricos ó en forma de columna, lisos de 1.50 á 2 metros de alto fuera del suelo, y unos treinta y cinco centímetros enterrados.

El señor Gerling no los ha encontrado en ninguna otra ruina de Jujuy, mientras que en ésta están representados por cinco ejemplares.

Tuve la satisfacción de dar la primer noticia sobre estos interesantes monumentos de piedra que descubrí en Tafí en 1896 (1), posteriormente el doctor Quiroga descubrió otros más en el mismo cerro del Anconquiya (2).

Su objeto no está bien explicado todavía, pero no es difícil que sean monumentos religiosos de un culto fálico y que su presencia dentro de estas construcciones tenga que hacer con las ceremonias que debían producirse allí, para propiciarse la fecundación ya de la tierra, ya de sus ganados (llamas) ó de los animales de caza mayor huanacos y vicuñas.

Esta hipótesis se basa en las costumbres y ceremonias actuales fálicas que aún se efectúan en algunos puntos del valle Calchaquí y sobre las cuales he escrito en otro trabajo (3).

TUMBAS

La mayor parte de los objetos hallados en Jujuy provienen de las tumbas pircadas.

(1) *Los Monumentos megalíticos del Valle de Tafí. Boletín del Instituto Geográfico*, t. XVIII, p. 105 y siguientes.

(2) *Ruinas de Anfama y el pueblo prehistórico de la Ciénega, Boletín del Instituto Geográfico*, t. XX, p. 95 y siguientes, 1899.

(3) *Costumbres y supersticiones en los valles Calchaquíes* (Prov. de Salta) en *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, tomo XLI, página 41 y siguientes.

Estas en vez de ser subterráneas, están en un gran número de casos, adosadas á los cerros, en cuyos paredones se han aprovechado las cavidades naturales que presentaban, para rodearlas de una pared de piedra que las cerrase ya completamente ó dejando una pequeña ventana en cada una, de forma cuadrada.

La impresión que dejan estos sepulcros en las quebradas de los cerros es la misma de las construcciones de los Clif Dwellers, de los cañones del sudoeste de los Estados Unidos (fig. 77).

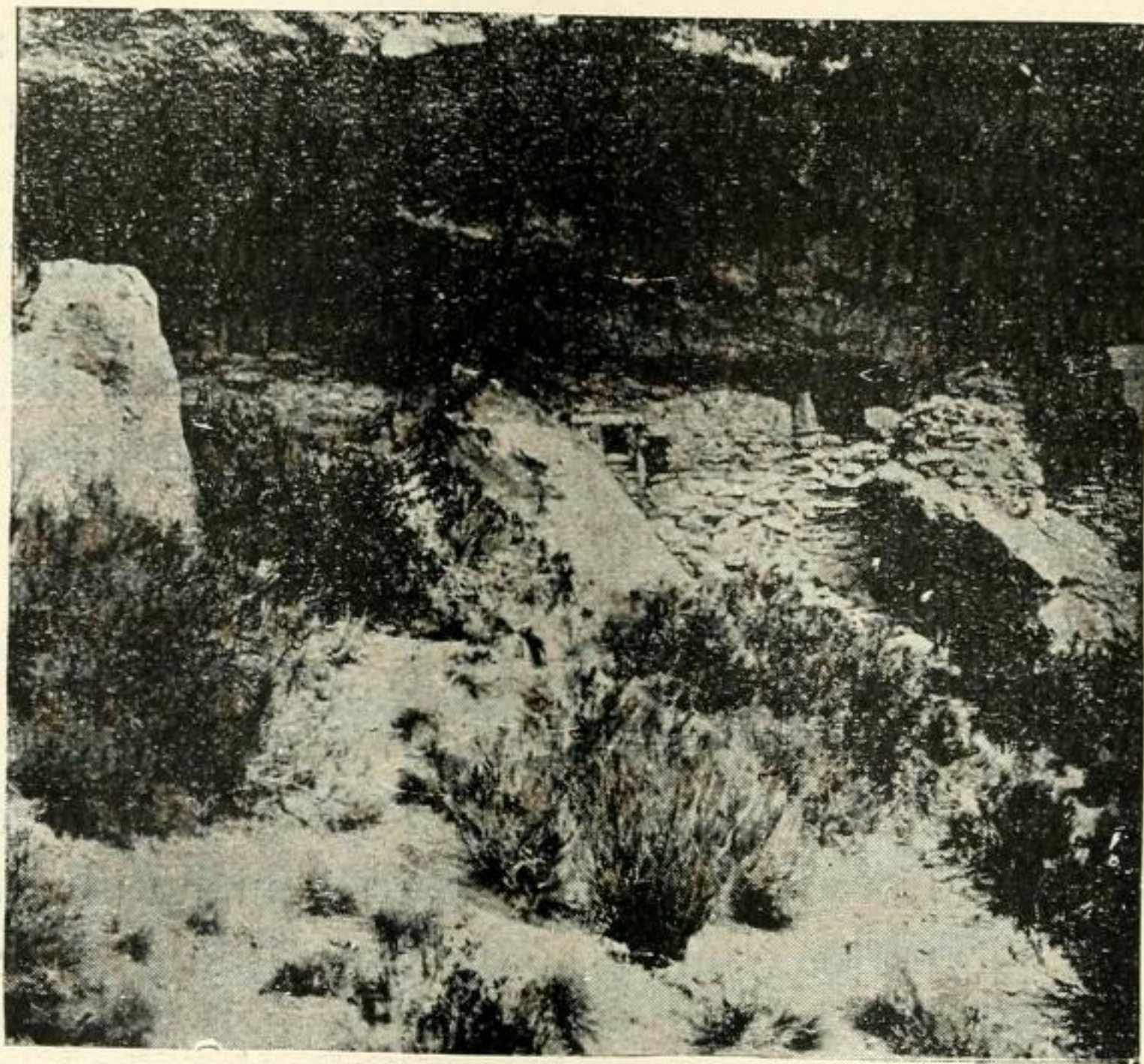


FIG. 77. — Tumbas en un arroyo cerca de la Rinconada, de fotografía del señor Pedro Crouzeilles

Pero hay que tener en cuenta que éstas son tumbas, mientras que aquéllas fueron habitaciones y por consiguiente sus proporciones son mayores.

El señor Gerling halló de estos sepulcros, que exploró con resultados satisfactorios, en Casabindo (fig. 78), y visitó otros en el cañón del río San Juan de Mayo como á seis leguas de Santa Catalina, algunos sin resultado, por lo que él cree que sirvieron de trojes para conservar las cosechas de maíz y algarrobo.

Yo supongo más bien que sean tumbas vacías de las que se han extraído anteriormente los cadáveres.

Estas construcciones, en número de cinco, se encuentran en el hueco de un paredón á pique como de cuatro metros de altura, y para visitarlas hubo necesidad de descolgarse con lazos.

Sus medidas son, desde un metro cincuenta hasta dos metros de diámetro ; y su forma es casi circular, techadas de modo que tienen la apariencia de un horno.

Están construídas de piedra y cubiertas exteriormente con un reboque de barro.

Una piedra laja rectangular servía de puerta y cerraba hermé-

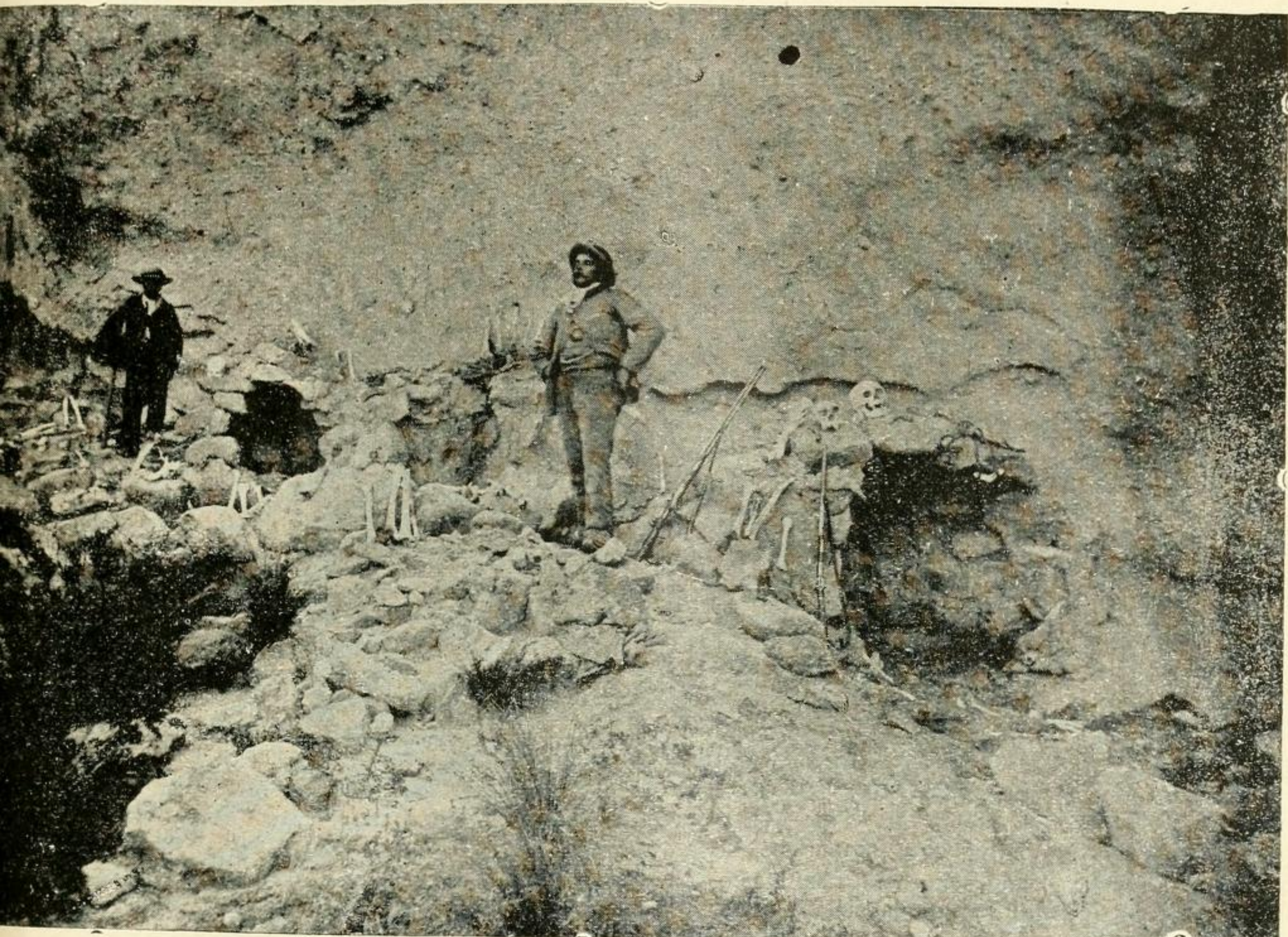


FIG. 78. — Tumbas de Casabindo, en forma de horno, exploradas por el señor G. Gerling

ticamente. La abertura permite con dificultad la entrada de un hombre : $0,60 \times 0,70$ de alto.

Algunas de las construcciones de la Rinconada fotografiadas por el señor Pedro Crouzeilles, difieren algo de aquéllas en su forma general ; en éstas las paredes de piedra pircada complementan el hueco del paredón, y en ellas están formadas con piedra laja las ventanas que son más pequeñas, otras tienen también el aspecto de los hornos ya mencionados.

Es de desear una exploración prolija de la región jujeña, que no dudo nos reserva novedades de un alto interés científico y quien

sabe si no se encuentran más adelante, entre tanta quebrada poco transitada y conocida aún, verdaderas habitaciones como las de los Cliff Dewllers.

LOS CALCHAQUÍES ACTUALES

La población calchaquí, de Jujuy, en la actualidad está muy mezclada con elementos bolivianos y sus costumbres y supersticiones se confunden en gran parte.

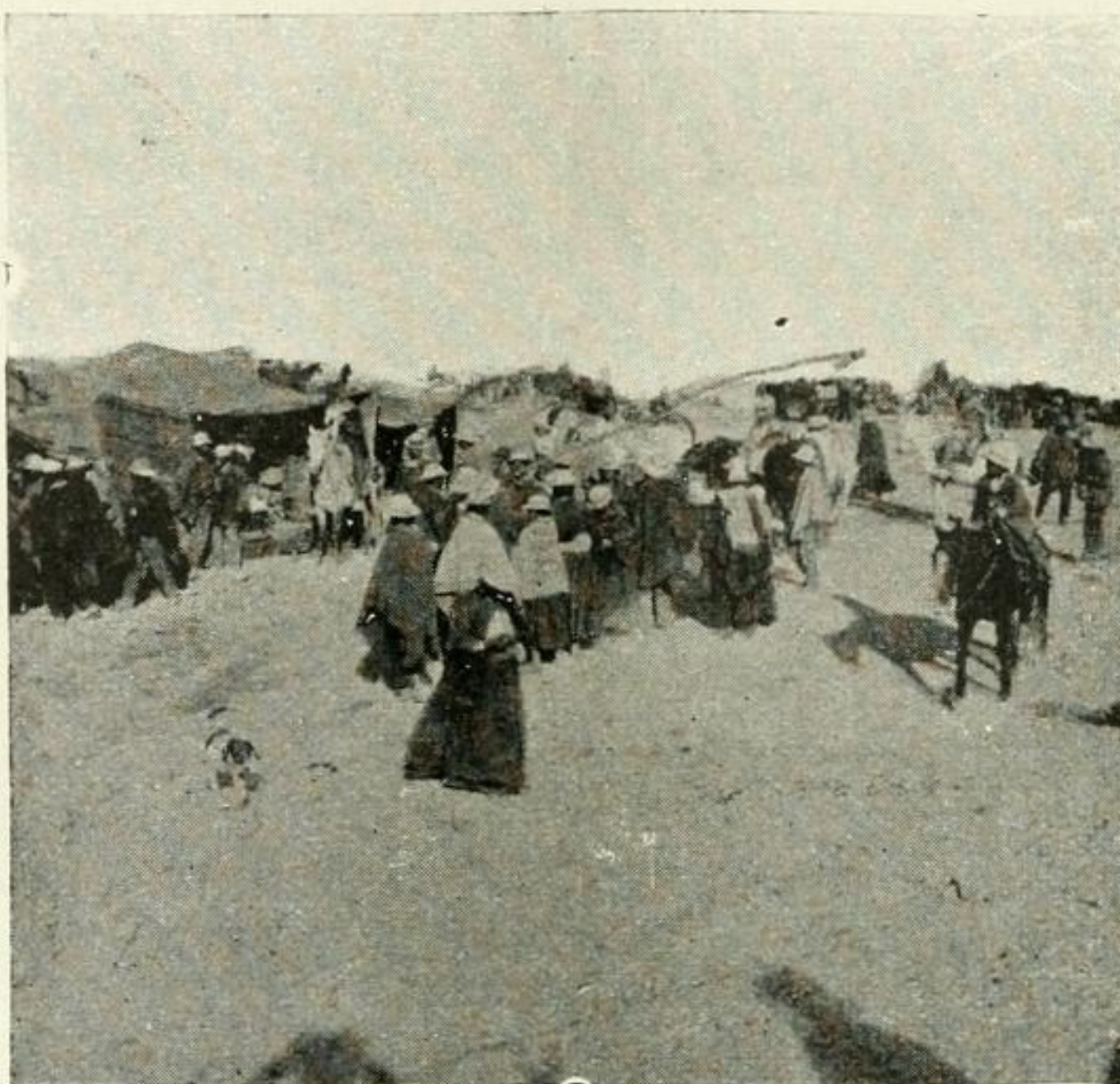


FIG. 79. — Vista parcial de una feria de la frontera boliviana. Interesante es el largo instrumento de caña que remata en una cola de vaca y es soplado por un indio, mientras otro lo sostiene. Fotografía del señor Pedro Crouzeilles.

Esta confusión y mezcla provienen principalmente del enorme tráfico que existió por Jujuy, entre Bolivia y el Río de la Plata, desde la época colonial hasta nuestros días.

Tráfico que necesitó mucha gente, principalmente de esa provincia, prácticos en el manejo de las mulas y llamas, únicos elementos de transporte que se emplearon casi exclusivamente.

El otro motivo fueron las ferias como la de Jujuy, y la de Huari, en Bolivia, en las que se trafican los frutos de la tierra y sobre todo los ganados, lo que obliga á los habitantes de los cerros á viajar ya como conductores de hacienda, ya para vender los productos de su industria ó de sus chacras (fig. 79).

Todo esto durante siglos, hizo que los indígenas, á pesar de ser tan refractarios á todo lo que no sea del terruño, hayan tenido forzosamente que mezclarse é ir aportando poco á poco, elementos extraños de costumbres y supersticiones que concluyeron por incorporar.

Sin embargo, el viajero curioso que quiera investigar despacio y á fondo los datos folklóricos que esas poblaciones aún ofrecen, hallará un material valiosísimo de estudio.

Los hombres se ocupan en la Puna de Jujuy de todo y comparten

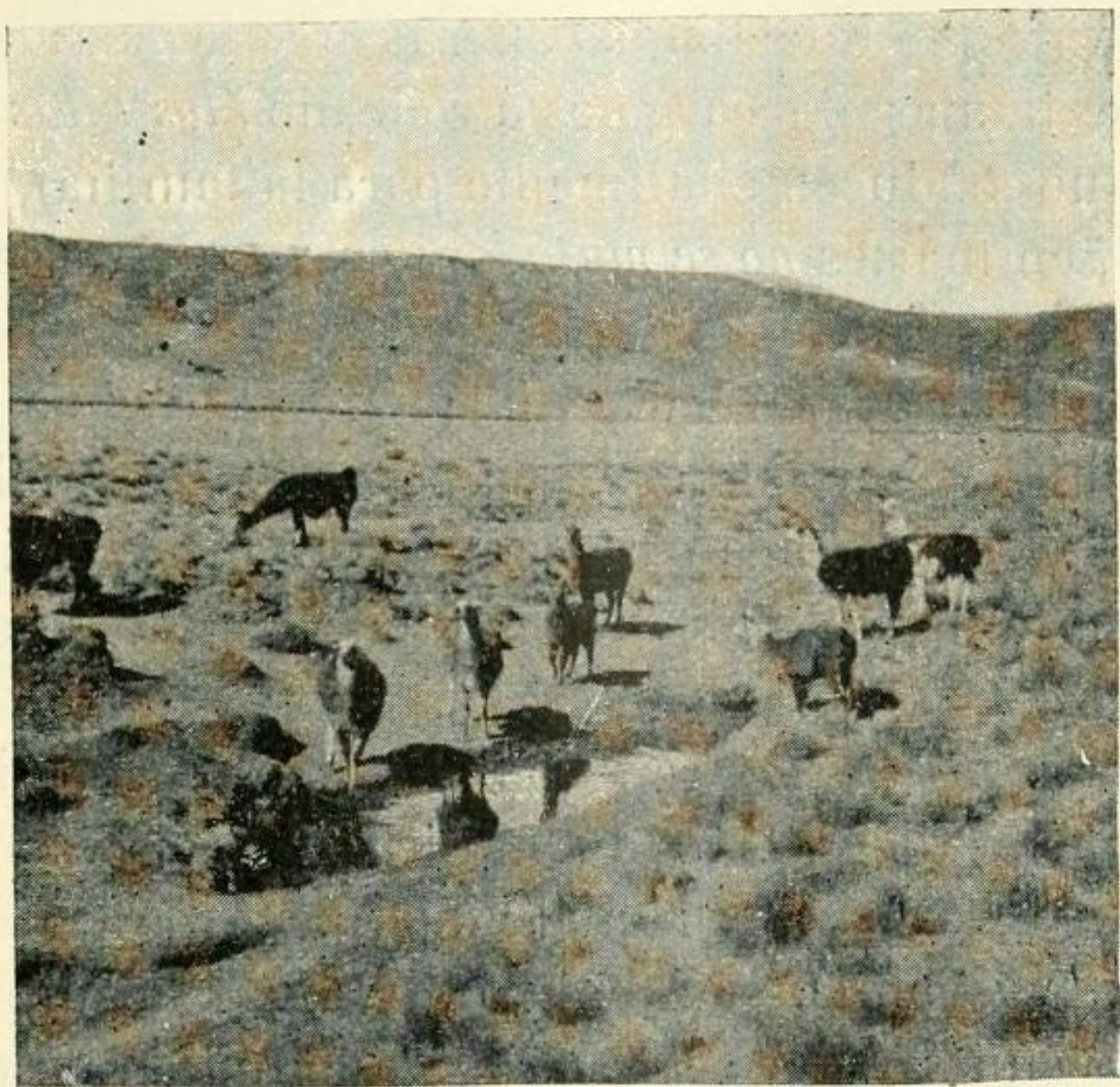


FIG. 80. — Hato de llamas domesticadas, tomando agua, Rinconada
(Fotografía del señor P. Crouzeilles)

con sus mujeres los rudos trabajos á que los obliga la dura lucha por la vida, en esa región fría, seca y pobre.

La cría de llamas y de ovejas son la base de su existencia junto á las escasas cosechas que recogen de papas, quinoa y maíz.

La llama (*Auchenia llama*) ó carnero de la tierra, como la llamaron los españoles, ha suplido en las montañas de la América del Sur, á todos los demás animales que el hombre domesticó en los otros continentes (fig. 80).

La llama proporcionó á los indios y les sigue proporcionando, su carne, su cuero, su lana y al mismo tiempo una bestia de transporte, lenta y de poca carga si se quiere, pero de primer orden por su sobriedad y su agilidad en la marcha por los cerros, donde no necesita de caminos para viajar.

Por esto es que sobre este animal simpático, el indio no sólo concentra su más acendrado cariño, sino que también ha creado para él un sinnúmero de ceremonias.

Además de las que ya he descripto, propias de los valles calchaquies (1), agregaré otras más que debo á mi amigo el señor Pedro Crouzeilles, recogidas en su paso por la provincia de Jujuy en la comisión de límites con Bolivia.

Al emprenderse un viaje. — Inusitado movimiento se nota en la vivienda de un habitante de la Puna. — La gente de la casa luce sus mejores galas — una llama espera cerca la hora del sacrificio — el hato de llamas de carga está rodeado (*los tatas* (2)), ya que éstos son los que conducen el alimento para la familia), el día no es martes, pues, en martes *no se mata*, ni es viernes porque en viernes no se inicia un viaje.

El indio que se dispone á hacer un viaje, se aproxima á la llama, le da coca y chicha, la cubre con una manta poniéndole la cabeza hacia el sol. Se descubre con respeto, mueve los labios como si balbuceara una oración, pide perdón á la víctima y luego le corta la cabeza.

Los indios recogen la sangre y con ella hacen aspersiones sobre los muros de la vivienda. Esto significa el sacrificio á la Pacha Mama para que ésta sea propicia al viajero.

Al retornar de un viaje. — A lo lejos se oye el grito peculiar del llamero; en la cumbre del abra lo espera la mujer, quien lo recibe de rodillas y le presenta una chuspa que ha tejido en su ausencia — luego de arrimar las piedras á la *apacheta* (3) y arrojar el *acullico* (4) regresan á la casa, animando el hato con gritos y silbidos.

Allí rodean los *tatas*, á quienes rocían con chicha y les dan coca. El lugar donde deben colocar la carga es también regado con chicha y sembrado de hojas de coca — el dueño de casa el primero y por turno en orden de edad cada miembro de la familia, proceden á bajar los bultos y los colocan en montón — el cencerro de la madrina lo colocan sobre la carga — enfloran las llamas con vistosas borlas de lana, repiten la porción de coca y chicha y las dejan en libertad.

(1) Costumbres y supersticiones, etc. Notas de Arqueología Calchaquí, etc.

(2) Tata — Padre.

(3) Montón de piedras votivas en las abras de los cerros.

(4) Bola de hojas de coca que mascan.

La familia entonces se coloca en derredor de la carga y le hacen aspersiones á la vez que beben todos; el indio agita el cencerro y simula arrear el hato — sigue el beberaje y con él la fiesta, que consiste en un baile en rueda tomados de las manos, al són de la caja y flauta, baile que dura horas sin término.

Señalar las ovejas (1). — El acto de señalar las ovejas demanda su ceremonia apropiada. Toman dos corderos de distinto



FIG. 81. — Indio de la Puna de Jujuy, tocando la quena (flauta) y acompañándose con la caja (tamboril). Fotografía del señor P. Crouzeilles

sexo de los más lozanos, los adornan con borlas de lana de vistosos colores y los acuestan en el suelo. Les dan á comer coca y beber chicha, se les une en indisoluble lazo ya que esto significa un matrimonio simbólico. Los concurrentes á esta fiesta, vecinos y amigos del dueño de casa, le ofrecen hojas de coca en formas de palma ó caprichosas, diciéndole « aquí le presento tantas ovejitas ».

En seguida les hacen la señal, cortando parte de las orejas y los fragmentos extirpados, así como los del resto de los corderos, con el agregado de chicha y coca se entierran en una apacheta de piedras blancas. Por el tamaño de este montículo se puede apreciar fácil-

(1) Llamas, restos de su antigua costumbre. Vease: *Costumbres y supersticiones* anteriormente citadas.

mente la riqueza del hacendado, si es grande, es indicio de opulencia.

Todas estas fiestas son coronadas por la más descomunal borrachera.

Agricultura. — Hábitos de trabajo le sobran al indio de la Puna, como andarín no tiene rival, hace jornadas diarias de doce leguas sin mayores muestras de fatiga. En la parte de montaña donde es

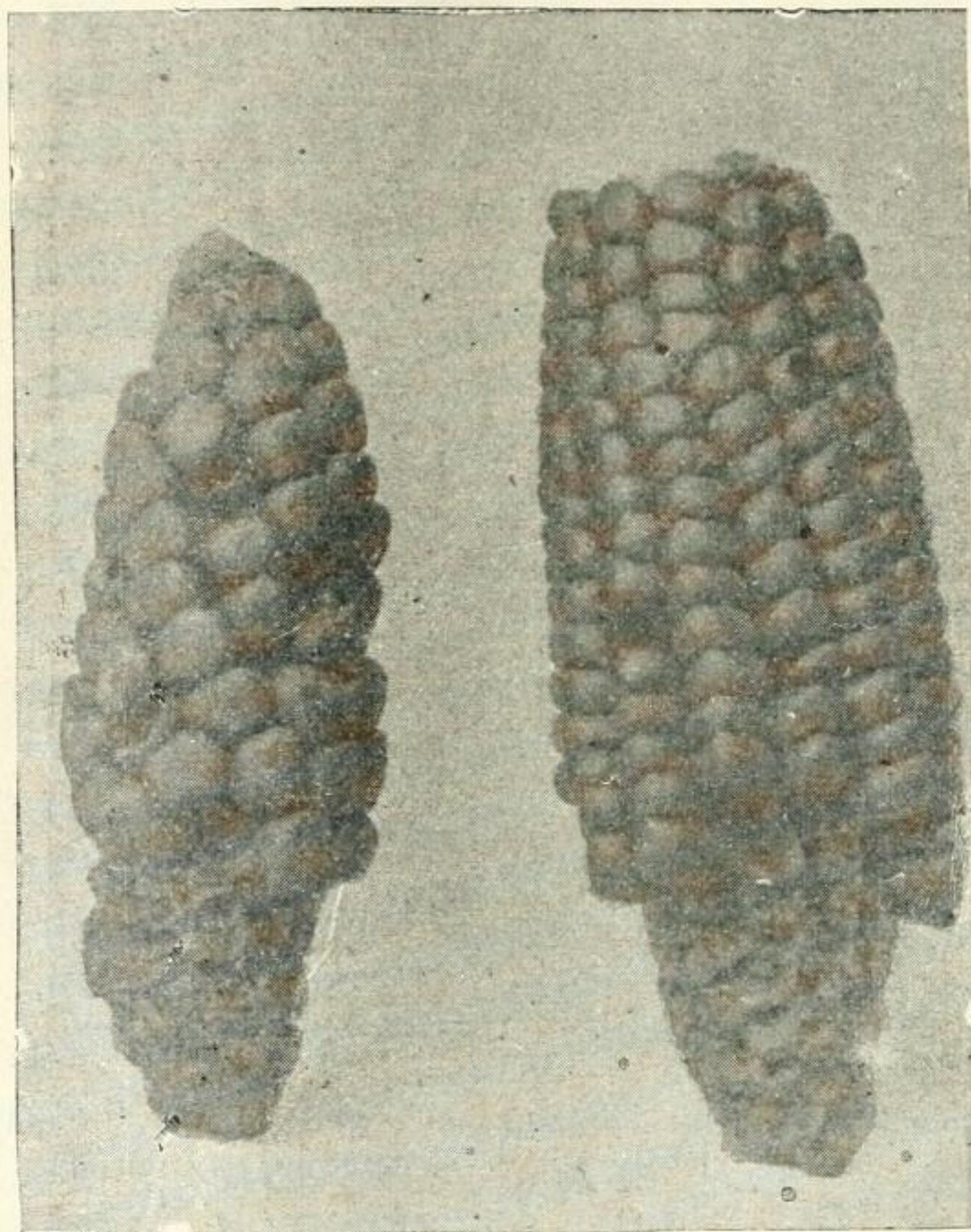


FIG. 82. — Espigas de maíz halladas en las tumbas de Casabindo. (Tamaño natural)

posible el riego se hacen huertas que parecen colgadas de los cerros, allí es pródiga la Pacha Mama (madre tierra) y aquel que ha sido favorecido con un lugar de éstos, la colma de ofrendas y sacrificios.

En el centro del cuadro á sembrar, hacen un hoyo y en éste colocan chicha y coca, sin perjuicio de ingerirse ellos á su vez muy regular dosis de la primera. Al germinar la semilla y al recoger el fruto repiten la operación (fig. 82).

Es creencia arraigada entre los indios que aquel que denuncia el lugar de las Chulpas (1) es maldito, se secan las corrientes de agua

(1) Chulpa, sepultura.

que alimentan sus cultivos y la Pacha Mama les niega sus frutos.

Prácticas funerarias. — Entre otras estos indios tienen la siguiente: el día de difuntos, 2 de noviembre, se reúnen en el cementerio por grupos de parientes y sobre las tumbas extienden un poncho que cubren de ofrendas para el muerto, como ser: papas, huevos, masas de harina, coca y chicha.

El más viejo de los asistentes dirige el rezo, entre continuas libaciones y asperjando al mismo tiempo la tierra que cubre el cadáver.



FIG. 83. — Capitán de los Chunchos, director del baile. (Fotografía del señor P. Crouzeilles)

Luego tratan por medio de un sistema muy original, de saber cuál de las oraciones de los circunstantes es la más propicia, para esto juegan á la taba tirándola por sobre la sepultura al través.

El que gana, de pie y con los brazos puestos en cruz, pronuncia la oración, mientras que el que pierde demuestra su tristeza con semblante de compungida aflicción.

Este es un resto de las antiguas prácticas.

EL BAILE DE LOS CHUNCHOS

Hoy los indios que en razón de sus creencias, esperan algo de la divinidad, hacen la promesa de ser chunchos en la fiesta anual de la Patrona ó Patrón, ó Virgen ó Santo del pueblo á que pertenecen.

He aquí cómo relata el señor Crouzeilles esta ceremonia que presencié, tomando al mismo tiempo las fotografías que acompaño.

El traje de carácter de un chuncho es un disfraz, consiste en un sombrero, de forma de elástico de oficial de marina lleno de medallas, cintas y plumas; una máscara á la que le pintan grandes lágrimas; dos chales ó pañuelos de espumilla terciados en bandolera; uno á cada lado, puestos sobre un camisolín de monaguillo; complementa esta indumentaria un par de guantes de hilo ó de vicuña y un pañuelo.

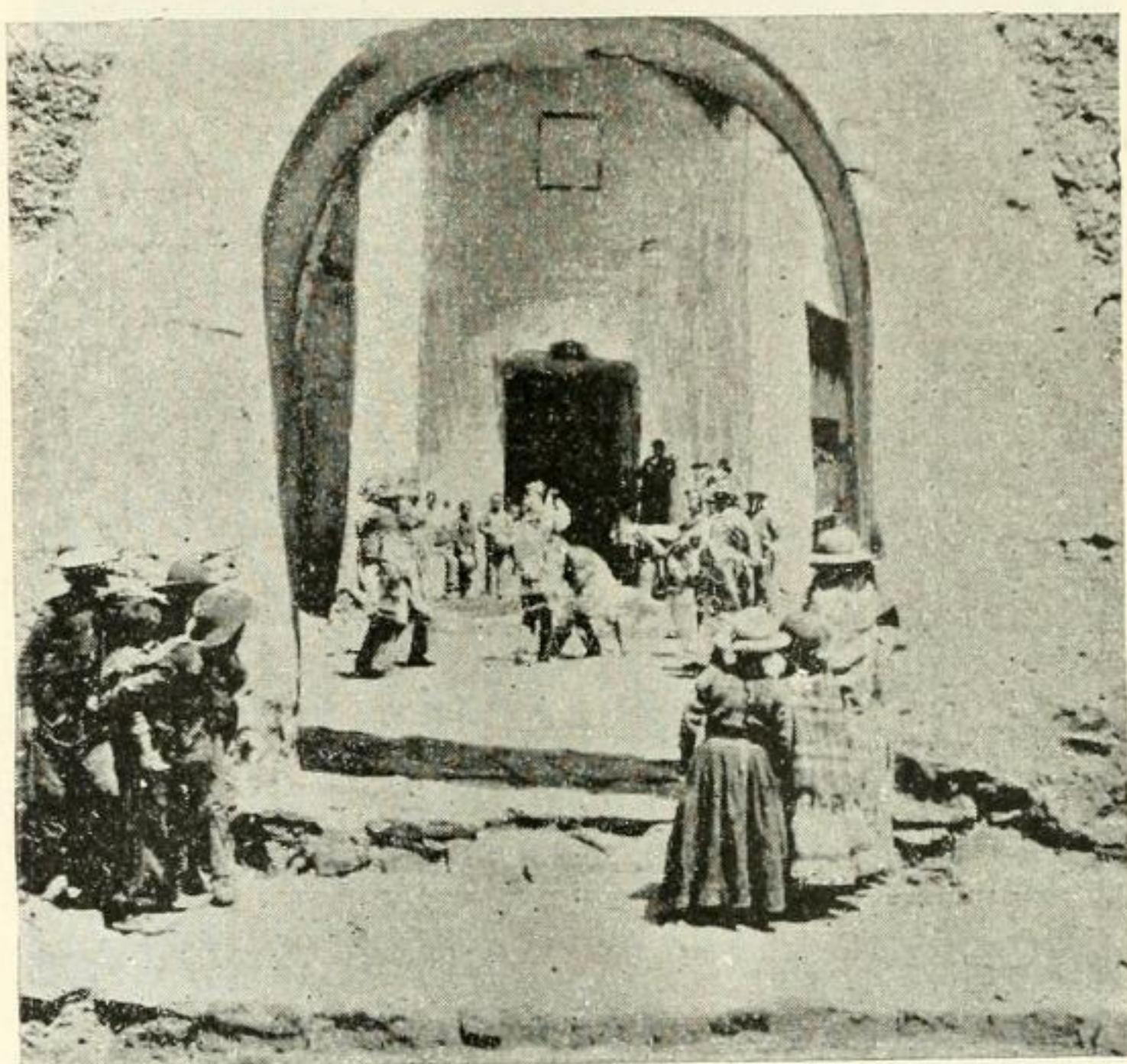


FIG. 84. — Baile en el atrio de la iglesia. Colocados los chunchos en dos bandos, uno frente á otro, salen de cada lado uno y bailan en el centro. (Fotografía del señor Pedro Crouzeilles).

El jefe de los chunchos (capitán) lleva como insignia de mando un látigo y sus compañeros ó soldados le obedecen del modo más pasivo (fig. 83).

La víspera de la fiesta salen en filas de dos en fondo, se aproximan á la Iglesia, haciendo diversas figuras, al són triste y monótono de un violín. Esta especie de cuadrilla ¿es un baile, ó una ceremonia religiosa de un culto antiguo? Sus pañuelos se entrelazan, se hacen y deshacen nudos caprichosos al compás del violín y con un paso gimnástico muy acompasado. Después de cada figura saludan hacia el templo con una profunda reverencia, toman el pañuelo de cada extremo y simulan enjugarse una lágrima. Entonan un canto semireligioso, se saludan entre sí y se enjugan las lá-

grimas unos á otros, miran hacia arriba (al sol ó á las nubes?) y repiten las figuras de este baile extraño.

El día siguiente repiten estos actos y figuran otro baile. Un chuncho lleva un palo del que cuelgan varias cintas de colores cuyos extremos toman los demás y con paso gimnástico tejen y destejen dichas cintas.

El día de la octava van hasta la apacheta, que existe á la entrada del pueblo, y allí *despiden la fiesta*.

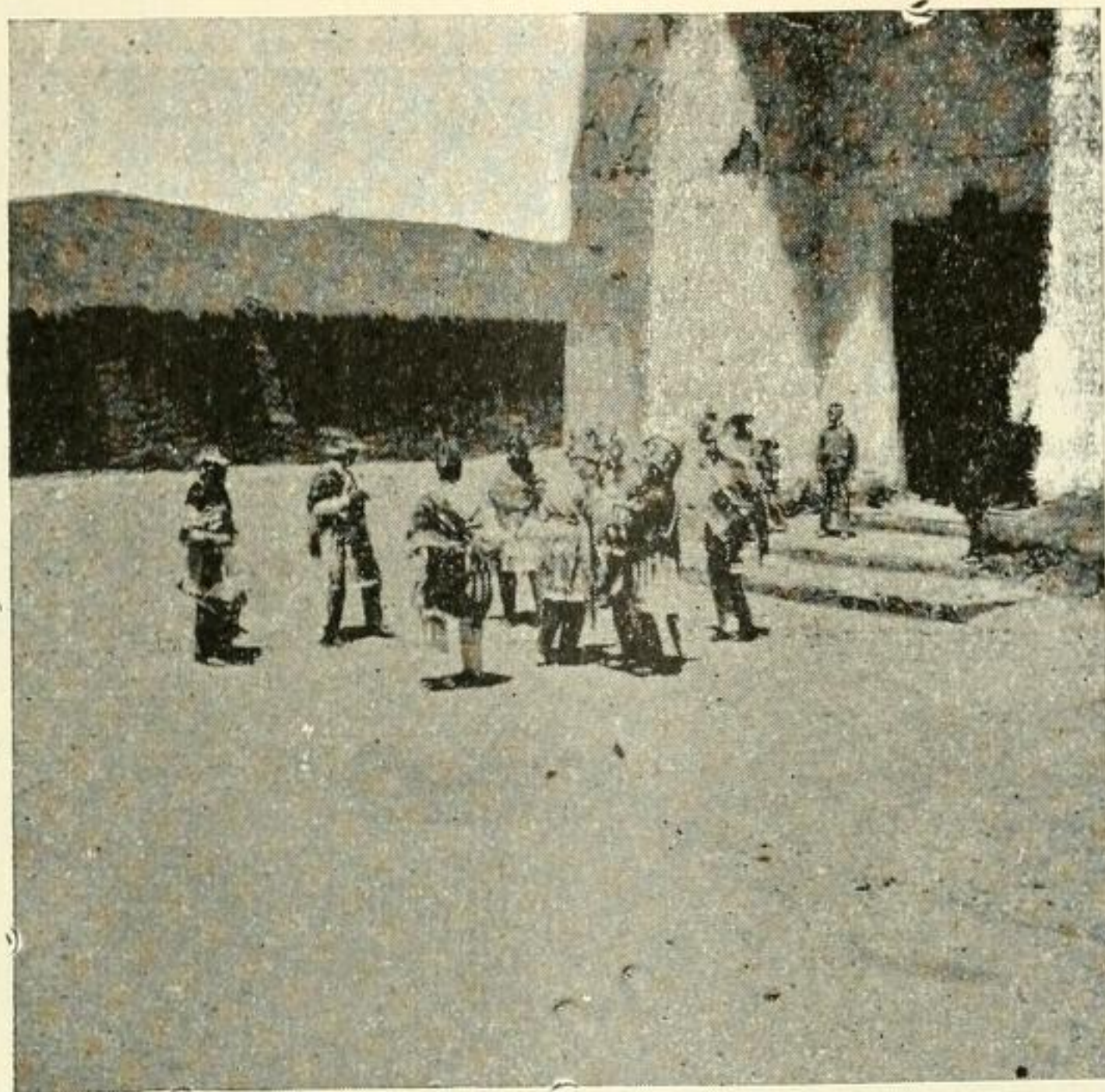


FIG. 85. — Otro tiempo del baile : uno de los chunchos se desprende de uno de los bandos y recorre el espacio entre ellos, tocando la cara á los compañeros

En esta ceremonia hay datos importantísimos que no deben dejarse pasar por alto porque demuestran su remota antigüedad.

En Catamarca se han hallado máscaras de piedra, que existen en la colección del señor Lafone Quevedo, depositada en el Museo de La Plata.

Y en unas grutas del noroeste de la provincia de San Juan se encontraron tres ó cuatro caretas de cuero (1).

Entre los Araucanos y los Fueguinos también se han usado (2).

(1) DESIDERIO S. AGUIAR, *Los Huarpes* (Calingasta) en el tomo V del *Congreso Científico Latino Americano* (1ª reunión), 1900, página 290.

(2) MORENO, *Viaje á la Patagonia Austral*, página 98; MORENO, *Exploración Arqueológica de la provincia de Catamarca*, *Revista del Museo de La Plata*, tomo I, página 214.

Estas ceremonias con máscaras y entre varias personas, son propias de la región de los *Pueblos* del sudoeste de Estados Unidos que tantos puntos de contacto tienen con los Calchaquíes.

Además, la costumbre de pintar lágrimas sobre las máscaras (1) y el acto de secárselas, hace pensar en la gran cantidad de ídolos y urnas antropomorfas de la región Calchaquí, los que en su mayoría tienen pintadas ó grabadas trazos verticales bajo los ojos como para representarlas.

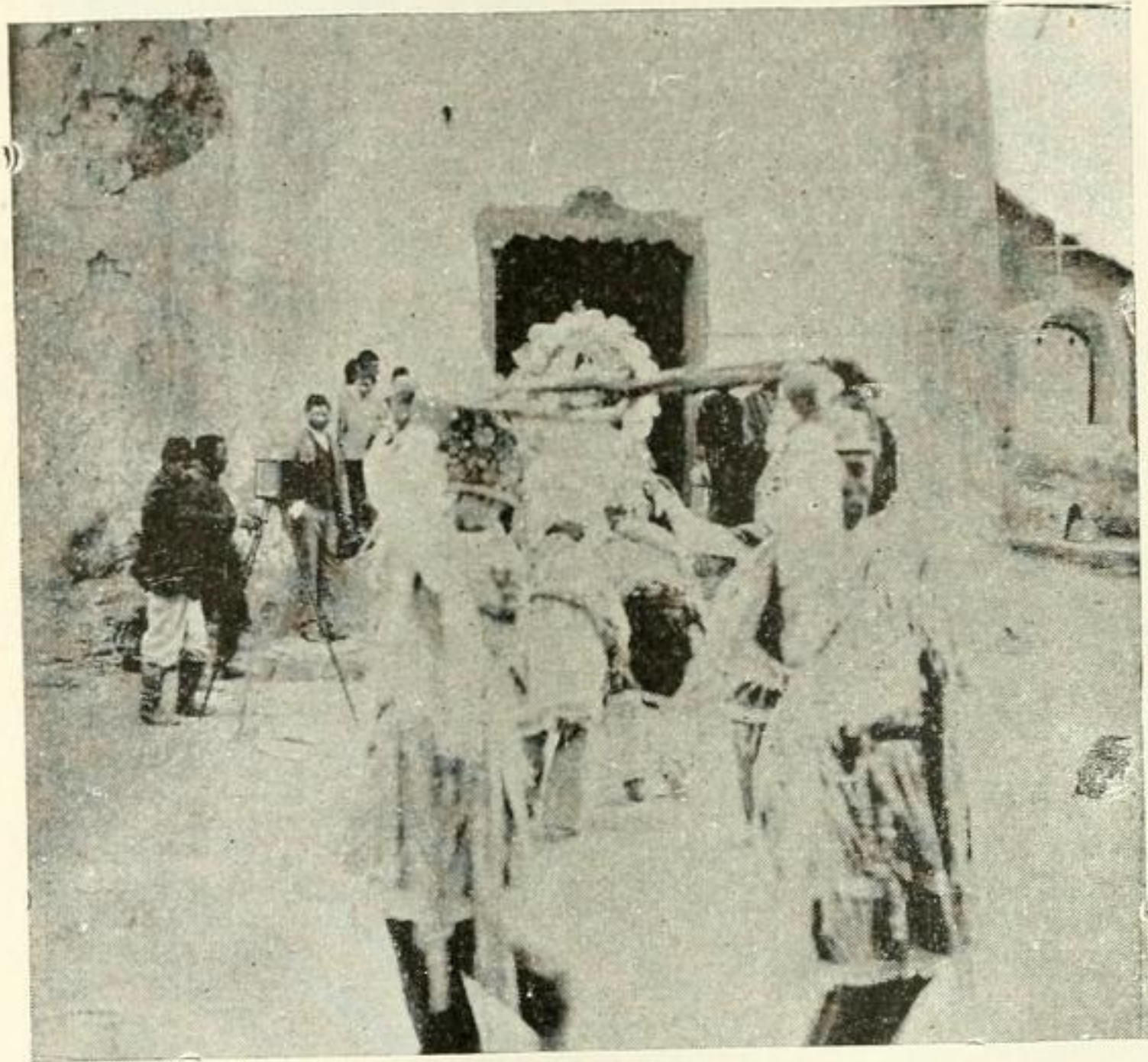


FIG. 86. — Baile delante de la virgen. Los chunchos entrelazan grandes pañuelos y forman arcos bajo los cuales pasan los bailarines dos á dos. (Fotografía del señor Crouzeilles)

Como para nosotros, esas líneas es posible que representen también lluvia, y entre los *Pueblos* los bailes con máscaras generalmente tienen por objeto pedir lluvias, no es difícil que el baile de los *Chunchos*, que actualmente se hace en honor á la Virgen del Rosario ú otro santo, en su origen no haya sido sino un baile propiciatorio de agua; en que intervendrían hombres enmascarados representando deidades ó *Katchinas* como los que aún hoy día se efectúan en Walpi, Oraibí, etc., de los Estados Unidos.

Todos estos datos regionales aquí reunidos, con el solo objeto de

(1) Estas máscaras son importadas de las costas del Pacífico y el señor Crouzeilles me ha comunicado que son pesadas y al parecer de loza.

proporcionar nuevos materiales á los estudiosos de nuestra naciente Arqueología, deseo sirvar de estímulo á los que á ella se dediquen, y á nuestras instituciones científicas, á fin de que cosechen en aquel campo rico y virgen aún de profanaciones arqueológicas comerciales, los importantes documentos que reserva en medio de sus cerros y quebradas ó bajo las piedras de sus tumbas.

JUAN B. AMBROSETTI.

Septiembre de 1901.